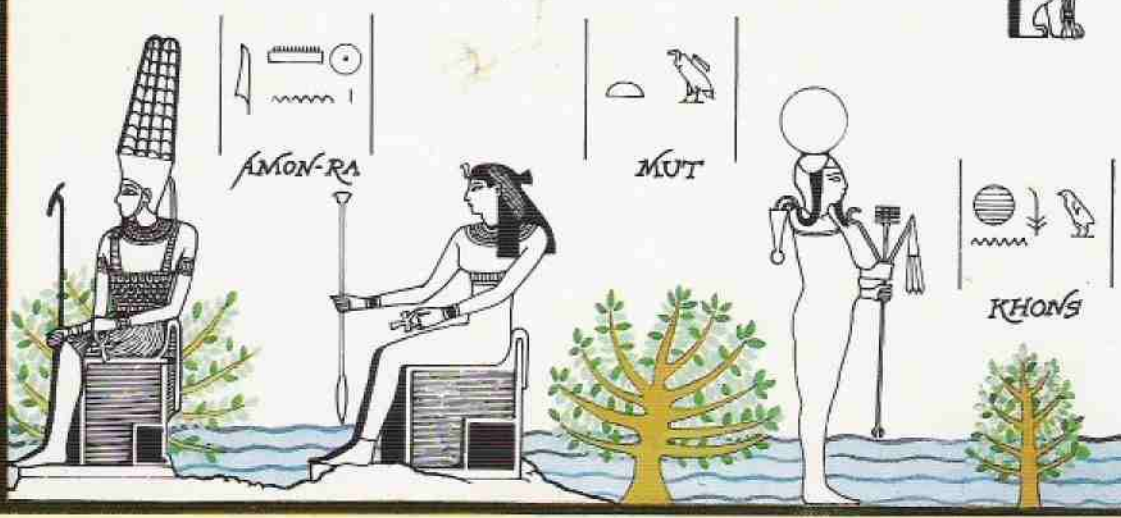
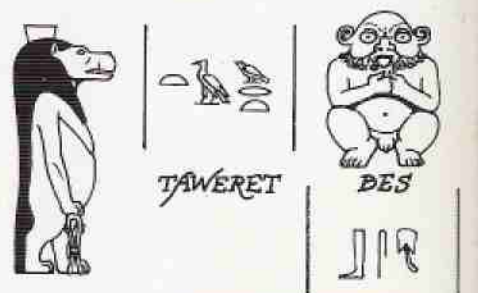
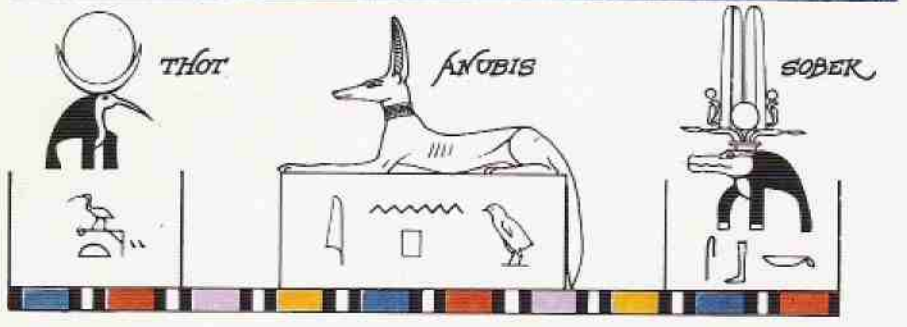
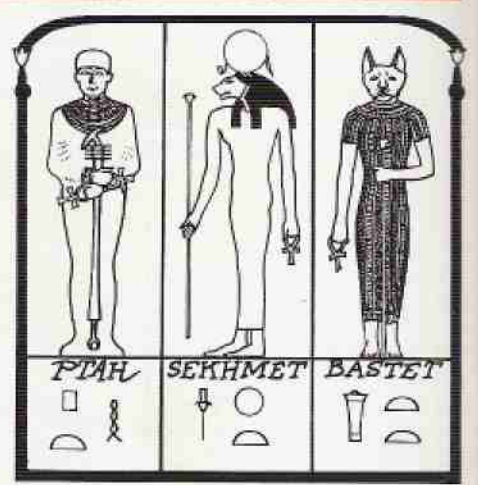
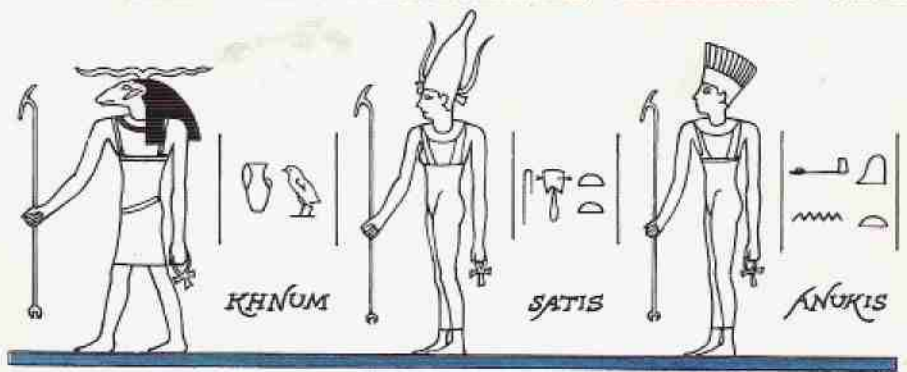
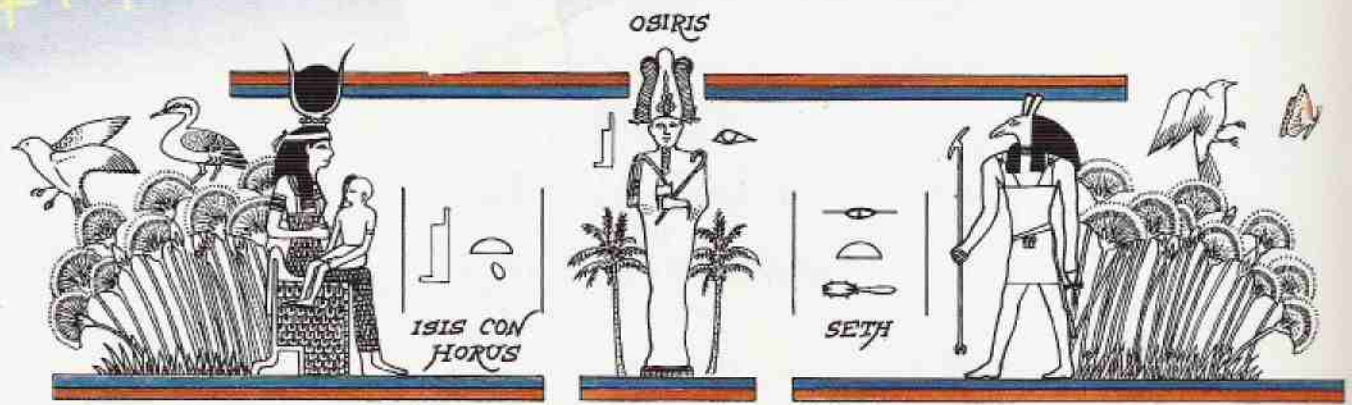


**DIOSES
Y FARAONES**
de la
MITOLOGIA EGIPCIA



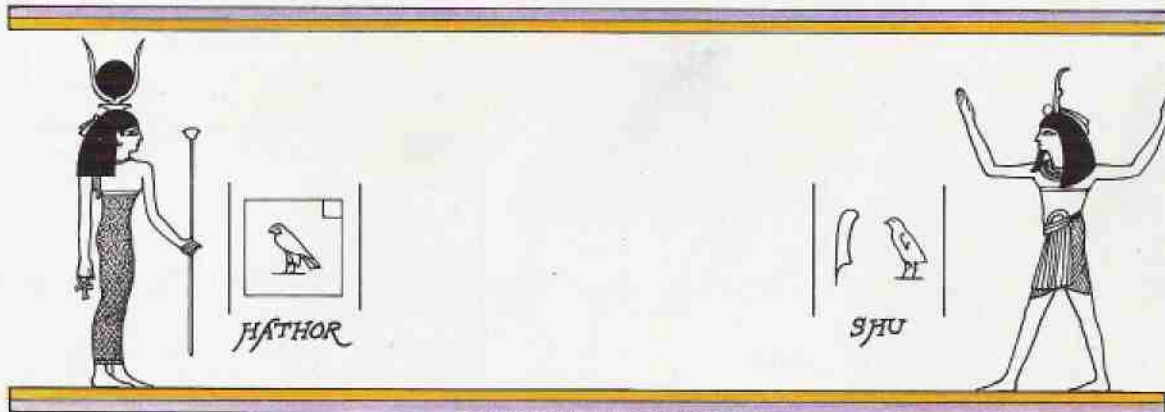


☉ Nut

DIOSES Y FARAONES de la MITOLOGIA EGIPCIA

Textos de GERALDINE HARRIS
Ilustraciones de DAVID O'CONNOR

ANAYA



☉ Ra-KHEPRI



AGUAS DEL CAOS

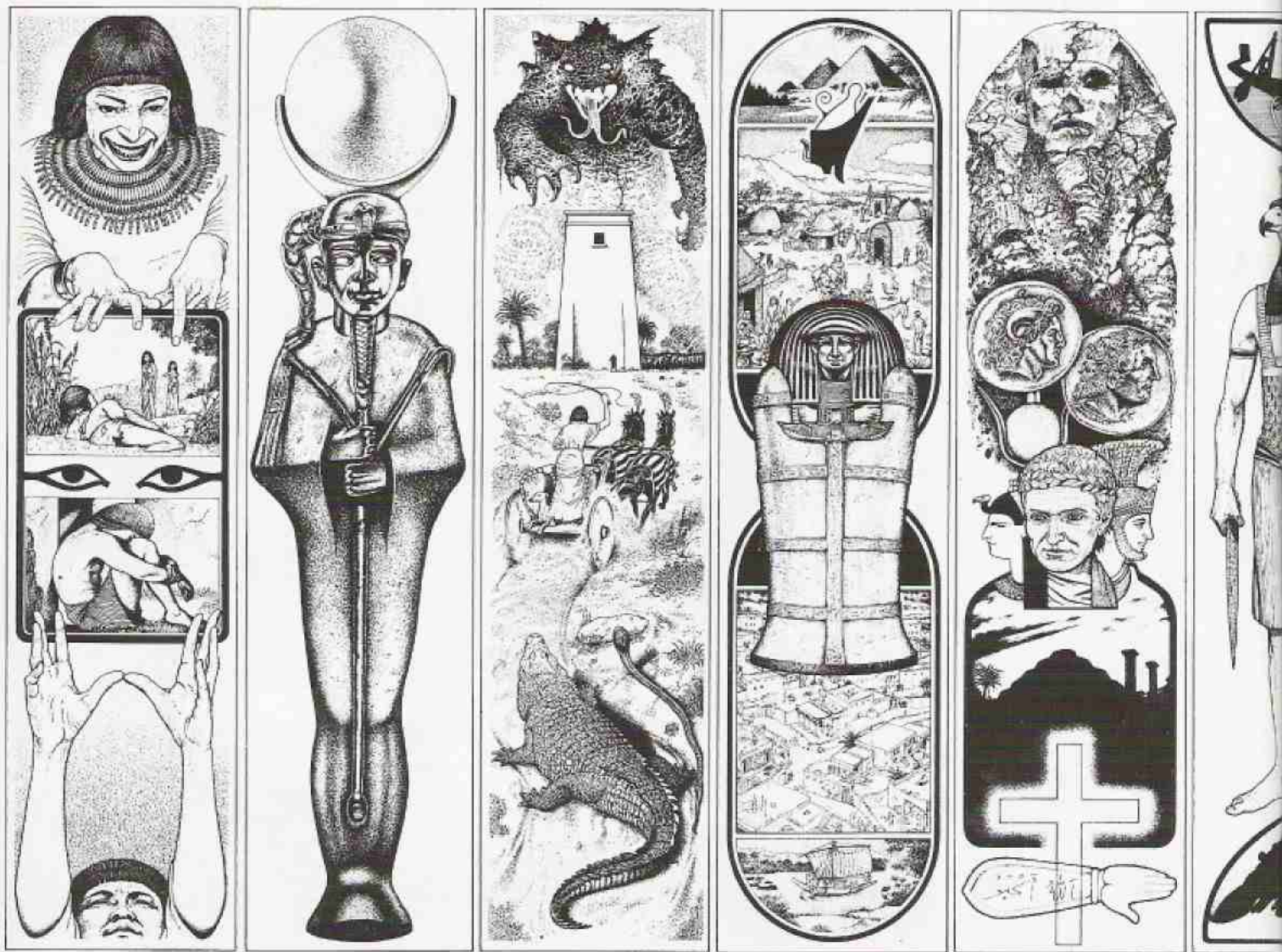
© 1982, Eurobook Limited, Londres
© 1986, Grupo Anaya, S. A., Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid, para la edición castellana

Título original: *Gods and Pharaohs from Egyptian Mythology*
Traducción: Mónica del Palacio

Primera edición, abril 1986; Segunda edición, mayo 1987
Tercera edición, junio 1988; Cuarta edición, julio 1990
Quinta edición, septiembre 1992; Sexta edición, febrero 1998

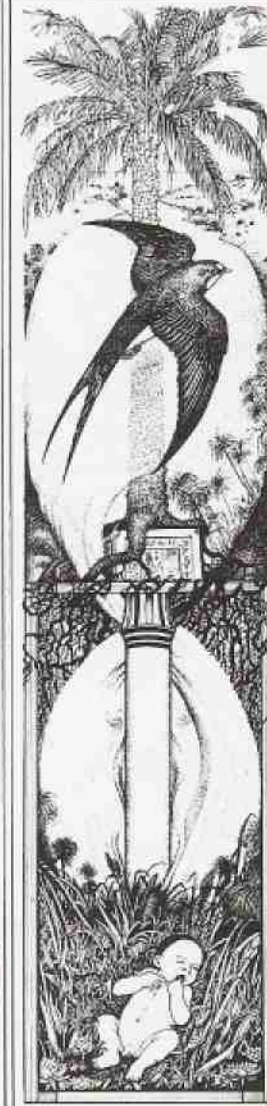
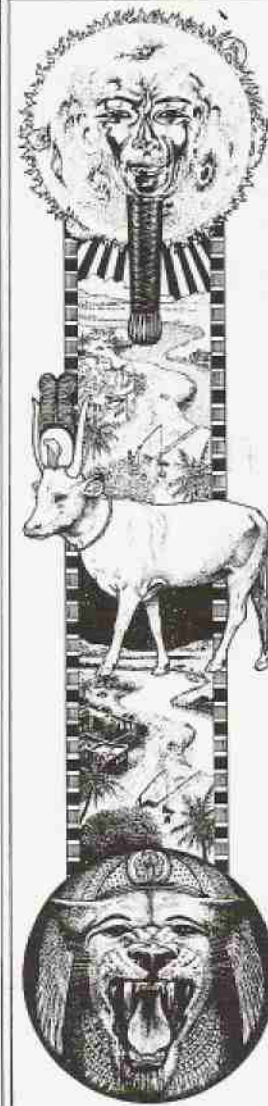
ISBN: 84-207-3839-5
Depósito legal: M. 4.268/1998
Impreso en ORYMU, S. A. Ruiz de Alda, 1
Polígono de la Estación Pinto (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

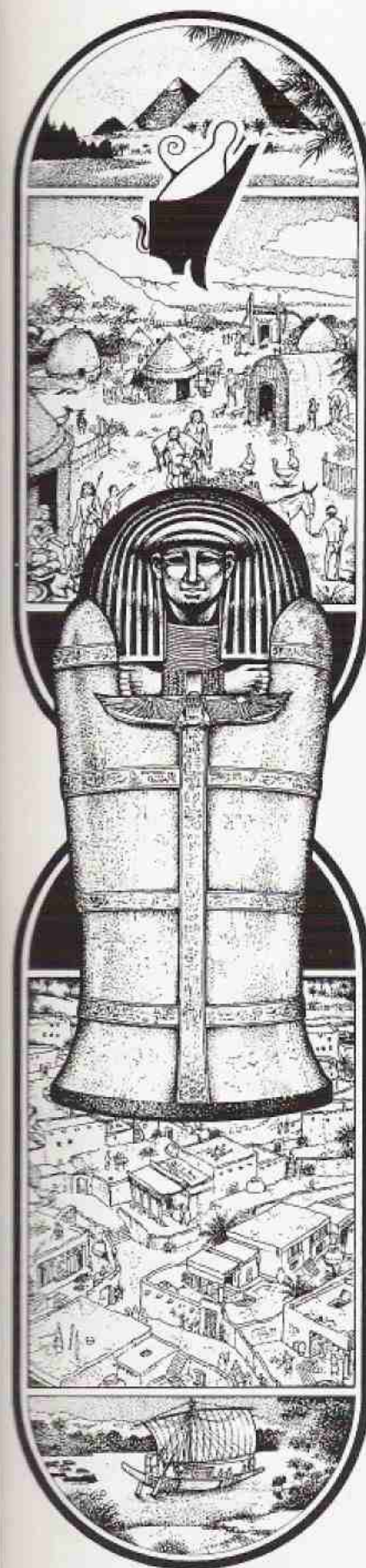
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Contenido

- | | | | |
|----|------------------------------|-----|-----------------------------------|
| 11 | Tierra roja, tierra negra | 71 | El príncipe condenado |
| 18 | Las aguas del caos | 77 | Los dos hermanos |
| 21 | Los nueve dioses | 84 | La ceguera de Verdad |
| 24 | El nombre secreto de Ra | 86 | El faraón Sol |
| 26 | El ojo del sol | 88 | La princesa de Bakhtan |
| 34 | La ira de Ra | 92 | El libro de Thot |
| 36 | El asesinato de Osiris | 103 | El joven mago |
| 41 | El conflicto de Horus y Seth | 108 | La carta sellada |
| 48 | El viaje del alma | 114 | El ladrón ingenioso |
| 51 | Los siete años de hambre | 117 | El viaje de Wenamón |
| 53 | El rey Khufu y los magos | 126 | Egipto en decadencia |
| 60 | El campesino elocuente | 128 | La escritura en el Antiguo Egipto |
| 64 | El marinero náufrago | 130 | Símbolos de los mitos egipcios |
| 66 | El príncipe y la esfinge | 131 | Índice analítico |
| 69 | La conquista de Joppa | | |





Tierra roja, tierra negra

Desde hace siglos, el Antiguo Egipto resulta fascinante para los europeos. Cuando el Emperador Napoleón lo invadió en 1798, llevó consigo un grupo de eruditos para examinar las pirámides, obeliscos y otros antiguos monumentos. Fue uno de sus soldados el que encontró la famosa Piedra Rosetta, que constaba de dos inscripciones en egipcio, con diferentes caracteres, y de otra en griego. En 1822, con ayuda de la Piedra Rosetta, el joven erudito francés, Jean Champollion, fue capaz de interpretar la antigua escritura jeroglífica.

Durante todo el siglo XIX los eruditos hicieron dibujos de templos y tumbas y dejaron constancia de las antiguas inscripciones. Muchos de estos valiosos dibujos han sido destruidos o deteriorados durante los últimos cien años. Los antiguos cazadores de tesoros tenían como principal fin encontrar valiosos objetos y momias en buen estado de conservación para llevarlas a los museos europeos. Gradualmente fueron dándose cuenta de que una pieza de cerámica rota o un papiro desgarrado tenía más importancia que un jarrón de oro, por la información que aportaría de aquella civilización.

A mediados del siglo XIX, el erudito francés Augusto Mariette entró al servicio del Khedive de Egipto y fundó el Museo de El Cairo y el Servicio de Antigüedades de Egipto, que aún tiene como misión proteger antiguos emplazamientos y llevar a cabo excavaciones. Fue Mariette quien, en 1881, sospechó del gran número de joyas reales que aparecían, repentinamente, para ser vendidas en el mercado. Pronto descubrió que una familia, de la localidad de Qurna, había encontrado una cámara con momias de algunos de los soberanos del Antiguo Egipto. En 1898 se encontraron más cuerpos reales, embalsamados en el famoso Valle de los Reyes, y actualmente es posible ver las caras en el Museo de El Cairo a los que hace más de tres mil años gobernaron el país.

No sólo fueron franceses los excavadores. La Fundación de Exploración de Egipto, fundada en Londres en 1882, financió numerosas expediciones, y el arqueólogo británico, W. M. F. Petrie, llevó a cabo trabajos de excavación y aportó nueva información sobre inscripciones.

También fue inglés el equipo que hizo los mayores descubrimientos arqueológicos en el siglo XX. En 1922, tras varios años de trabajo en el Valle de los Reyes, Howard Carter encontró casi intacto el sepulcro de un faraón del siglo XIV a.C. El tesoro de

Tutankhamon hizo despertar el interés popular por la egiptología. Desde entonces, expediciones de todo el mundo han trabajado para recobrar el magnífico pasado de Egipto.

Muchos de los peculiares rasgos de esta civilización son debidos a su singular geografía. Egipto es un lugar de contrastes, y el mayor radica entre la llamada *tierra roja* del desierto y la *tierra negra* del Valle del Nilo. En tiempos ancestrales, el desierto egipcio estuvo cubierto de hierba y habitado por numerosas manadas de animales, como en la actual sabana africana. Progresivamente, el clima se hizo cada vez más seco, la sabana se transformó en desierto, y el pueblo bajó desde las tierras altas a vivir en el Valle del Nilo, transformando sus pantanos en ricas tierras de cultivo.

Los cielos del Antiguo Egipto eran claros, de un brillante azul, y la lluvia era un fenómeno excepcional. Sólo el desbordamiento anual del Nilo hizo posible sacar adelante los cultivos. La inundación, que arrastraba lodo fértil, pudo ser, en parte, controlada mediante canales y diques, pero el hombre estaba limitado por la extensión de tierras de cultivo. En el Sur, las zonas por habitar se reducían a una estrecha franja a cada lado del río; el resto era desierto. En el Norte, el río se ramificaba antes de llegar al Mediterráneo. Gran parte de la tierra fértil en el desierto era demasiado pantanosa para su cultivo, pero había gran cantidad de aves y pesca, plantas de papiro para hacer papel y caña para la construcción de cabañas y barcas. La navegación por el Delta se hacía difícil a causa de los pantanos y de las numerosas ramificaciones, pero en el Sur, el curso simple del río hacía más segura y fácil la comunicación, especialmente porque las embarcaciones podían navegar río arriba con ayuda del fuerte viento o flotando río abajo con la corriente. Los habitantes del Norte navegaban por el Mediterráneo, comerciaban con los países del Este y estaban más abiertos a influencias extranjeras. Los habitantes del Sur, aislados del mundo por los desiertos circundantes, eran más conservadores y tenían un fuerte sentido de unidad.

Al principio cada colonia o serie de tribus tenía su propio jefe, pero gradualmente fueron apareciendo líderes que declaraban su autoridad sobre todos los grupos de colonias. Hacia el año 4000 a. C., algunos de estos líderes se autocoronaban, haciendo sus reinados cada vez

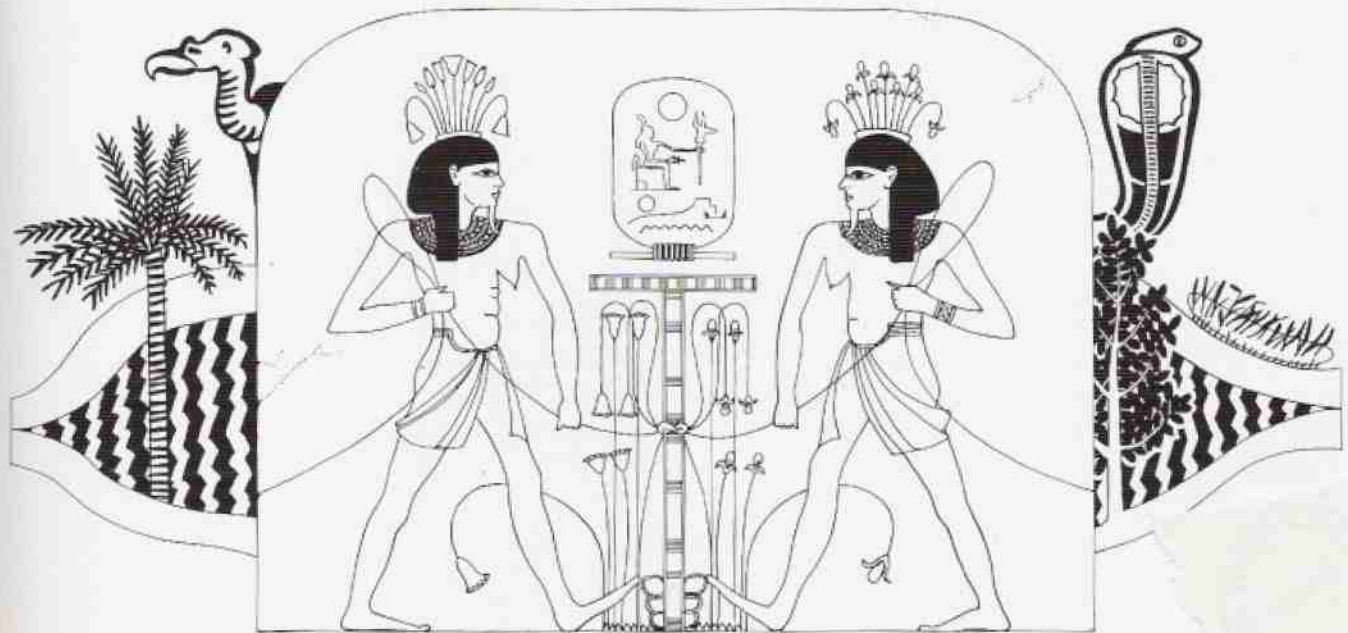
mayores. Los antiguos egipcios creían en un hombre llamado Menes, que había gobernado en el Sur (el Reino del Alto Egipto), y declarado la guerra al Norte (el Reino del Bajo Egipto). Alrededor del año 3000 a. C., el Sur venció al Norte, y Menes gobernó el país entero desde su nueva capital, Menfis.

Los egipcios agruparon a sus gobernadores en dinastías, iniciadas por Menes, que fue el primer rey de la Primera Dinastía. Los historiadores modernos dividen las treinta dinastías independientes en siete períodos. El más importante de estos fue el Imperio Antiguo (2575-2134 a. C.), en el que comenzaron a construir las pirámides; el Imperio Medio (2040-1640 a. C.), cuando el país fue arruinado por otro líder del Sur, y el Imperio Nuevo (1550-1070 a. C.), cuando Egipto es regido por faraones, como Tutankhamon y Ramsés el Grande. Entre los Imperios, el caos hizo estragos a nivel político. Las ocasionales invasiones extranjeras provocaron grandes destrucciones y, como el Alto y Bajo Egipto estaban claramente diferenciados por su carácter, siempre había riesgo de que bajo un reinado débil volvieran a dividirse.

Egipto nunca olvidó que había estado separado en dos países. El gobernador era llamado Señor de las Dos Tierras, el rey del Alto y Bajo Egipto. Su atuendo consistía en una mitra blanca y el gorro rojo; ambos símbolos representaban respectivamente al Alto y Bajo Egipto; es decir, al Valle y al Delta, que con frecuencia estaban protegidos por las dos Damas, Nekhbet, la reina buitre del Sur, y Wadjet, la reina cobra del Norte.

Los egipcios reverenciaban la monarquía. El rey era imagen del dios Sol. Los reyes empleaban gran parte de su tiempo practicando complejos rituales, pero también eran la cabeza del gobierno. El poderoso faraón cuidaba del bien de la humanidad. En su coronación prometía terminar con el caos y establecer el *Maat*.

Maat quiere decir orden, justicia y verdad, y era representado por una diosa, hija del dios Sol. Se suponía que los reyes «vivían en la verdad», gobernaban con justicia y hacían de la sociedad egipcia reflejo del orden establecido por los dioses. Se creía que los reyes estaban entre la humanidad y la deidad, y se esperaba de ellos la paz y la prosperidad para todo Egipto.



Algunos dioses eran venerados en todo el país, pero cada localidad de Egipto disponía de su dios o diosa. Muchas de estas divinidades eran representadas por animales. Así, el dios Khnum, dador de vida, estaba representado por un vigoroso carnero; la diosa Taweret, protectora de mujeres y niños, tenía pezuñas de león y un voluminoso cuerpo de hipopótamo, mientras que la compleja naturaleza de la diosa Hathor se expresaba con variadas formas, desde la feroz leona a la benevolente vaca.

En el Antiguo Egipto se veneraba gran número de dioses y diosas, aunque tras esa diversidad se mantenía la idea de que todos eran uno. El misterioso poder del Dios Creador se ilustraba dándole numerosas formas divinas, de macho o hembra, de semblantes terribles o bellos, expresando fiera o docilidad. El pueblo centraba su adoración en las formas más cercanas a sus modos de vida, o bien en cada una de las deidades locales.

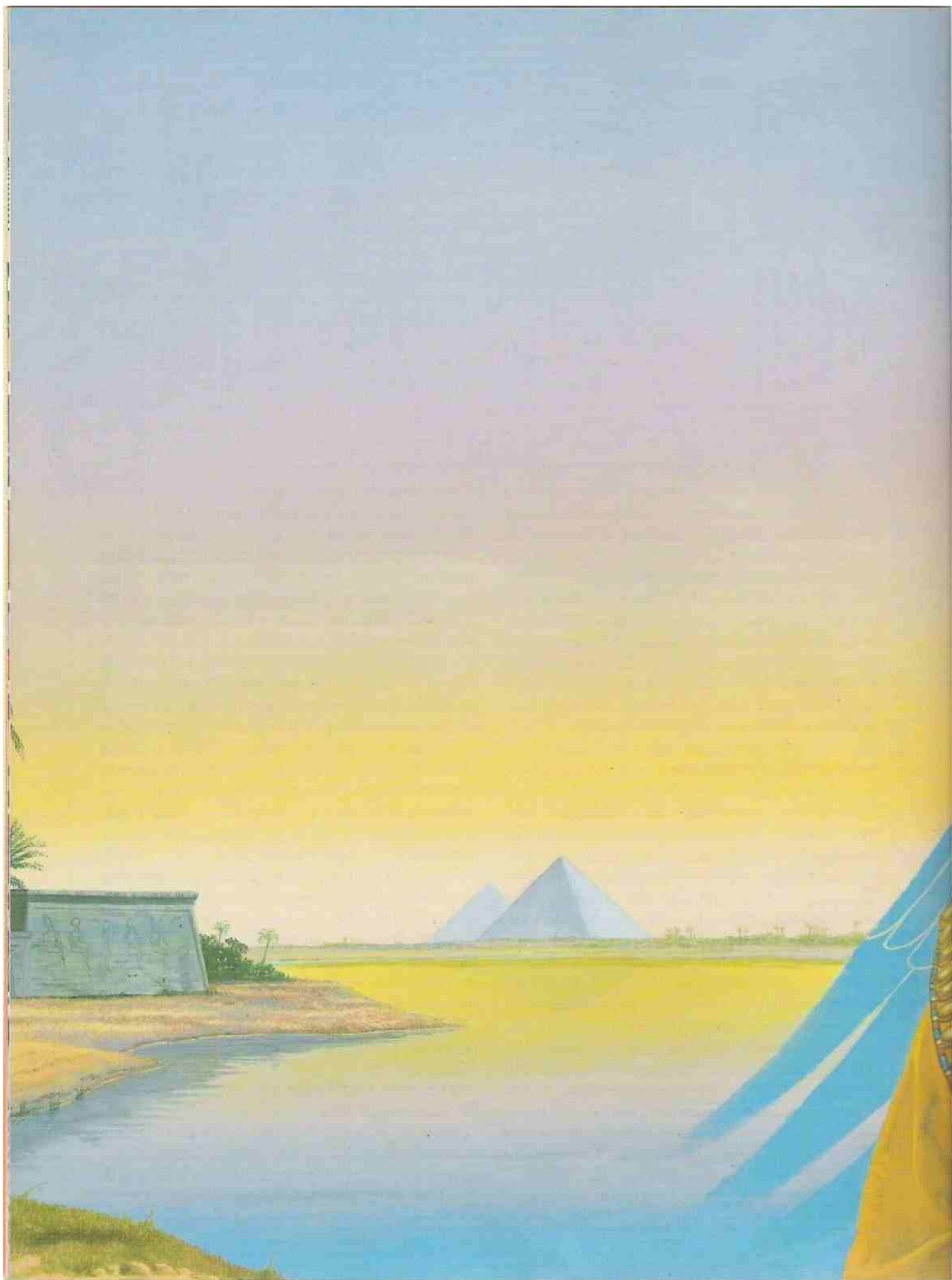
Estas deidades locales alcanzaban importancia nacional cuando llegaban a ser patronos de alguna dinastía. Una de las principales obligaciones del rey era la de construir templos para los dioses y hacerles ofrendas cada día. Como agradecimiento, los dioses concedían salud y poder para vencer a los enemigos. A los treinta años de un reinado se celebraba el festival *Sed*. Durante este festival, el rey llevaba a cabo complejos ritos para alcanzar la bendición y que se le concediese la renovación de vida y fuerza. Todo tenía que ser efectuado dos veces,

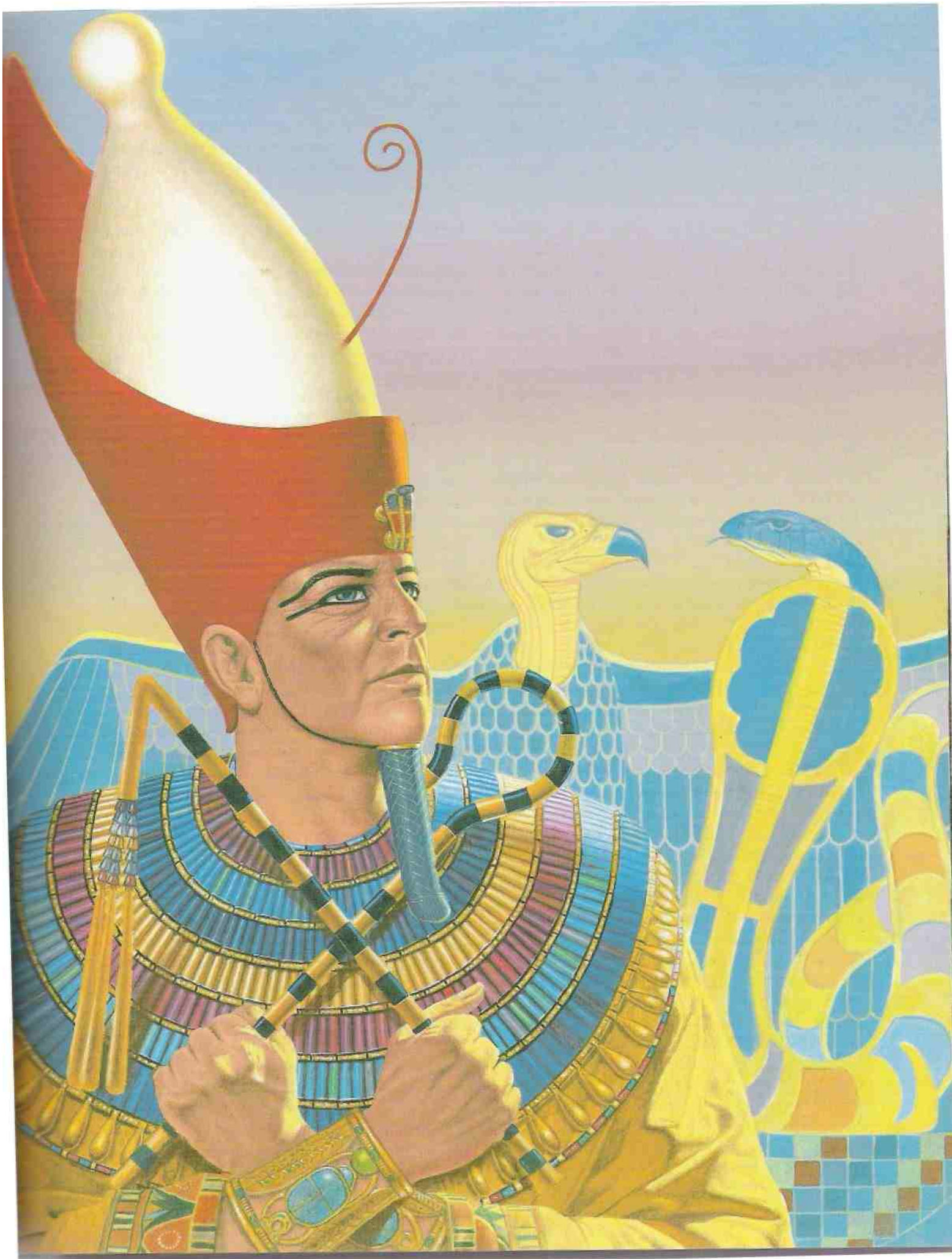
para el Alto y para el Bajo Egipto y, en una de las ceremonias, el rey tenía que correr a lo largo de un camino especialmente construido para la ocasión. En tiempos ancestrales, si no llegaba a correr lo estipulado, era ritualmente asesinado, pues no se le consideraba como la viva imagen del dios Sol.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, al rey se le permitía la muerte natural. Todo el país consideraba muy importante que su muerte fuera aceptada por los dioses y le concedieran otra vida para triunfar sobre la muerte, como el sol vence a la oscuridad cada amanecer. Esto explica los costosos ritos que se realizaban tras la muerte de un rey, cuyo gesto más espectacular era el levantamiento de una pirámide.

Cuando Egipto fue unificado por primera vez, casas, palacios y sepulcros fueron construidos con cañas y barro, pero al dar comienzo la Tercera Dinastía (2649-2575 a. C.), Imhotep, el primer gran arquitecto de la historia, diseñó una pirámide de piedra para el entierro de su maestro, el rey Zoser. En la Cuarta Dinastía (2575-2456 a. C.), los egipcios ya construían enormes pirámides en el desierto, cerca de Menfis.

La mayor es la del rey Khufu, en Gizeh, de ciento cuarenta y seis metros de altura. Consta de alrededor de dos millones trescientos mil bloques de piedra, cada uno entre dos y quince toneladas. A pesar de su enorme tamaño, las pirámides de Gizeh están construidas





con gran precisión. Actualmente no se puede saber con certeza cómo fueron construidas, pero está claro que utilizaron sencillas herramientas de cobre y que carecían de medios sofisticados. Los egipcios no fueron grandes innovadores, pero poseían un gran sentido de la organización.

Un rey comenzaba a trabajar en su pirámide tan pronto como llegaba al trono. Alrededor de cuatro mil artesanos eran empleados para cortar y dar forma a bloques de piedra caliza para instalarlos más tarde. La mayor parte de la mano de obra era empleada en el transporte de los bloques desde las canteras hasta el lugar donde se construía la pirámide. Cortados los enormes bloques, se cargaban en barcazas que flotaban río abajo hasta llegar al nivel de Gizeh. Una vez allí se montaban sobre trineos y se arrastraban a lo largo de una calzada de leños hasta el lugar deseado. La última etapa consistía en levantar los bloques sobre las rampas de barro que rodeaban la pirámide semi-construida.

Es una equivocación pensar que las pirámides fueron hechas por grupos de esclavos, trabajando fatigosamente a ritmo de un látigo. La mayor parte del trabajo era realizada por la población agrícola, que durante tres o cuatro meses al año no tenía nada que hacer, mientras los campos estaban inundados. Unos cien mil hombres movían grandes cantidades de piedra para construir la pirámide en honor del rey divinizado.

La Gran Pirámide, actualmente, tiene prácticamente el mismo color que el desierto, pero anteriormente estaba enfundada en reluciente cal blanca. Junto a ella había dos templos, unidos por una calzada amurallada, y en un cercano foso se encontraba la barca que se supone utilizaría el rey en su vida futura. El cuerpo embalsamado se conducía al primer templo del Valle, que tenía veintitrés estatuas reales. La momia era purificada y se realizaba un ritual para que su espíritu pudiera habitar las estatuas como si se tratara de cuerpos humanos. Después, el ataúd real era arrastrado a lo largo de la calzada hasta llegar al segundo templo, donde los sacerdotes seguían haciendo ofrendas al espíritu del rey durante varios siglos después de su muerte. Finalmente, el ataúd era conducido por un estrecho pasadizo hasta el interior de la pirámide y metido en un sarcófago de piedra que se hallaba en la cámara del sepulcro.

En las pirámides de la Cuarta y Quinta Dinastía (2465-2152 a. C.) había inscripciones en los muros interiores con las palabras citadas por el sacerdote durante el entierro. Los textos varían en cuanto a época y naturaleza. Algunos son humildes oraciones en las que se propone al rey como sirviente de los dioses; otros son bastante más arrogantes. En el llamado *Himno de Cannibal*, se dice que el rey muerto es tan poderoso que podría comerse a los dioses para absorber su magia: «Los dioses de mayor tamaño para la primera comida del día, los de tamaño medio para el almuerzo, los pequeños para la cena y los viejos como combustible para la marmita.»

Una vez finalizado el ritual, se bloqueaba la ruta que conducía al sepulcro mediante enormes piedras. A pesar de todas estas precauciones, algunas de ellas se han encontrado violadas. Los ladrones eran capaces de irrumpir en las tumbas y saquearlas, llevándose los objetos más preciados, pero las propias pirámides permanecen como la mayor de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo y son las únicas que han llegado a nuestros días.

Los arqueólogos han hallado también objetos utilizados en la vida cotidiana del Antiguo Egipto. La mayoría de estos objetos provienen del Imperio Nuevo (1550-1070 a. C.), y una de las fuentes de mayor importancia es el pueblo de Deir el-Medina, al sur de Egipto. Durante el Imperio Nuevo, la realeza era enterrada en tumbas de piedra en los valles desiertos, cerca de la ciudad de Tebas, la capital del Sur. El gobierno construyó una localidad para los artesanos, cerca de Deir el-Medina.

Los artesanos vivían con sus familias en casas de barro construidas a lo largo de las estrechas calles del pueblo amurallado. Al principio, estas casas eran idénticas, pero sus habitantes las cambiaron, decorando las paredes con murales, tirando tabiques interiores, etcétera. En muchas de estas casas, la estancia principal era utilizada como comercio.

La segunda habitación era mayor y más elevada que el resto. Tenía ventanas sin cristales y una plataforma de barro donde se sentaban los señores. Las sillas se consideraban un lujo, por lo que se utilizaban taburetes plegables. Tras la estancia principal había un pequeño dormitorio. Las camas eran de madera y tenían una especie de cincha fabricada con caña y altos estribos. Utilizaban sábanas de lino

y, en lugar de almohada, un reposacabezas de madera. Cerca de la cama se situaban cofres de madera, imitando marfil y ébano, para ropas, joyas y maquillaje.

Durante el Imperio Nuevo, el vestuario era de lino, con pliegues y colgaduras. Las ceñidas ropas de las mujeres y las largas faldas y anchas mangas de las camisas de los hombres eran de color blanco. El colorido lo proporcionaban brillantes collares de cuentas, pulseras y guirnaldas de flores para las fiestas. A veces, los peinados eran muy elaborados y también utilizaban pelucas de lana teñida. Tanto el hombre como la mujer se maquillaban los ojos. El típico cofre egipcio de cosmética contenía un espejo, pinzas y navaja de cobre, colorete, sombra verde para los ojos, pintura de labios y jarros que contenían perfumados aceites para el cuerpo.

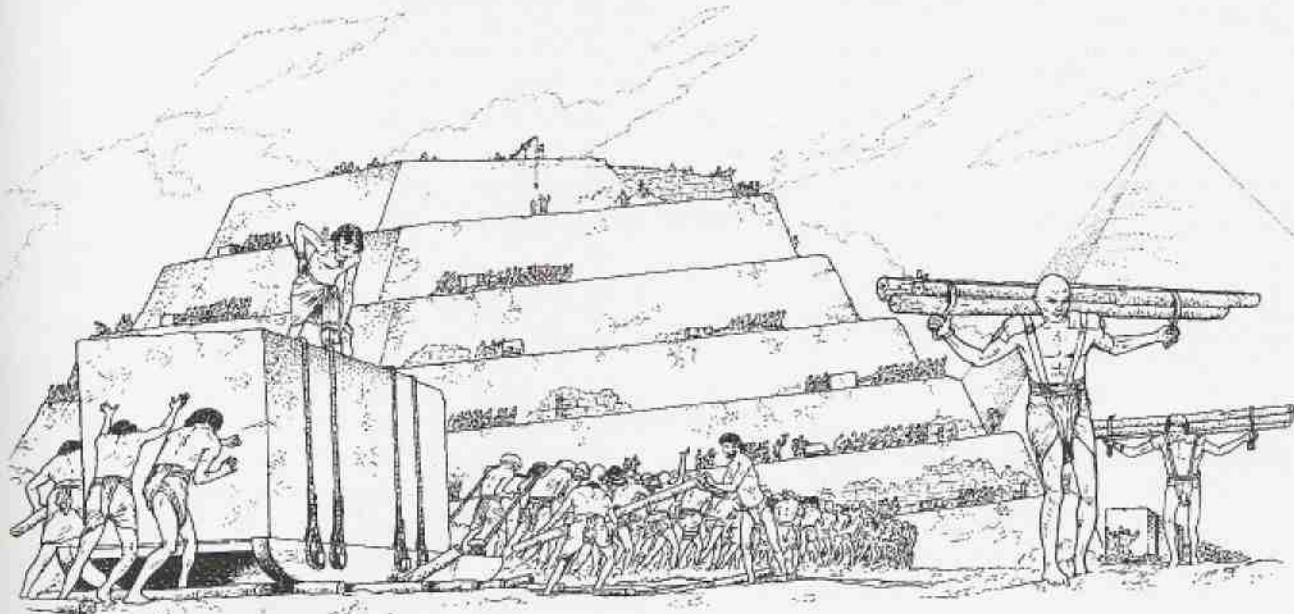
Ninguna de las casas de Deir el-Medina tenía cuarto de baño, pues se consideraba un lujo, y el pasillo junto al dormitorio que conducía a la cocina se encontraba al aire libre. La cocina tenía una bóveda, un horno de terracota, una piedra de moler grano y pucheros de todas las formas y tamaños. El pan y la cerveza eran los productos principales de la dieta egipcia, y una pequeña bodega contenía habitualmente tinajas con cerveza y quizá vino. Se utilizaban miel y dátiles para hacer pan dulce y bollos. La granada, el higo y el melón también formaban parte de la dieta. La carne y el asado eran muy apreciados, pero sólo se comían en ocasiones especiales. Así, pues, las proteínas las proporcionaban los guisantes, lentejas y pesca-

do seco. Los vegetales más comunes eran cebolla, ajo, pepino y puerro.

Una escalera conducía desde la cocina hasta el tejado, donde se esparcían los vegetales para que se secaran, y se guardaban las cabras y los gansos. Los egipcios eran muy aficionados a los animales, especialmente a los perros, monos y gatos.

En los períodos calurosos dormían en el tejado, que también era el lugar de reunión. Desde allí se veían las tumbas, construidas en declives en la parte baja del pueblo, y el templo de la localidad. Todas las casas tenían un pequeño santuario donde diariamente se hacían ofrendas de pan, vino y flores al dios favorito. Algunas casas tenían murales de las diosas Taweret y Bes, el dios enano con cabeza de león, que a pesar de su espantosa apariencia era el protector de mujeres y niños. Bes y Taweret también solían ser esculpidos en el reposacabezas y en las camas para proteger a los durmientes de serpientes, escorpiones y demás peligros nocturnos. Pequeñas imágenes de estas deidades eran frecuentemente llevadas como amuletos.

Los egipcios tenían gran confianza en el mágico poder de los amuletos y los utilizaban para protegerse desde la cama hasta la sepultura. Se representaban de diversas formas, las más comunes, un ojo de halcón del dios Horus, la columna de Osiris y la cabeza de Hathor. Los dioses no sólo formaban parte de la cultura de los egipcios en los grandes templos, sino también aparecían en los cuentos, a los que eran muy aficionados.

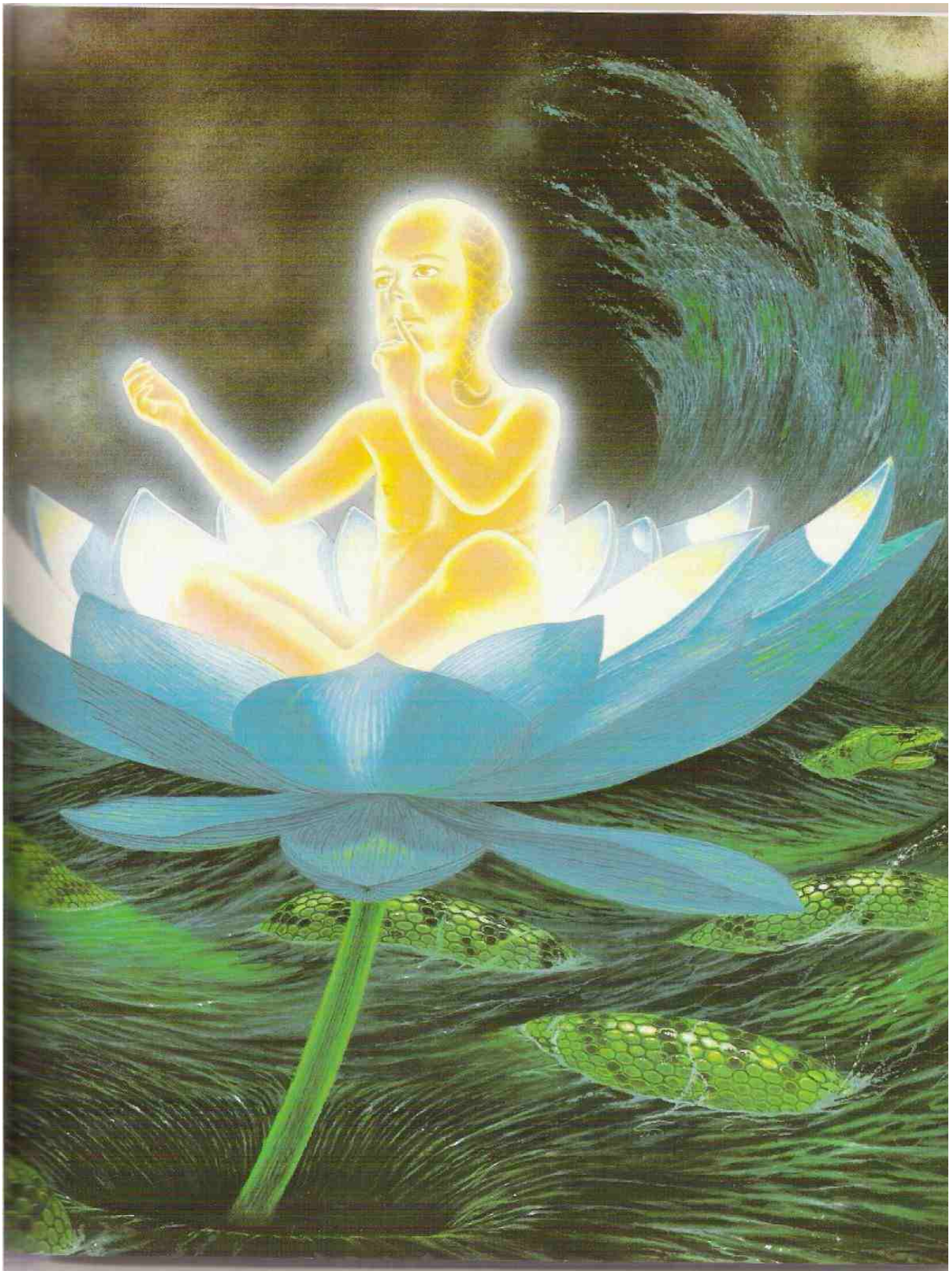


Las aguas del caos

La religión egipcia era más rica en símbolos que en mitos, pero había historias referidas a algunos de sus dioses. Desgraciadamente, la mayoría era tan bien conocida que raramente llegaban a ser escritas. Frecuentemente, un mito es parte de referencias dispersas en himnos y oraciones, inscripciones en templos y pirámides y otros extraños orígenes, como los hechizos que se suponía curaban las mordeduras de escorpión. Muchos antiguos escritores griegos, fascinados por las deidades egipcias, reprodujeron sus mitos, pero es difícil saber a ciencia cierta si estas versiones tienen muchos cambios con respecto al original.

Algunos mitos, como el de la muerte y resurrección de Osiris, eran representados durante las ceremonias reales y en los templos cuando llevaban a cabo algún ritual. Los sacerdotes de los grandes centros religiosos, como el templo de Ra en Heliópolis, el templo de Ptah en Menfis o el templo de Thoth en Hermópolis, representaban ciclos de mitos con su propia deidad como figura central. Todos estos ciclos incluían los mitos de la creación, porque para los egipcios fue el único suceso realmente importante de la historia. El principal propósito para su sociedad era preservar el orden divino establecido por el Creador. La idea de progreso no tenía lugar en el pensamiento de los egipcios. Una docena de mitos no era suficiente para expresar la maravilla de la creación. El creador tenía varias formas y nombres (Ra, Ra-Atum, Amon-Ra, Ra-Horakhty), pero todas las fuentes de origen concuerdan en que él es el primero que emerge de un abismo acuático llamado *Nun*.





Al principio eran las aguas del caos. Reinaron la oscuridad y el silencio, pero en las profundidades del acuoso abismo se escondía el espíritu del creador, el padre y la madre de todas las cosas... Una historia cuenta cómo un monte se elevó lentamente de las aguas del Caos, tal como Egipto parece nacer cuando las inundaciones producidas por el Nilo son ahogadas por el calor del verano. Este monte fue el primer trozo de tierra y donde por fin el creador podría dar forma a su cuerpo. Se presentó como un ave fénix con el plumaje de color de fuego y, ardiendo sobre el Monte Primordial, lloró quebrantando el silencio con el primer sonido.

Una segunda historia cuenta cómo ocho criaturas con cabezas de rana y serpiente nadaban en las aguas del Caos antes de que comenzara el tiempo. Ellos formaban parte de la llamada *Ogdóada*: Nun y Naunet, deidades del acuático abismo; Hu y Hehuet, dioses del espacio infinito; Ku y Kuket, dioses de la oscuridad y Amón y Amonet, dioses de lo invisible. Estos misteriosos seres nadaron juntos formando el gran huevo que empujó al creador.

Otros dicen que el huevo primitivo lo puso un ganso, cuyo cacareo fue el primero de todos los sonidos. El Gran Ganso se sentó en el monte, protegiendo su huevo durante incontables siglos hasta que de él salió un precioso fénix. Las dos mitades del cascarón separaron las aguas del Caos y formaron un espacio en el cual el creador pudo hacer el mundo.

Una tercera historia cuenta cómo la oscuridad cubrió las aguas hasta que el Primer Loto surgió del abismo. Lentamente, el Loto azul abrió sus pétalos y mostró un joven dios sentado en su corazón dorado. Un dulce perfume se deslizó a través de las aguas, y la luz manó del cuerpo del Niño Divino, desapareciendo la oscuridad del Universo.

Este niño era el creador, el dios Sol, origen de la vida, pero todas las noches el Loto se

hundía bajo la superficie y no salía hasta el nuevo amanecer. El Caos reinaba durante la noche hasta que el dios y el Loto volvían. Las fuerzas del Caos no fueron vencidas del todo en el principio de los tiempos. Como serpientes venenosas circundan la tierra para atacar al dios Sol. La guerra entre el Orden y el Caos nunca terminará.

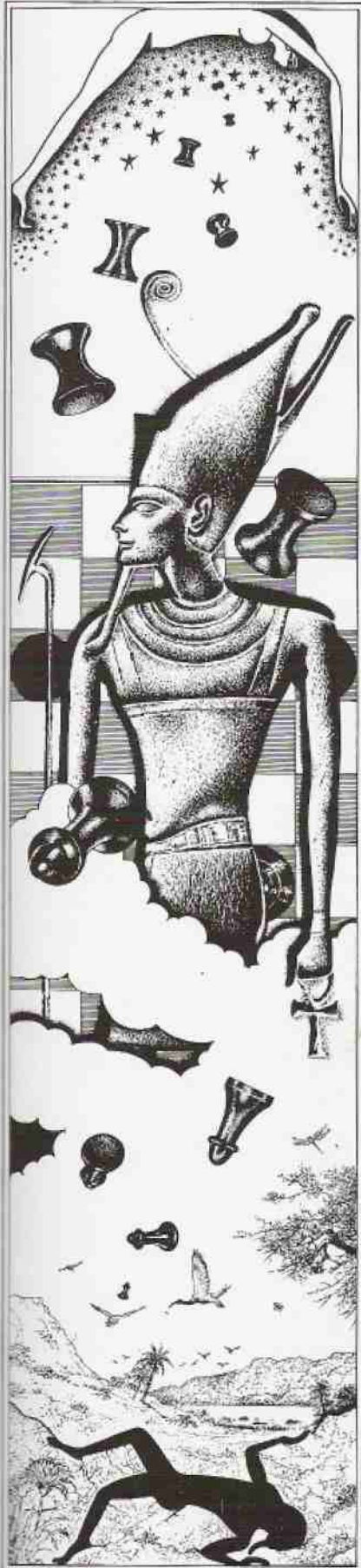
Cualquiera que sea la forma dada al creador, todas las historias concuerdan en el punto en el que se dice que es consciente de su soledad. Esta soledad se hace insufrible y anhela que otros seres den forma al mundo junto a él. En Menfis, los sacerdotes describen cómo los pensamientos del creador se convierten en dioses y en todas las demás cosas que existen. Una vez que había dado forma a todas las cosas, les dio vida al nombrarlas. Pensamientos y palabras fueron el poder de la creación.

En Heliópolis, los sacerdotes denominaron al creador Ra-Atum y hablaron de cómo después de eternidades de soledad discutió con Shu, el dios del aire, y Tefnet, la diosa de la humedad. Después de largo tiempo, Ra-Atum continuaba sumido en la soledad, pues Shu y Tefnet se perdieron en las aguas del Caos. Entonces, el creador tomó un ojo de su cara y le otorgó poder. Lo llamó Hathor, su hija, y la envió a la oscuridad en busca de sus criaturas perdidas.

La luz del ojo penetró en las fuerzas del Caos, y Shu y Tefnet pronto fueron encontrados y llevados junto a su padre. Como recompensa colocó el ojo en su frente y le dio forma de serpiente. El dios Sol prometió que ella tendría poder sobre todos sus enemigos, y que dioses y hombres la temerían y respetarían por los siglos de los siglos.

Ra-Atum abrazó a sus hijos con lágrimas en los ojos. Así como él los tomó entre sus brazos, su espíritu se introdujo en ellos, y ellos y todos los dioses compartieron la divinidad del creador.





Los nueve dioses

Shu y Tefnet, los primeros hijos de Ra-Atum, se profesaban un gran amor y Tefnet dio a luz dos gemelos. Geb nació primero y era el dios de la tierra, y Nut, que nació la segunda, era la diosa del cielo. Geb quería muchísimo a su hermana, la hermosa Nut, y durante siglos permanecieron abrazados. El cielo oprimía a la tierra de tal forma que no quedaba espacio entre ellos para que brotase vida.

Ra-Atum, celoso del gran amor que se profesaban Nut y Geb, ordenó a su padre, Shu, que los separase. El poderoso dios del aire pisoteó a Geb. Después elevó a Nut en las palmas de sus manos, elevándola por encima de su hermano. Nut estaba embarazada y Ra-Atum la maldijo para que no pudiera dar a luz ningún día del año. Geb forcejeó bajo los pies de su padre, y Nut se inclinó para dar alcance a su hermano, pero todo resultó inútil.

Mientras, el creador dio vida a otros muchos seres, entre ellos a Thot, el más sabio de todos los dioses. Thot vio el hermoso cuerpo de Nut arqueándose por encima de la tierra y la amó y se compadeció de ella. Decidió ayudar a la desgraciada diosa e inventó el juego de las damas. Thot desafió a los dioses a jugar contra él apostándose el tiempo. Gradualmente, el prudente dios fue capaz de reunir cinco días. El creador había decidido que el año tendría trescientos sesenta días, pero Thot añadió el tiempo que había ganado. Estos cinco días no estaban bajo la maldición de Ra, así que, finalmente, Nut pudo dar a luz a su hijo.

El primer día, ella sostuvo al pequeño, que ya había sido coronado con el nombre de Osiris. Al segundo día llegó Haroeris y al tercer día, tras grandes sufrimientos, Seth. El cuarto y quinto días nacieron dos hijas, Isis y Neftis. Osiris e Isis se habían enamorado en el útero materno y se hicieron marido y mujer. Finalmente, Seth y Neftis se casaron también, pero entre ellos nunca hubo amor.

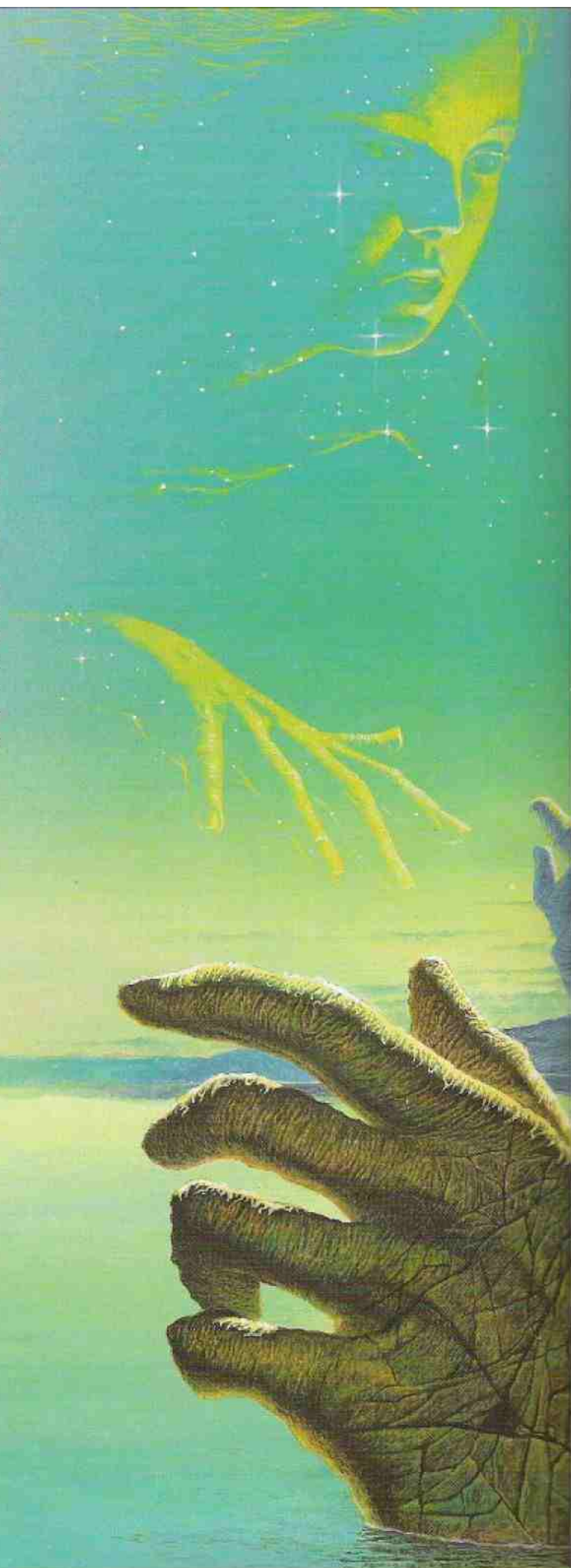
Las dos hijas de Nut eran muy diferentes de carácter: Isis era valiente y astuta, diosa de la magia y más sabia que millones de hombres, mientras que Neftis era dulce y leal. Los hermanos Osiris y Seth eran aún más diferentes: la cabeza de bestia salvaje de Seth dejaba al descubierto su naturaleza, cruel y avara, y nunca perdonó a Osiris por haber nacido primero y estar destinado a reinar.

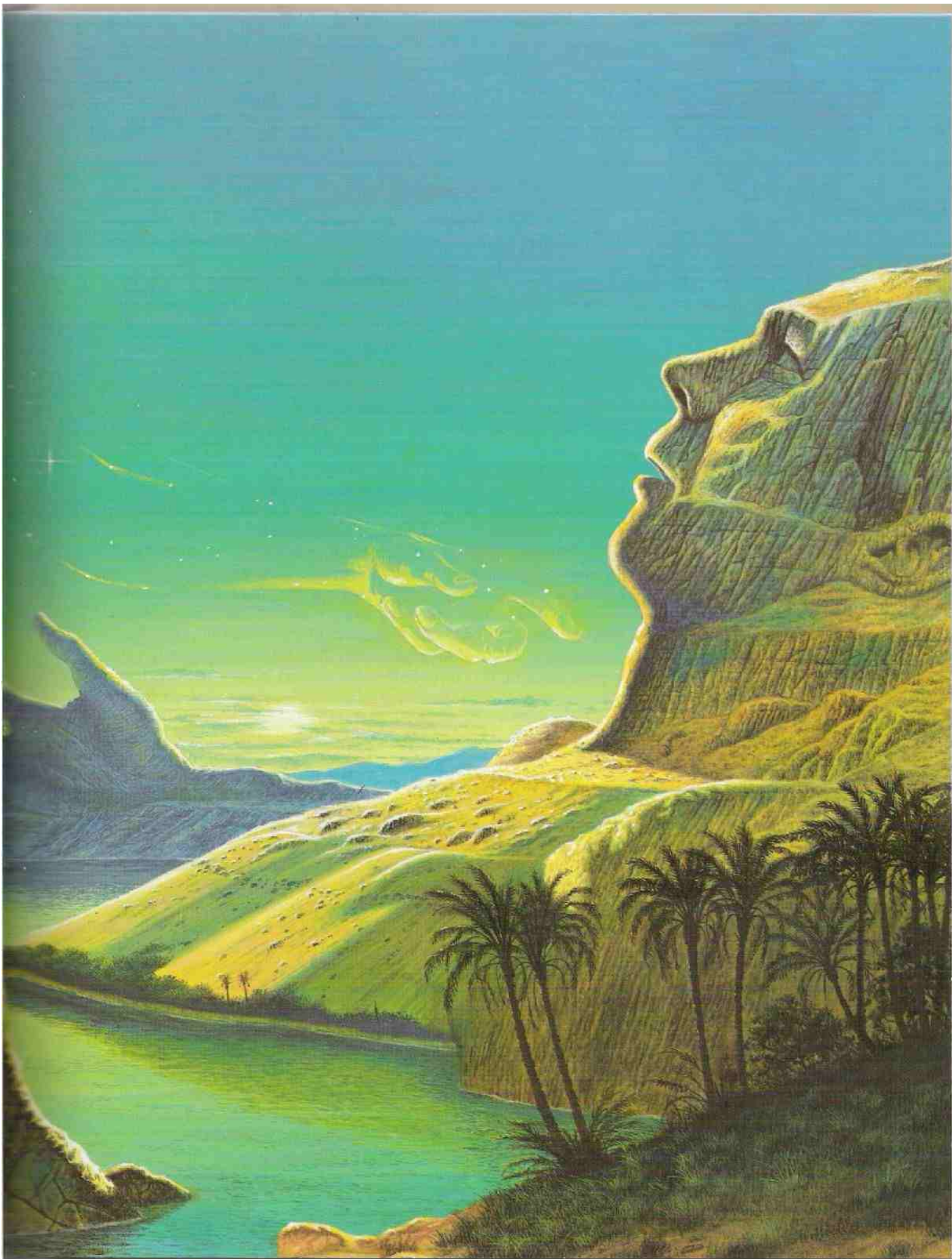
Ra-Atum, con Shu y Tefnet, sus hijos; Geb y Nut, sus nietos, y Osiris e Isis y Seth y Neftis, sus bisnietos, fueron los nueve grandes dioses bajo el nombre de la *Enéada*. El creador dio vida a muchos otros dioses y diosas y llenó el cielo y la tierra con espíritus, demonios y deidades de menor importancia.

Finalmente, creó al hombre. Algunos dicen que la humanidad surgió de las lágrimas de alegría que se le saltaron a Ra-Atum cuando Shu y Tefnet fueron rescatados de las aguas del Caos. Otros, que el primer hombre había sido formado por Khnum, el dios con cabeza de carnero, en su torno de ceramista. El creador también le procuró una tierra para vivir: el Reino de Egipto.

Ra-Atum protegió Egipto con barreras de desierto, y, para contrastar, hizo el Nilo, que con sus aguas inundaría las tierras proporcionando ricos cultivos. Para otros países puso un Nilo en el cielo, al cual nosotros llamamos lluvia. Ra dio nombre a las estaciones del año y a los meses y arropó la tierra con árboles, hierba y flores. Por último dio vida a los insectos y peces, pájaros y animales.

Cada día, Ra anduvo a través de su reinado y navegó a través de los cielos en la Barca de Millones de Años. Cuando vieron el sol, las criaturas de Egipto alabaron a su creador. Para que reinaran la justicia y el orden, Ra-Atum inventó la monarquía. El mismo fue el primer gran rey de Egipto y gobernó con alegría y paz durante incontables siglos.







El nombre secreto de Ra

Ra, creador del Sol, era visto en Egipto en forma de disco solar, pero le conocían de otras muchas formas. Aparecía como hombre coronado, y como halcón u hombre con cabeza de halcón; los egipcios también representaban a Ra en forma de escarabajo empujando el sol en el cielo, como si fuera una bola de estiércol. En las oscuras cavernas bajo la tierra había escondidas setenta y cinco formas de Ra; misteriosos seres con cuerpos momificados y cabezas de pájaro o serpiente, plumas o flores. Los nombres de Ra eran tan abundantes como sus formas; era el Renovador, el Resplandor, el Viento de las Almas, el Exaltado, pero uno de sus nombres no había sido mencionado nunca. Para conocer el nombre secreto de Ra había que tener poder sobre él y sobre el mundo que había creado.

Isis anhelaba este poder. Ella había soñado que un día tendría un hijo con cabeza de halcón llamado Horus, y quería que le fuera concedido el trono de Ra. Isis era la diosa de la Magia, más sabia que millones de hombres, pero sabía que no había nada suficientemente poderoso para dañar a Ra. Su única elección era volver contra el creador su propio poder, y, por fin, Isis ideó un cruel y astuto plan. Cada día, el dios Sol caminaba a través de su reino, acompañado por multitud de espíritus y deidades de menor importancia, pero Ra se estaba haciendo viejo, sus ojos estaban apagados, sus pasos dejaban de ser firmes y había comenzado a decir incongruencias. Una mañana, Isis se introdujo desapercibida entre un grupo de diosas de categoría inferior, que iban tras el rey de los dioses. Isis estuvo observando a Ra hasta que vio cómo le goteaba saliva sobre un terrón. Cuando se aseguró de que nadie la miraba, tomó la tierra y se la llevó. Isis mezcló la tierra con la saliva de Ra hasta formar arcilla, con la que modeló una serpiente de terrible aspecto. Durante las horas de oscuridad susurró sus ensalmos a la serpiente de arcilla hasta que ésta se quedó tendida en sus manos. Más tarde, la astuta diosa se dirigió a un cruce por donde siempre pasaba el creador y dejó allí a la serpiente, escondiéndola entre las largas hierbas, tras lo que regresó ella a palacio.

Al día siguiente, Ra paseó a través de su reino con los espíritus y deidades agrupados tras él, como de costumbre. Cuando se aproximó al cruce, las palabras de Isis comenzaron a hacer efecto, y la serpiente de arcilla se estremeció en el momento en que recibía vida. Tan pronto pasó el rey junto a ella, le mordió en un tobillo, de tal forma que le hizo caer al suelo. El grito que dio Ra se escuchó en toda la creación.

Sus mandíbulas castañetearon y sus miembros sufrieron espasmos cuando el veneno le inundó como un Nilo creciente.

—He sido herido por algo mortal —baldó Ra—. Lo puedo ver en mi corazón, aunque no a través de mis ojos. Sea lo que sea, yo no lo he creado. ¡Estoy seguro de que ninguno de vosotros me haría semejante cosa, pero nunca había sentido tan profundo dolor! ¿Cómo me ha podido ocurrir esto? Soy el creador del Sol, el hijo del húmedo abismo. Soy el dios de los mil nombres, pero mi nombre secreto sólo se mencionó en una ocasión antes de que comenzara el tiempo. Desde entonces fue escondido en mi cuerpo para que nadie lo conociera y fuese capaz de maldecir en mi contra. Cuando caminaba por mi reinado, algo me ha golpeado y ahora mi corazón está en llamas y mis miembros tiemblan. ¡Llamad a la Enéada! ¡Traed a mis hijos! Con su magia y sabiduría, ellos podrían perforar los cielos.

Los mensajeros fueron a buscar a los dioses superiores, y desde los cuatro pilares del mundo llegó la Enéada: Shu y Tefnet, Geb y Nut, Seth y Osiris, Isis y Neftis. Los enviados recorrieron el cielo, la tierra y el húmedo abismo para convocar a todas las deidades creadas por Ra. Desde los pantanos llegó Hequet, con su cabeza de rana; Wadjet, la diosa cabra, y el espantoso dios con cabeza de cocodrilo, llamado Sobek. Desde los desiertos llegó la apasionada Selkis, la diosa escorpión; Anubis, el chacal, guardián de la muerte, y Nekhbet, la diosa buitres. Desde las ciudades del Norte llegó el guerrero Neith; la dulce Bastet con cabeza de gato; Sekhmet con cabeza de león y Ptah, el dios de las habilidades. Desde las ciudades del Sur llegaron Onuris, el divino cazador con cabeza de carnero; Khnum con Anukis, su mujer, y Satis, su hija. El astuto Thot y el sabio Seshat, dioses de la escritura; el viril Min; Renenutet, con su cabeza de serpiente, diosa de las cosechas; la bondadosa Meskhenet y la monstruosa Taweret, diosa del nacimiento de mujeres y niños. Todos fueron convocados junto a Ra.

Se reunieron ante el dios Sol, llorando y gimiendo, temerosos de que fuera a morir. Isis estaba entre ellos, golpeando su pecho, fingiendo perplejidad y desesperado dolor como todas las demás deidades.

—Padre de todo —comenzó Isis—: ¿qué ha ocurrido? ¿Te ha mordido alguna serpiente? ¿Se ha atrevido alguna despreciable criatura a

enfrentarse con su creador? Pocos dioses pueden compararse en sabiduría, soy la diosa de la magia. Si me dejas, te curaré.

Ra agradeció a Isis sus palabras y le contó lo ocurrido, mientras se quejaba:

—Ahora estoy tan frío como el agua y tan caliente como el fuego. Mis ojos se oscurecen. No puedo ver el cielo, y mi cuerpo está empapado por el sudor que produce la fiebre.

—Dime tu nombre completo —dijo astutamente Isis—. Así podré usarlo en mi hechizo. Sin conocer esto ni el más grande de los magos sería capaz de ayudarte.

—Yo he creado las tierras y el cielo —dijo Ra—. He creado las alturas y las profundidades, pues establecí horizontes al Este y al Oeste y establecí a los dioses en su gloria. Cuando abro mis ojos surge la claridad, y cuando los cierro, todo se oscurece. El poderoso Nilo se desborda bajo mis órdenes. Los dioses desconocen mi verdadero nombre, pero yo creé el tiempo y fundé las fiestas. Yo encendí el fuego de la vida. Al amanecer me elevo como Kefer, el escarabajo, y navego los cielos en la Barca de los Millones de Años. A medio día resplandezco en los cielos como Ra y durante el atardecer soy Ra-Atum, el sol poniente.

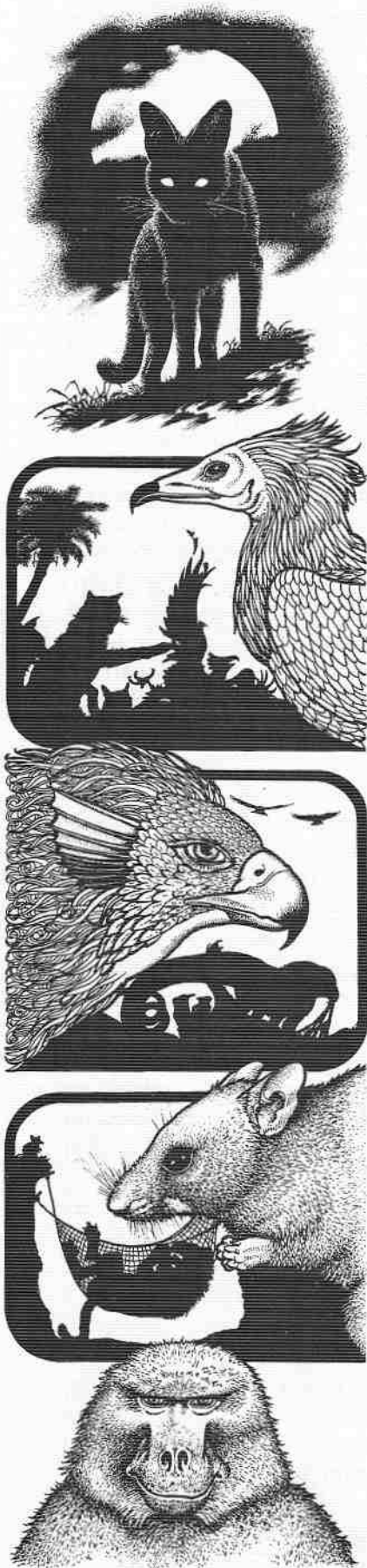
—Sabemos todo esto —dijo Isis—. Pero si debo encontrar un hechizo para hacer desaparecer este veneno, tendré que usar tu nombre secreto. Dímelo y vivirás.

—Mi nombre secreto me fue dado para que me sentara tranquilamente —musitó Ra— sin temer a ninguna criatura. ¿Cómo voy a regalártelo?

Isis no dijo nada y se arrodilló ante el dios Sol mientras su dolor aumentaba. Cuando se hizo absolutamente insoportable, Ra ordenó a los demás dioses que se alejaran y susurró el nombre secreto a Isis, diciendo con tristeza:

—Ahora el poder de mi nombre secreto ha pasado de mi corazón al tuyo. Cuando llegue su momento se lo podrás traspasar a tu hijo, pero cuida de que él no traicione el secreto.

Isis denegó con un movimiento de cabeza y comenzó a recitar monótonamente el ensalmo que eliminó el veneno de los miembros de Ra e hizo que se levantara más vigoroso que antes. El dios Sol regresó a la Barca de los Millones de Años, e Isis no pudo menos de gritar por el éxito de su plan. Sabía que algún día Horus, su hijo, se sentaría en el trono de Egipto y ejercería el poder de Ra.



El ojo del sol

Hathor, la hija de Ra, tenía diversas formas. Podía ser una vaca o un gato y, también, siete preciosas mujeres cuando se presentaba ante los niños recién nacidos para predecir sus destinos. Hathor, en forma humana, era la más graciosa y alegre de todas las diosas, pero cuando encarnaba al Ojo del Sol, también podía ser la más feroz y cruel. Era la protectora de los dioses, pero cuando se enfadaba, hasta ellos la temían. Algunas inscripciones de los templos hablan de una horrible época en la que Hathor abandonó su país para ir a vivir a Nubia.

El Ojo del Sol estaba celoso de otras deidades que Ra había creado. Hathor se peleó con su padre y recorrió el Sur vagando por los desiertos de la lejana Nubia. La diosa había abandonado su agradable forma humana y tomó las de atroz leona o de gato salvaje. Vivía de la caza y daba muerte a toda criatura que aparecía cerca de ella.

Egipto estaba desolado. Sin Hathor, el amor y la risa desaparecieron, y la vida estaba desposeída de la alegría de antaño. El dios Sol ocultó su rostro, y las tinieblas reinaron en la tierra. Nadie pudo consolarle por la pérdida de su hija, y lo peor era que sin el poder de su ojo, Ra quedaba a merced de sus enemigos. La oscuridad anuló a la luz y el Caos amenazó al Orden.

—¿Quién traerá a Hathor junto a mí? —preguntó Ra.

Los dioses se mantuvieron en silencio, pues el Ojo del Sol tenía poder sobre la vida y la muerte y temían su aparición. Entonces, Ra convocó a Thot, la más sabia de todas las deidades, y le ordenó que fuera a Nubia para persuadir a Hathor de que volviera a Egipto. Thot obedeció al rey de los dioses con gran lealtad. Estaba seguro de que, si Hathor le reconocía, le mataría antes de que pudiese hablar, así que se convirtió en un humilde mandril y, después, se arrastró a través del desierto, siguiendo el sangriento rastro que iba dejando la diosa.

Cuando la encontró, Hathor tenía forma de gato salvaje y se encontraba sentada en una roca lamiéndose su leonada piel. Thot reptó hacia el lugar en que ella se encontraba y, apoyando la cabeza en el suelo, dijo:

—¡Yo te saludo, hija del Sol!

Hathor se arqueó y bufó, pero cuando vio sólo a un mandril se detuvo sin abalanzarse sobre él.

—Amable diosa —vaciló Thot—. ¿Puede un humilde mandril osar hablarte?

—Habla y muere —refunfuñó la gata salvaje al tiempo que desenvainaba sus uñas.

El mandril se agachó y besó el suelo diciendo:

—¡Oh, todopoderosa, si decides matarme, no podré hacer nada para evitarlo! Pero antes de que lo hagas deja que te cuente la historia de la madre buitre y la madre gata...

—¿Qué historia es ésa? —preguntó Hathor.

—Escúchame, mi señora —dijo astutamente Thot—, y te la contaré.

La gata salvaje se sentó y comenzó de nuevo a lavarse. Parecía no darse cuenta de la presencia del mandril, pero Thot sabía que si intentara huir, ella se abalanzaría al momento sobre su pequeño cuerpo y lo destrozaría. Así que comenzó la historia:

—Hubo una vez una hembra buitre que anidó en una palmera y se sentó en sus huevos hasta que cuatro preciosos pollitos rompieron el cascarón y en seguida pidieron de comer; pero la madre temía abandonar el nido, ya que una gata salvaje vivía en una ladera cercana. Lo curioso de la historia es que la gata también había parido recientemente cuatro hermosos gatitos y temía dejarlos solos y que el buitre se los comiera.

»Los gatitos y los polluelos comenzaron a llorar porque tenían hambre, así que las dos madres decidieron hacer un pacto. Ambas juraron ante Ra que ninguna de ellas atacaría a las crías de la otra. La madre buitre, sintiéndose segura, salió en busca de carroña; asimismo, la gata salió de caza para alimentar a sus pequeños.

»Durante algunas semanas todo marchó muy bien, y los gatitos y los pollos crecieron mucho. Los jóvenes buitres pronto empezaron a poner a prueba sus alas, y los gatitos comenzaron a jugar por la ladera. Una mañana, mientras la madre buitre se encontraba en el desierto, el más osado de los polluelos salió volando del nido. Sus alas no eran aún lo suficientemente fuertes y tras un corto vuelo aterrizó en la ladera donde se encontraban los gatitos y les cogió un poco de su comida.

»Al ver esto, la gata le golpeó hiriéndole.

»—Vete a buscar tu comida a otro sitio —refunfuñó la gata.

»El joven buitre trató de marcharse volando, pero se dio cuenta de que sus alas estaban inutilizadas.

»—Ahora nunca podré regresar a mi nido —jadeó el pequeño—. Pero tú has roto el juramento y Ra se vengará.

»Cuando la madre buitre llegó al nido con el pico lleno de carne, descubrió que faltaba uno de sus polluelos. Lo buscó desesperadamente y por fin lo encontró muerto en la ladera.

»—Entonces la gata ha roto su juramento —se dijo el buitre—. No tardaré mucho en vengarme.

»Al día siguiente, cuando la gata salió a cazar, el buitre arremetió contra los gatitos, los mató a todos y se los llevó al nido para alimentar a sus polluelos.

»Cuando mamá gata regresó con su presa y no encontró a sus gatitos, comenzó a buscarlos por la ladera maullando desesperadamente. Sin embargo, no encontró más que manchas de sangre y mechones de pelo. Sabiendo que había sido el buitre el autor del crimen, comenzó a clamar venganza a Ra:

»—¡Oh, gran Dios, que juzgas el bien y el mal, la madre buitre ha roto su juramento y ha asesinado a mis crías! ¡Escúchame y castiga su falta!

»El dios Sol escuchó su súplica y se enojó, pues un juramento en su nombre había sido quebrantado.

»Ra ordenó que un mensajero divino castigara al buitre por haberse tomado la justicia por su mano.

»Una mañana, cuando el buitre volaba por el desierto buscando comida, vio a un solitario cazador, cocinando una pierna en su hoguera. El buitre, sin pensárselo dos veces, se precipitó en busca de la pierna y, cogiéndola entre sus garras, se la llevó al nido, donde sus polluelos la esperaban hambrientos. Desgraciadamente algunas ascuas permanecían adheridas a la carne y tan pronto como rozaron las ramitas, la hierba seca del nido se prendió fuego. Los tres polluelos se quemaron y se convirtieron en cenizas. La gata corrió hacia el llameante árbol y dijo al buitre:

»—¡Tú asesinaste a mis gatitos, pero ahora tus polluelos están muertos! ¡Ra me ha vengado!

»Mi querida señora —concluyó Thot—, ambas madres rompieron sus juramentos y ambas fueron castigadas. Ra ve y oye todo y castiga los crímenes. Ruega a Ra, que vivifica el mundo y cuya paz alegra la tierra. El Nilo cre-

ce para hacerle una capa. Los vientos del Norte y del Sur le obedecen cuando surca el firmamento. Gobierna los cielos y las profundidades marítimas. Ruega, pues, al dios Sol y a Hathor, su hija.

La diosa se sentó pensando en la historia y recordando a su poderoso padre.

Thot se acercó a ella y dijo:

—Mi señora, traigo comida divina del palacio del dios Sol. Maravillosas hierbas que proporcionan salud y alegría a quien las deguste.

Sacó un manojo de hierbas y su dulce aroma tentó al gato. En cuanto tragó la divina comida cambió su temperamento. Desapareció su cólera y escuchó dócilmente a Thot:

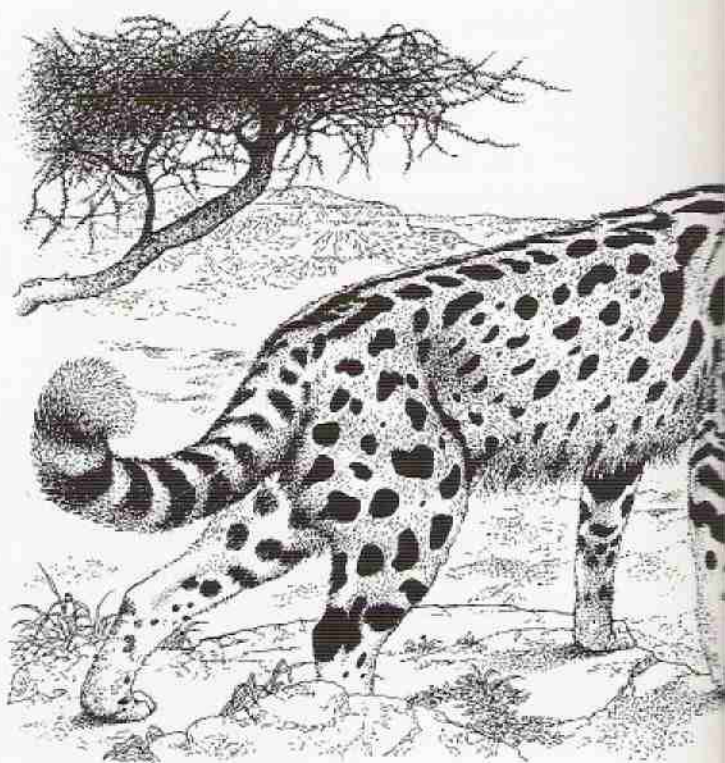
—Estas hierbas crecieron en Egipto. En la tierra que asciende desde las aguas de Nun, lugar formado por el creador para dioses y hombres, la casa de Ra, tu amado padre, y Shu, tu querido hermano. ¿Hay algún ser vivo que no añore el lugar de su nacimiento? Hasta las rocas y las plantas se adhieren a sus nativos suelos. Los animales viven cerca de las madrigueras donde nacieron, e incluso el destino permite a los privilegiados vivir, morir y ser enterrados en el lugar de su nacimiento. ¿Cómo se podría ser feliz o descansar en paz en tierras extranjeras?

Hathor había olvidado su casa y su familia, pero las palabras de Thot le hicieron recordar. Pensó en su padre y hermano, y recordó todos los templos donde los hombres la habían honrado como a la diosa más importante. Súbitamente, viéndose abrumada, comenzó a llorar.

Thot observó su llanto y dijo suavemente:

—Mi señora, estás afligida recordando tu casa, pero piensa en las lágrimas que ha derramado Egipto por ti. Sin tu presencia, los tiempos están sumidos en el silencio y en el vacío. Sin ti no hay música ni bailes, no hay risa ni claridad. Sin ti, jóvenes y viejos desesperan, pero si regresas conmigo, laúdes y timbales, arpas y tambores sonarán de nuevo. Egipto cantará y bailará. Las Dos Tierras se unirán como nunca se ha visto. Ven conmigo a casa y te contaré otra historia: Hubo una vez un halcón, un buitre y un cuco...

Thot se puso en camino, confiando que Hathor le seguiría, pero la diosa había advertido que el mandril desde su llegada había tratado de tentarla para que volviera a Egipto. Estaba muy furiosa porque la había hecho llorar, y con un terrible rugido se transformó en una



horrible leona. Su piel era del color de la sangre, echó humo y crepitó como una viviente llama. Su cara brilló más que la del sol, y su feroz aspecto aterrizó a Thot. El pequeño mandril brincó como un saltamontes, tembló como una rana y la saludó como si del mismísimo sol se tratara:

—¡Oh, todopoderosa, ten misericordia! ¡Te ruego que en nombre de Ra me perdones! Amable diosa, antes de devorarme, escucha la historia de los dos buitres.

La ira de Hathor se calmó un poco, pues quería escuchar la historia, así que se volvió a transformar en gato, y Thot comenzó a hablar:

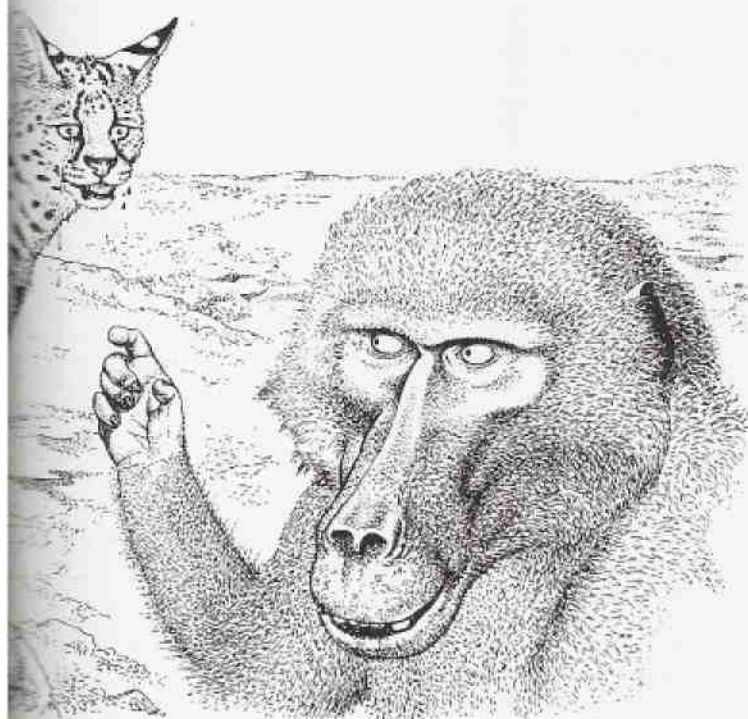
—Hubo una vez dos buitres que vivían en el desierto. Un día el uno comenzó a alardear:

»—Mis ojos son más penetrantes que los tuyos y mi vista es más aguda que la de ninguna otra criatura. Además, nadie posee un don como el mío.

»—¿Cuál es ese don? —preguntó el segundo buitre.

»—Ya sea de día o de noche, puedo ver el final de la tierra —contestó el primer pájaro—. En las alturas celestes o en las profundidades marítimas puedo ver todo lo que ocurre.

»—Puede que tus ojos sean más penetrantes y tu vista más aguda, pero seguro que mi



oído es más fino que el tuyo. Oigo cualquier sonido que provenga de la tierra, el cielo o el mar. Incluso puedo escuchar la voz de Ra decretando los destinos de las criaturas terrestres.

»Los dos pájaros discutieron durante varios días sobre cuál poseía el don más preciado, pero un día, estando sentados en la rama de un árbol, el segundo buitre comenzó a reír.

»—¿De qué te ríes? —preguntó el otro.

»—Me río de lo fácil que es cazar a un cazador —dijo el segundo buitre—. Un pájaro al otro lado del cielo me está contando lo que ha visto. Tú nunca serías capaz de oírle a semejante distancia. Ha visto cómo una lagartija cazaba y se comía una mosca, y que momentos después la lagartija era tragada por una serpiente y que ésta era devorada por un halcón y que éste ha caído al mar. Si tu vista es tan buena, dime lo que le ha ocurrido.

»El primer buitre elevó su calva cabeza y miró las olas del distante mar:

»—El halcón ha sido tragado por un pez que a su vez ha sido engullido por otro pez de mayor tamaño —el buitre hizo una pausa y después continuó hablando—: Ahora, el gran pez se ha acercado a la orilla y un león lo ha sacado con su garra... ¡Se está comiendo al pez...!

»El primer buitre agitó sus plumas y caminó cautelosamente a lo largo de la rama muy excitado.

»— ¡Un grifo lo ha llevado a su nido!

»—¿Estás seguro? ¡No puede ser cierto! —dijo el segundo pájaro.

»—Si no me crees, vólemos juntos hacia el nido del grifo.

»Los dos buitres atravesaron el desierto y volaron hasta allá.

»—Mira —susurró el primer buitre—, su cabeza es de halcón y sus ojos de hombre. Tiene cuerpo de león, sus orejas son como las aletas de un pez y su cola es de serpiente.

»Los dos buitres vieron cómo el grifo pelaba del todo los huesos del león y escapaba a un lugar más seguro.

»—Todo lo que hemos visto nos enseña el poder de Ra —dijo el primer buitre—. Hasta la muerte de una mosca es observada por el dios Sol, y todos los que matan serán matados. La violencia se repara con violencia. Es extraño, aún no le ha ocurrido nada al grifo.

»—Quizá sea mensajero de Ra —contestó el segundo buitre—. El dios Sol le ha dado poder para decidir la muerte o la vida de las criaturas. No hay nada por encima del grifo excepto la justicia de Ra.

»Así que, mi señora, es tu padre quien paga bien con bien y maldad con maldad —concluyó Thot—, y él te ha obsequiado con su poder. Tú eres el Ojo del Sol, su vengador.

El corazón de Hathor latió con suma alegría y se enorgulleció de nuevo por ser hija del dios Sol.

—Deja de temblar, no te mataré —prometió la gata—, tus palabras me han hechizado, has hecho posible que mi aflicción y mi ira desaparezcan.

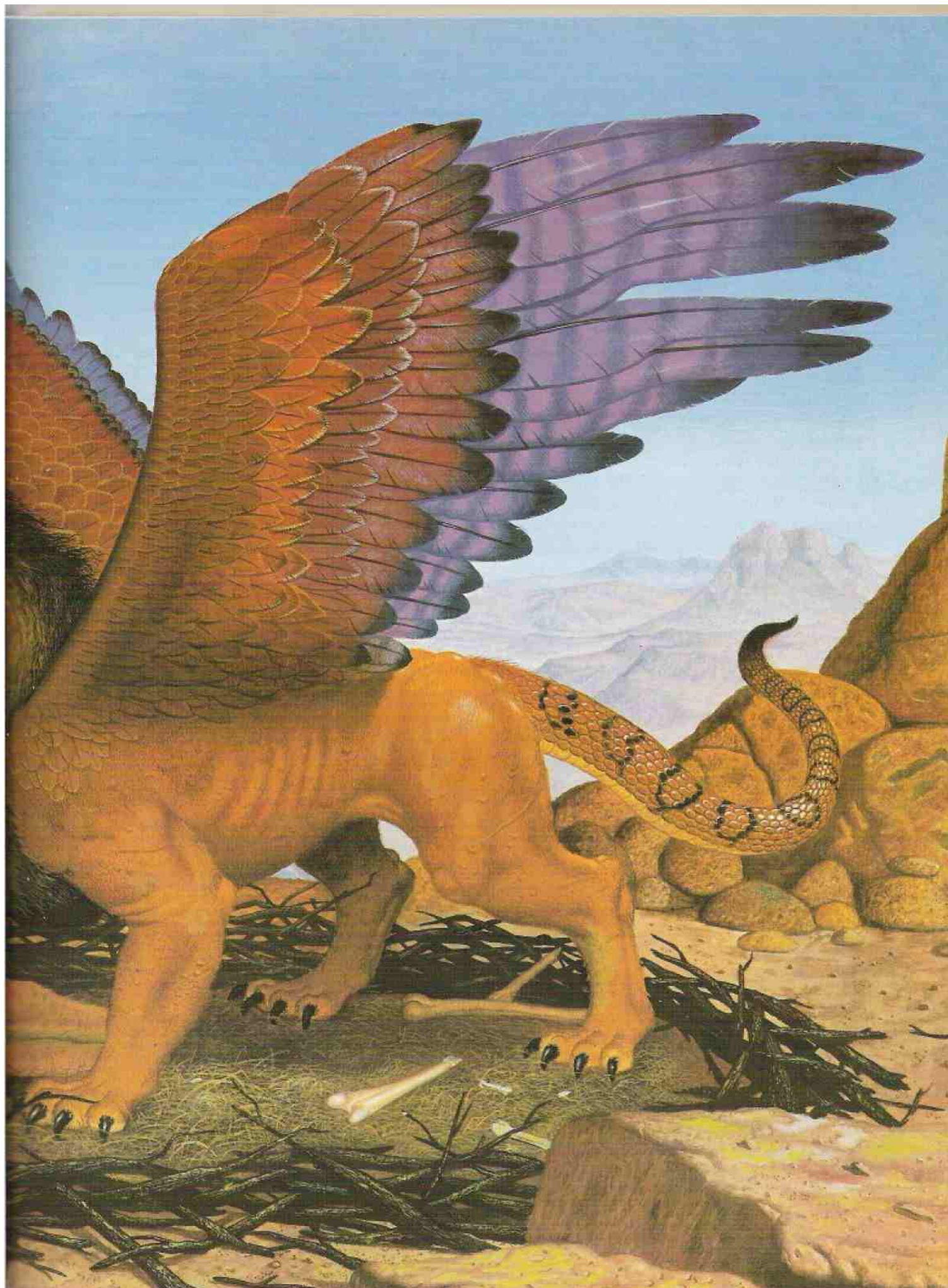
—Mi señora, si me sigues —comenzó Thot tímidamente—, te conduciré a Egipto. No hay muchos días de viaje por estos cerros.

—¡Entonces adelante! ¡Dejémonos de charlas! —gruñó Hathor.

El mandril comenzó a andar hacia Egipto con la gata tras él. Thot tenía miedo de que la diosa cambiara de opinión o perdiese la paciencia de nuevo, así que comenzó otra historia:

—Dos chacales vivían en el desierto y eran tan amigos que comían y bebían juntos y compartían la misma sombra. Un día, cuando descansaban junto a las ramas de un árbol, vieron a un león hambriento dirigirse hacia ellos. Am-





bos se quedaron muy quietos dejando que el león se les acercara. Este se quedó perplejo y rugió:

»—¿Se han paralizado vuestros miembros por la edad? ¿Por qué no habéis escapado?

»—Señor león —contestaron los chacales—, te vimos venir con tal frenesí que decidimos no correr. Nos hubieras alcanzado de todas formas. ¿Para qué fatigarnos antes de ser engullidos?

»El león, contento con la fría y sincera respuesta de los chacales, les dejó marchar.

»Sólo te he dicho la verdad —añadió Thot—, tú me has perdonado la vida, así que viajaremos juntos a Egipto y yo te protegeré.

—¿Tú, protegerme? El Ojo del Sol no necesita la protección de un mandril.

—Un ser fuerte puede ser salvado por uno débil. Recuerda la historia del león y el ratón.

—¿Qué historia es ésa? —preguntó Hathor. Y Thot se la contó camino de Egipto:

—Había una vez un león que vivía en las colinas, tan grande y fiero que los demás animales sentían verdadero terror al verle. Un buen día, el león vio a una pantera tendida en el suelo, más muerta que viva. Su piel había sido arrancada en parte y sangraba por muchos cortes profundos. El león se quedó estupefacto, pues pensaba que sólo él era tan fuerte como para hacer tal carnicería.

»—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién te ha hecho esto?

»—El hombre —suspiró la pantera—. No hay ser más astuto que él. ¡No caigas nunca en sus manos!

»El león nunca había oído hablar de una bestia llamada hombre, pero estaba realmente enfadado, pues pensaba que ninguna criatura debería ser capaz de hacer semejantes heridas sólo por placer. Así que decidió dar caza al hombre. Tras una hora caminando, encontró una mula y un caballo con bocados de metal dañando sus tiernas bocas.

»—¿Quién os ha hecho esto? —preguntó.

»—Fue el hombre, nuestro amo —dijo el caballo.

»—¿Entonces, el hombre es más fuerte que vosotros?

»—Señor león —contestó la mula—, no hay criatura más astuta que el hombre. ¡No caigas nunca en sus manos!

»El león se enfadó de nuevo y con más determinación que antes se dispuso a dar caza a

la cruel criatura llamada hombre. Siguió caminando y encontró un buey y una vaca atados con una cuerda. Sus cuernos habían sido serrados y anillos de metal atravesaban sus tiernos hocicos. Cuando el león preguntó quién les había hecho semejante cosa, recibió la misma respuesta:

»—Fue el hombre, nuestro amo. No hay ser más astuto que él. ¡No caigas nunca en sus manos!

»El león se puso de nuevo en camino y vio un enorme oso caminando pesadamente hacia él. Cuando estaba cerca, comprobó que no tenía pezuñas ni dientes.

»—¿Quién te ha hecho esto? ¡Seguro que el hombre no puede ser más fuerte que tú!

»—Es cierto —dijo el oso—, pero es más astuto. Yo capturé uno y me hice servir por él, pero me dijo: "Mi amo, tus pezuñas son demasiado largas para coger la comida y tus dientes también son largos y apenas puedes introducirlos en la boca. Déjame recortar ambos y podrás comer dos veces más." Yo le creí y me puse en sus manos. El me arrancó las uñas y los dientes, me arrojó arena en los ojos y se alejó riendo.

»Después de oír esto, el león se enfadó aún más y continuó su marcha hasta que encontró otro león atado con una cuerda al tronco de una palmera.

»—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el primero—. ¿Quién te ha hecho esto?

»—Ha sido el hombre —gimió el segundo león—. ¡Ten cuidado y no confíes en él! ¡Es el diablo! Yo capturé a uno, le pregunté qué trabajo sabía hacer, ya que le veía débil e indefenso. Me contestó que podría hacerme un amuleto que me inmortalizaría. "Sígueme —dijo el hombre—. Convertiré este árbol en un amuleto, pero tendrás que hacer exactamente lo que te diga. Así vivirás eternamente." Le acompañé a esta palmera y él serró el tronco y puso una cuña. Me dijo que metiera la pezuña en la hendidura y así lo hice. El hombre empujó la cuña y la grieta se cerró sobre mi pezuña de tal forma que no la pude sacar. Después, el hombre me arrojó arena en los ojos y se alejó riéndose. Ahora estoy aquí aprisionado hasta que muera de hambre.

»Entonces, el primer león rugió desafiante:

»—¡Hombre, tarde o temprano te daré caza y sufrirás el dolor que has infligido a otras criaturas!

»Se alejó saltando hasta que se dio cuenta de que tenía un pequeño ratón en su garra. Llevó su puzuña para aplastarle, pero el ratón gritó:

»—¡Oh, señor león, no me aplastes! Apenas soy un bocado para ti, ni con suerte podrías adivinar mi sabor. Perdóname la vida y quizá algún día pueda devolverte el favor.

»El león rió:

»—¿Qué podría hacer un minúsculo ratón para ayudar a la más fuerte de las bestias? Además, nadie puede hacerme daño.

»—Señor león, en ocasiones el débil puede ayudar al fuerte —insistió el ratón, prometiendo ser su amigo.

»El león pensó que todo esto era muy divertido; además era cierto que el ratón no calmaría su hambre y le dejó marchar.

»El hombre había oído hablar de que un león andaba suelto y le había preparado múltiples trampas para darle caza. Esa misma tarde, el león merodeaba por los alrededores y cayó en un enorme foso cubierto por una piel y hierbas. Durante interminables horas luchó en vano por salir de allí. A media noche, el león estaba exhausto, esperando que al amanecer apareciera el hombre y le matara. Inesperadamente escuchó una voz cerca de su oído:

»—Señor león, ¿me recuerdas? Soy el ratón al cual perdonaste la vida. Ahora vengo a salvarte. ¿Qué hay más bello que corresponder a una buena acción?



»El pequeño ratón comenzó a roer las correas que formaban la red. Hora tras hora trabajó para liberar al león y, justo antes del amanecer mordisqueaba la última cuerda. El león se puso en pie de un salto y salió. Con el ratón trepando por sus melenas escapó, alejándose del hombre, hacia el desierto. El destino le enseñó que todo poderoso encuentra su maestro y que ciertamente el débil puede ayudar al fuerte.

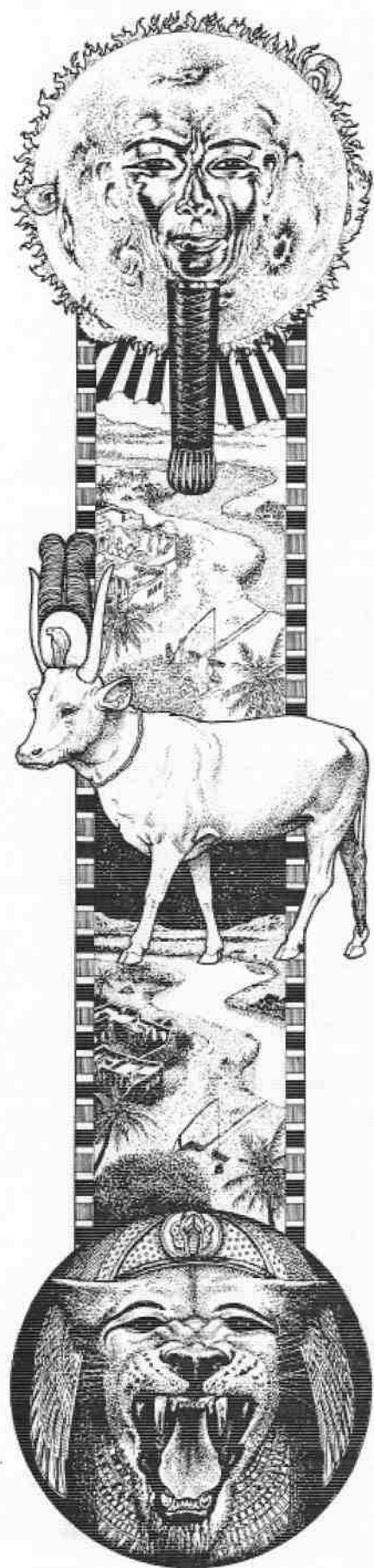
Hathor entendió la historia de Thot y siguió al mandril respetuosamente, pero parecía que no tenía prisa por llegar a Egipto. Al llegar al desierto se quedó junto a las palmeras y sicomoros elogiando sus frutos. El mandril trepó a un árbol para ver Egipto desde arriba. Le informó a la diosa de que las frutas de los árboles de Egipto eran aún mejores, y continuaron la marcha.

Cuando llegaron a los alrededores de Egipto, la gente se había reunido para dar la bienvenida a la querida diosa. En el Kab, la diosa se apareció ante ellos en forma de buitre y en la siguiente ciudad se transformó en gacela, pero cerca de Tebas volvió a su forma de gato montés. Antes de entrar en la ciudad se tumbaron a descansar. Hathor se durmió, y Thot velaba su sueño.

Los enemigos de Ra se enojaron al saber que el Ojo del Sol había regresado. En la oscuridad de la noche, una serpiente reptó hacia la diosa dormida con intención de envenenarla y despojar a Ra de su protección. Thot, vigilante, se percató de la presencia de la serpiente y despertó a Hathor. La gata salvaje saltó sobre la serpiente. La diosa agradeció al mandril su ayuda y recordó la historia del ratón y el león.

A la mañana siguiente entraron en Tebas, y la ciudad entera expresó su gran alegría dando en el templo de Mat una fiesta, que duró siete días, con bebidas y ricos manjares, bailes y gozo por doquier. Hathor estaba tan agradecida que cambió su forma de gato montés por la de una hermosa mujer. Después siguieron su camino.

En la ciudad de Heliópolis, Ra se reunió con su hija y, cuando se abrazaron, la ciudad entera saltaba de alegría. Se dio una fiesta en la casa del Sicomoro, en Menfis, y todos los dioses y diosas celebraron el retorno de Hathor. Thot volvió a su forma habitual, y Hathor por fin le reconoció. Ra le dio entonces las gracias por haber llevado a casa al Ojo del Sol.



La ira de Ra

En los muros de las tumbas reales y en los dorados relicarios que protegían la tumba de Tuntankhamon se encontraba inscrito el *Libro de la Vaca Divina*, un libro que describe cómo la ira del dios Sol estuvo a punto de destruir al género humano.

Ra era viejo, sus huesos eran como plata, su piel como el oro bruñido y su pelo como lapislázuli. Cuando el pueblo egipcio vio lo frágil y viejo que estaba su rey, comenzó a murmurar contra él, y estas murmuraciones se convirtieron más tarde en conspiraciones para apoderarse del trono de Ra. Los conspiradores se reunieron secretamente en el desierto, pero cuando el dios Sol miró hacia allí, los vio y escuchó sus complots.

Ra estaba tan apenado que anheló volver al húmedo abismo, pero también estaba más enfurecido que nunca, y habló así con sus seguidores:

—¡Llamad a mi hija, el Ojo de Ra, traedme a los poderosos Shu y Tefnet; enviadme a sus hijos Gab y Nut; buscad a la oscura Ogdóada; los ocho que estuvieron conmigo en el abismo húmedo, que venga el propio Nun! Pero que llegen en secreto. Si los traidores descubren que he convocado a los dioses, supondrán que les he descubierto y tratarán de escapar de su castigo.

Los seguidores de Ra obedecieron rápidamente. El mensaje se hizo llegar a todos los dioses y diosas, y uno por uno fueron deslizándose en el palacio. Haciendo una reverencia ante el trono de Ra, quisieron saber por qué habían sido convocados con tal precipitación y secreto. Entonces el Dios de los dioses le dijo a Nun, el Señor del Húmedo Abismo y a los demás dioses:

—Oh, vosotros, las más antiguas cosas vivientes, dioses primigenios: lloré, y la humanidad salió de mis lágrimas. Di la vida a los hombres y ahora ellos, cansados de que les gobierne, conspiran contra mí. Decidme: ¿Cómo debería responderles? No destruiré a los hijos de mis lágrimas hasta que escuche vuestros sabios consejos.

El húmedo Nun habló en primer lugar:

—Hijo mío: Tú eres más viejo que tu padre, más grande que el dios que te creó. ¡Puedes gobernar para siempre! Tanto dioses como hombres temen el poder del Ojo del Sol. Enviáselo a los rebeldes.

Ra observó Egipto durante unos instantes y dijo:

—Los conspiradores se encuentran en el desierto. Temen que me entere de sus planes y les castigue. ¿Cómo podría seguirles?

Los dioses gritaron al unísono:

—¡Envía al Ojo de Ra y les dará alcance!
¡Envía al Ojo del Sol para que los mate! Toda la humanidad es culpable, permite que el Ojo del Sol se encargue de ellos y destruya a los hijos de tus lágrimas. No perdones la vida ni a uno solo de ellos.

Hathor, el Ojo del Sol, la más hermosa y terrible de todas las diosas hizo una reverencia ante el trono de Ra y asintió con un movimiento de cabeza. Hathor se puso en camino hacia el desierto furiosa como una leona. Los conspiradores se dispersaron al verla, pero ninguno de ellos pudo escapar. Hathor se apoderó de todos ellos, los mató y bebió su sangre. Después, la despiadada Hathor abandonó el desierto, atravesando pueblos y ciudades, asesinando a todas las mujeres, hombres y niños que se cruzaban en su camino. Ra escuchó los gritos y las súplicas de los maltratados y comenzó a sentir pena por ellos, pero se mantuvo en silencio.

Cuando amaneció, Hathor se presentó triunfalmente ante su padre.

—Bienvenida —dijo Ra.

Trató de calmar el furor de su hija, pero Hathor había probado la sangre de los hombres y, deleitándose su sabor dulce, ansiaba continuar la matanza que llevaría a cabo a la mañana siguiente para vengar la traición. Pronto el poder de Ra sería inquebrantable, pero no tendría a quién gobernar.

El dios Sol se preguntó cómo podría salvar al resto de la humanidad de caer en manos de su terrible hija sin retractarse. Pronto dio con el plan. Ra ordenó a sus seguidores que se encaminaran más rápido que si fueran espíritus a la ciudad de Abu, y que le llevaran todo el ocre que pudieran encontrar. Tan pronto como regresaron con cestas rebosantes de tierra roja, les envió para que buscaran el Sumo Sacerdote de Ra a la ciudad de Heliópolis y a todas las jóvenes esclavas que trabajaban en su templo. Ra pidió al Sumo Sacerdote que machacara el ocre para hacer tinte de color rojo, y que las jóvenes esclavas elaboraran cerveza. El Sumo Sacerdote molió el ocre con sus doloridos brazos y las jóvenes esclavas trabajaron desesperadamente durante toda la noche para elaborar siete mil tinajas de cerveza. Justo antes del amanecer, el tinte rojo y la cerveza se mezclaron hasta que tuvo apariencia de sangre fresca. Entonces, el rey de los dioses sonrió:

—Con esta poción somnifera, salvaré al resto de la humanidad de mi terrible hija. Ya han sufrido bastante.

Ra ordenó que transportaran las tinajas al lugar donde Hathor comenzaría su matanza y que vertieran su contenido inundando los campos de carmesí.

En cuanto amaneció, Hathor comenzó su sangrienta carnicería, absorbiendo la sangre de las pocas gentes que aún conservaban sus vidas. Lo primero que vio fue un enorme charco de sangre. La diosa, absolutamente encantada, se sumergió en el gran charco carmesí. Bebió hasta que no quedó ni rastro de la «sangre».

La cerveza era fuerte y la diosa comenzó a sentirse cada vez más alegre. Su cabeza comenzó a darle vueltas y no pudo recordar cuál era su misión en Egipto. Agradablemente somnolienta, Hathor se dirigió dando tumbos al palacio de Ra y al llegar se desplomó a los pies de su padre en un profundo y plácido letargo.

—Bienvenida seas, Hathor —dijo Ra—, la humanidad recordará que pudo escapar de tu furia bebiendo cerveza en todas las fiestas.

Los hombres y mujeres denominaron a la hermosa diosa la Dama de la Embriaguez. En sus festivales, las gentes de Egipto podían beber y embriagarse sin restricción alguna, en honor a la diosa.

Pero Ra aún se sentía desgraciado por la rebelión. Nada era ya como en los tiempos dorados antes de la traición. Cuando Hathor despertó, se sintió extraña y Ra le preguntó:

—¿Te duele la cabeza? ¿Te abrasan los pómulos? ¿Te sientes enferma?

Según hablaba, las enfermedades se fueron apoderando de Egipto por primera vez. Ra convocó un segundo consejo de dioses y dijo:

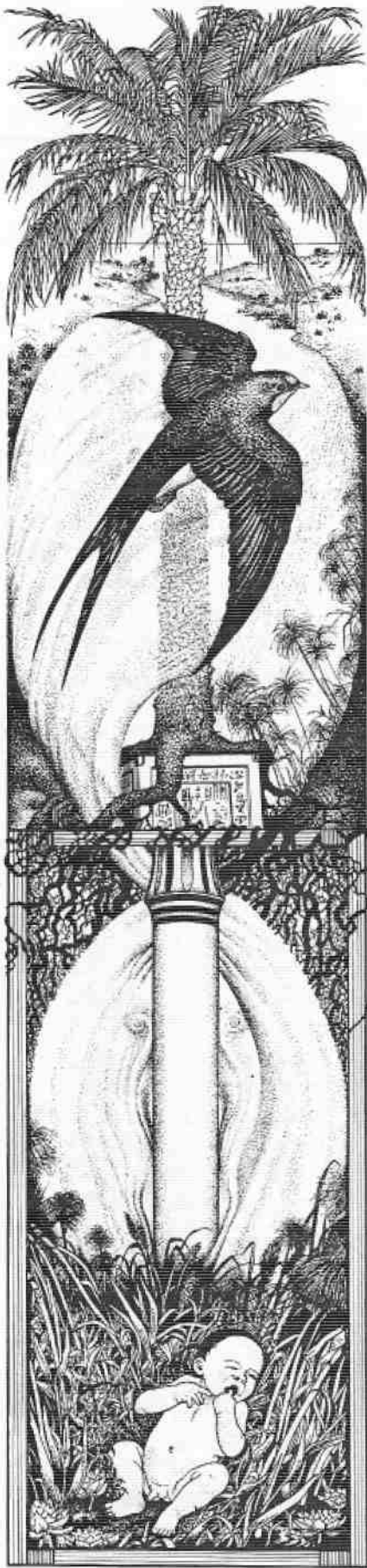
—Mi corazón está demasiado abatido y afligido para continuar gobernando Egipto. Soy débil y viejo; permitid que regrese al húmedo abismo, hasta que llegue la hora de mi próximo nacimiento.

Nun se precipitó a decir:

—Shu, protege a tu padre; Nut, llévalo sobre tus espaldas.

—¿Cómo puedo llevar al poderoso rey de los dioses? —preguntó la gentil Nut.

Nun le dijo que se convirtiera en vaca. Así que Nut se convirtió en una enorme vaca de dorados costados y largos y curvados cuernos. Ra montó sobre la Vaca Divina y se marchó de Egipto.



El asesinato de Osiris

Cuando el dios Sol se decidió a abandonar Egipto, las personas que habían escapado de la furia de Hathor estaban atemorizadas y enfadadas. Cuando la tierra oscureció, se culparon los unos a los otros. Los hombres fabricaron las primeras armas y atacaron a los enemigos del dios Sol. Ra miró atrás y supo que desde ese momento en adelante, en Egipto los hombres se matarían entre sí. El dios Sol habló tristemente a la Vaca Divina:

—Llévame a un lugar desde donde pueda ver a la humanidad, pero lejos de su alcance.

Entonces el cuerpo de la Vaca Divina alcanzó los cielos, arqueándose desde la tierra. En ese momento, Ra hizo las estrellas y las esparció sobre la tripa de Nut. Lo siguiente que hizo el rey de los dioses fue el Campo de la Paz y el Campo de los Juncos como casas para la muerte bendita. En ese momento, Nut comenzó a temblar, porque estaba situado a gran altura sobre la tierra. Ra creó los Dioses del Ocaso para que le sostuvieran y ordenó fuerte viento que les ayudara a resistir entre la tierra y el cielo.

Ra hizo llegar a Thot y le dijo:

—Mira, brillaré aquí, en el cielo. Seré la luz de los cielos superiores e inferiores. Tú debes representarme en la tierra y dejar constancia de los actos humanos.

En ese momento, Ra creó la forma ibis de Thot y le proclamó guardián de las acciones.

Cuando Ra brillaba en el cielo, la tierra se mantenía en tinieblas, y los temerosos hombres lloraban por la pérdida del dios Sol. Ra escuchó el llanto y también dio a Thot la forma del Gran Mandril Blanco. Thot brilló con plateada luz y la humanidad no volvió a sentir miedo por la desaparición del sol, porque Ra había creado la luna. Así que Thot con su cabeza de ibis era el sabio escriba de los dioses y el Mandril Thot brilló en el cielo durante la noche. De esta forma Ra se compadeció de los hijos de sus lágrimas.

Por último, Ra ordenó a Nun y Geb proteger a la tierra del caos y de las serpientes, e hizo rey a Osiris y reina a Isis. Osiris fue sabio y amable gobernando, enseñó a las gentes de Egipto cómo hacer crecer las cosechas, les proporcionó leyes y les enseñó a conocer y adorar a los dioses. Hizo largos viajes a otros países para ofrecer a sus habitantes las mismas oportunidades. Seth estaba celoso y le hubiera gustado apoderarse del trono de Egipto mientras faltaba su hermano, pero Isis se había mantenido detrás gobernando. Ella nunca había confiado en Seth y le visitaba como

una mangosta observando a una mortal serpiente.

Cuando Osiris regresó sano y salvo a Egipto, hubo gran regocijo entre los habitantes y los dioses, e incluso Seth fingió alegría. Había comenzado la conspiración contra su hermano, con la ayuda de un grupo de hombres descontentos. Seth esperó pacientemente hasta que consideró que su oportunidad había llegado. Por fin fue invitado al palacio de su hermano una noche que sabía que Isis estaría ausente.

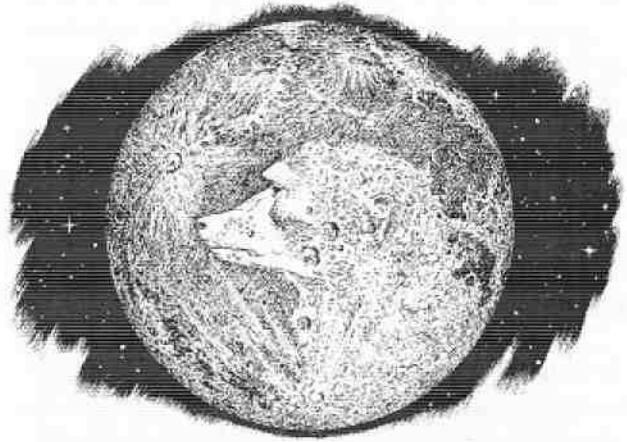
El generoso Osiris disfrutaba enormemente ofreciendo espléndidos banquetes a toda la corte, y en esta ocasión los compañeros de Seth se encontraban entre los invitados. En cuanto llegó el hermano del rey, comenzó a hablar de la espléndida arca que había mandado fabricar. Cuando el vino había pasado en varias rondas, Seth mandó traer el arca, que fue admirada por todos los invitados, dada la fina madera y preciosas incrustaciones de que estaba formada. Riendo, Seth prometió entregarla a la persona que encajara perfectamente en su interior.

Los invitados se agruparon a su alrededor, ansiosos de probar suerte, pero cuando trataron de encajar en ella, unos eran demasiado altos y otros demasiado bajos. Seth sabía que sólo un hombre cabía perfectamente, ya que había sobornado a uno de los sirvientes de Osiris para que le diera las medidas del Rey. Después de haber probado suerte todos los invitados, los conspiradores se agruparon en torno a Osiris, presionándole para que se introdujera en el arca.

Confiadamente, Osiris se dejó ayudar para tumbarse en el arca y todos observaron que encajaba confortablemente, con su cabeza y pies rozando los extremos. Los inocentes invitados se rieron de Seth, pensando que había perdido tan preciada caja. Incluso Osiris sonrió a su hermano y comenzó a hablar, pero Seth hizo una seña a sus compañeros. Súbitamente la tapa del cofre se cerró. Mientras los conspiradores entretenían a los invitados, Seth selló el arca con plomo y Osiris murió.

El cofre, convertido en ataúd, fue conducido al Nilo y arrojado al agua, esperando que la corriente lo llevara al mar y se perdiera para siempre. Después, Seth anunció la muerte de su hermano y se proclamó nuevo rey.

Cuando Isis se enteró de tan espantosa noticia, casi enloquece de dolor. Se cortó los cabe-



llos y se vistió con las sombrías ropas de una viuda. La afligida Isis se fue en busca del cuerpo de su marido. Espantosos rumores se escuchaban por doquier, pero durante largo tiempo no pudo saber nada definitivo. De ciudad en ciudad fue preguntando a toda persona que encontraba a su paso, hasta que dio con unos niños que habían visto arrojar el arca al agua y cómo había ido flotando río abajo.

La diosa siguió la corriente hasta el mar. A los pocos días, alguien le dijo que había visto el cofre flotando en dirección Norte. Isis dejó atrás Egipto y vagó por la costa a través de extraños países hasta que llegó a Biblos. Allí, las gentes no dejaban de hablar de cómo un árbol había crecido súbitamente en la orilla del mar.

El ataúd de Osiris había sido impulsado a la costa y había encallado entre las raíces de un pimpollo. Fortalecido por el dios asesinado, el pequeño arbolito creció en una sola noche. Cuando el rey de Biblos se enteró de esta maravilla, envió a sus carpinteros para que lo talaran y lo llevaran a su palacio, donde sería utilizado como pilar. Así se hizo y nadie pudo sospechar que el ataúd de un dios estuviera escondido en el interior del árbol.

Cuando Isis se enteró del extraño acontecimiento del árbol, fue a la ciudad de Biblos y se sentó cerca de una fuente de palacio.

Algunas de las sirvientas de la reina se dirigieron a la fuente a coger agua y al ver a Isis allí, le preguntaron quién era. La diosa se limitó a decir que era egipcia y muy hábil arreglando cabellos. Isis astutamente trenzó los cabellos de las sirvientas y, echando su aliento sobre las suaves pieles de las jóvenes, éstas se impregnaron de la divina fragancia.

Tan pronto como las muchachas llegaron a palacio, todas elogiaron sus peinados y el encantador perfume.

Las doncellas hablaron a la reina Athenais de la mujer que habían encontrado sentada junto a la fuente, e Isis fue llamada a su presencia. La diosa trenzó los cabellos de la reina, y Athenais quedó tan encantada que la invitaron a quedarse. En poco tiempo, la reina comenzó a confiar en la extraña egipcia y la eligió para que cuidara al más pequeño de los dos príncipes de Biblos.

Cada noche, cuando las gentes de palacio dormían, Isis se introducía en la cámara donde se encontraba el pilar que escondía el ataúd de su amado y lloraba sobre él. Durante el día cuidaba del pequeño príncipe.

Isis tomó tanto cariño al pequeño que decidió hacerle inmortal. Una noche se introdujo con él en la cámara donde se encontraba el pilar y encendió un fuego. La diosa susurró un ensalmo sobre la hoguera y puso al pequeño entre las llamas. El fuego comenzó a quemar al pequeño príncipe, pero Isis no se preocupó. La Diosa se convirtió en golondrina y voló alrededor del pilar, lamentando la muerte de su esposo con su estridente voz de pájaro.

La reina Athenais, que dormía en una habitación cercana, se despertó por el crepitar de las llamas y se levantó para saber de dónde provenía el ruido. Abrió la cámara donde se encontraba el pilar y gritó aterrorizada cuando vio a su pequeño abrasándose. Enseguida, la golondrina volvió a tomar forma de mujer y las mágicas llamas se extinguieron. Isis le dijo a la aterrorizada reina quién era realmente y que su pequeño príncipe nunca moriría.

Athenais lamentó la equivocación que habían cometido y se ofreció a la diosa para ayudarla. Isis pidió el pilar, y lo tomó entre sus brazos tan fácilmente como si de un loto se tratara. La diosa cortó el tronco, derramó aceite en la madera y lo envolvió en lino antes de dárselo a la reina Athenais para que lo honrasen en el Templo de Biblos.

A Isis le ofrecieron la mejor barca que había en el puerto además de tripulación, y el ataúd fue introducido a bordo. Cuando llegaron a la costa de Egipto, Isis ordenó que el ataúd se condujera a un lugar solitario, y una vez allí lo abrió. El cuerpo de Osiris parecía dormir y la diosa lo abrazó tiernamente al tiempo que lloraba.

El ataúd se cerró de nuevo e Isis viajó al Sur, atravesando los pantanos del Bajo Egipto. Una noche, cuando la diosa dormía, Seth, que

estaba cazando, casualmente encontró el ataúd. Lo reconoció al instante y le invadió el pánico. El cruel dios lo abrió, levantó el cuerpo de su hermano, lo destrozó hasta dejarlo irreconocible y, tomando los pedazos, los esparció por todo Egipto, con la seguridad de que Isis nunca encontraría todos.

Cuando Isis descubrió el ataúd vacío, su llanto de angustia llegó a los cielos y Neftis acudió en su ayuda. Aunque Neftis era la mujer de Seth, ella siempre había profesado gran cariño a Isis y a Osiris, así que las dos hijas de Nut salieron en busca del cuerpo esparcido.

Durante largo tiempo la valiente Isis y la encantadora Neftis recorrieron Egipto, y donde hallaban un fragmento de Osiris establecían un lugar sagrado. Cuando hubieron reunido todos los fragmentos, Isis con sus hechizos logró volver a formar el cuerpo de Osiris. Las dos diosas con forma de halcón custodiaban el cuerpo e Isis rezaba para que se restableciera por completo.

Isis, por medio de sus hechizos, trató de que Osiris viviera al menos una noche, en la que el amor le hiciese concebir un hijo. Después, el cuerpo de Osiris quedó de nuevo sin vida, pero no su espíritu. Ra-Atum nombró a Osiris rey de los muertos en el reino del Oeste y desde entonces todo Egipto supo que no había razón para temer a la muerte, ya que el espíritu permanecía en el reino de Osiris.

Horus, con cabeza de halcón, hijo de Isis y Osiris, nació en los pantanos de Chemmis, y hay numerosas historias que relatan su peligrosa niñez en aquel lugar. Alrededor de hace dos mil quinientos años, una de estas historias fue inscrita en una de las estatuas de Horus, donde se le representa estrangulando serpientes y escorpiones y pisoteando cocodrilos. Los egipcios creían que alguien que había sido mordido por una serpiente o escorpión se curaría bebiendo el agua que previamente había sido vertida sobre la estatua, como le había ocurrido a Horus en una ocasión por el poder de los dioses.

La inscripción cuenta cómo Isis y su pequeño hijo fueron apresados por Seth cerca de los pantanos. Diciendo que todo lo que hacía era protegerles, Seth encerró a Isis en una hilería, forzándola a trabajar el lino durante todo el día. La diosa estaba constantemente vigilada y sin ayuda temía huir con su hijo tan pequeño.

No fue mucho el tiempo transcurrido hasta que Thot descubrió dónde estaban escondidos Isis y su hijo. El sabio dios logró entrar en la hilandería sin ser visto y habló con Isis:

—Debes irte lo antes posible de este lugar y volver a los pantanos de Chemmis, donde Seth no pueda encontrarte. Espera allí hasta que Horus sea lo suficientemente mayor para reclamar el trono de su padre. ¡Entonces se habrá hecho justicia!

Thot contó a Isis el plan para que escapasen y les dejó siete escorpiones mágicos, que harían de guardianes durante su viaje al Norte. Esa misma noche, Isis se escapó de la hilandería con Horus en sus brazos y, con los escorpiones abriéndoles paso, comenzaron a recorrer el largo camino.

Transcurrida la noche y parte del día, Isis, exhausta, anhelaba un lugar para descansar. Por fin, ella y sus escorpiones llegaron a un pueblo. Parándose frente a la casa más grande, esperó que la invitaran a entrar. Cuando la dueña de la casa vio a los escorpiones, aterrorizada cerró la puerta a la abatida madre y a su hijo. Ante esto, Isis se preparó para continuar la caminata, pero la hija de un pobre pescador le abrió su puerta e invitó a los viajeros a compartir sus escasas pertenencias.

Mientras Isis descansaba en la humilde casa de la muchacha, habiendo compartido su pan y

pescado seco, los escorpiones murmuraban entre ellos acerca de la mujer rica. Los escorpiones mágicos juntaron todo su veneno en el aguijón del que era líder, Tefen, y el escorpión se introdujo en la casa de la acaudalada mujer.

Junto a una ventana abierta dormía el único hijo de la mujer, con su nodriza. Tefen se arrastró junto a su cama y picó al pequeño. El niño se despertó gritando y la mujer, que estaba con él, pudo ver el enorme escorpión que se marchaba precipitadamente.

La mujer llamó a su ama a gritos y toda la casa se hizo presa de un gran alboroto, generando un pánico digno de una inundación o de un incendio. La acaudalada mujer cogió a su hijo en brazos y corrió de casa en casa buscando auxilio, pero sus vecinos tenían demasiado miedo para ayudarla.

Cuando Isis se enteró de lo sucedido, miró a Horus que dormía plácidamente y sintió una profunda lástima por la mujer rica.

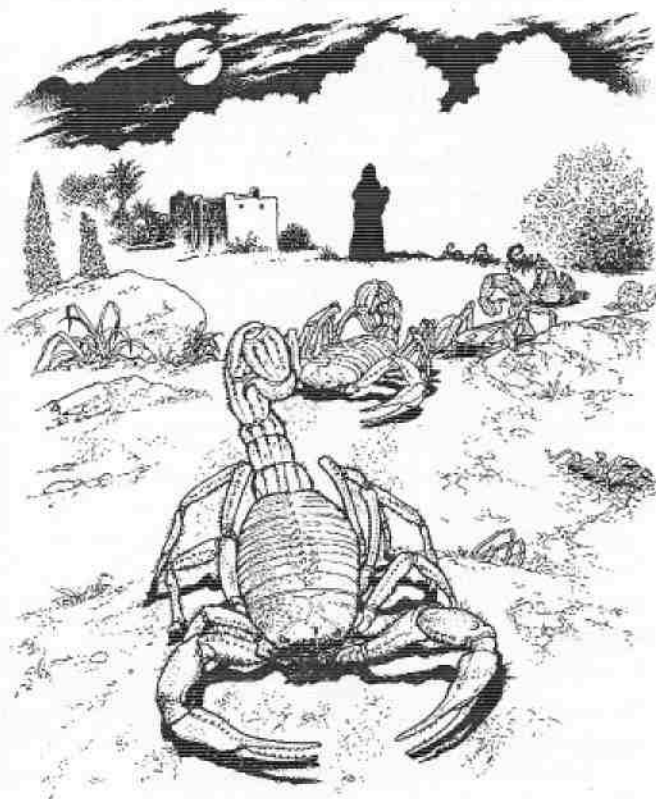
—Una inocente criatura no debe morir por mi culpa —dijo Isis, y llamó a la mujer para que le llevase a su hijo.

Temblando de miedo, la mujer llegó con el pequeño a casa de la muchacha. La piel del pequeño aún mantenía el ardor producido por la fiebre y su respiración era difícil. Isis se puso en pie y con sus manos sobre el niño, ordenó al veneno que se alejara:

—Soy Isis, la diosa de la magia. Toda criatura venenosa me obedece. Que el pequeño viva y el veneno muera. ¡Deja vivir a la criatura!

Al poco tiempo, la fiebre desapareció, la piel del niño se enfrió de nuevo y su respiración se hizo normal. Ahora que la acaudalada mujer sabía a quién había negado ayuda, se encontraba absolutamente consternada. Tomó a su hijo en brazos y lo llevó a su casa, y después de meterlo en la cama, regresó a casa de la muchacha con sus cosas más preciadas, esperando complacer a la diosa.

Isis se alegró de ver a la pobre hija del pescador recompensada por su amabilidad, y por la mañana la diosa y su hijo continuaron el viaje. No tardaron mucho en llegar a los pantanos de Chemmis, y el joven dios fue escondido entre plantas de papiros y lotos. Siempre que Isis abandonaba los pantanos en busca de comida, se disfrazaba de pordiosera, pero a veces no dejaba a nadie vigilando a Horus. Nunca se le ocurrió que pudiera acecharle ningún peligro,



mientras el pequeño jugaba en el barro junto al agua.

Un día, cuando Isis regresó a los pantanos, Horus no caminó hacia ella con sus inseguros pasos, como solía hacer para saludarla. Su adorado hijo estaba tendido en el barro. La diosa, inclinándose, puso su cabeza sobre el pecho de su hijo y así pudo escuchar el débil latido de su corazón.

La diosa con sus hechizos y conjuros intentó hacer desaparecer la enfermedad que padecía su hijo, pero como no sabía el nombre de la misma todo resultó en vano. Entonces comenzó a llorar desesperada. Su marido estaba muerto, su hermano era un malvado enemigo y su hermana no tenía suficiente poder para ayudarla. Los dioses estaban lejos, pero los hombres se encontraban cerca, en un pueblo de pescadores. Isis corrió allá con Horus en sus brazos.

Al oír su llanto, los pescadores salieron de sus casas y se condolieron como lo hubieran hecho ante cualquier madre con un hijo enfermo. Los pescadores intentaron poner fin al mal por todos los medios, pero la criatura se debilitaba rápidamente. Uno de ellos fue a buscar a una sabia mujer que habitaba en el pueblo. Se presentó ante Isis portando un poderoso amuleto, el signo de la vida, y tomó a Horus en sus brazos.

—No temas, pequeño Horus —murmuró la sabia mujer, madre de un dios—, no desesperes. Horus está protegido de su tío en los pantanos de Chemmis. Seth no se atreverá a venir, pero debe haber enviado una serpiente o un escorpión para que envenenara a tu hijo.

Isis se inclinó para oler el aliento de Horus y se cercioró de que había sido envenenado.

Horus comenzó a gemir de dolor ante los desesperados ojos de los pescadores.

Inesperadamente apareció Neftis, que, sintiendo que su hermana estaba afligida por alguna razón que ella desconocía, se dirigió a los pantanos en su ayuda. Con ella se encontraba Selkis, la diosa escorpión, que examinó al pequeño. Se dio cuenta de que no estaba en sus manos ayudar al niño, pues la fiebre le mataría de un momento a otro.

—Isis, debes clamar a los cielos —dijo Selkis—. ¡Detén el Barco del Sol! Entonces, el viento cósmico cesará de soplar y el tiempo terminará, a menos que Horus sane. ¡Deprisa o será demasiado tarde!

Isis miró al cielo, donde los dioses habían conducido a Ra en el Barco de los Millones de Años, y dio un espantoso grito. Toda la tierra se estremeció, el sol se detuvo, ya que Isis tenía poder sobre Ra, pues conocía su nombre secreto.

Cuando el rey de los dioses se dio cuenta de que su barca no se movía, envió a Thot a Egipto para que averiguara lo ocurrido.

—¿Qué pasa, Isis? —preguntó Thot—. No le habrá ocurrido nada a Horus, ¿verdad? ¿Por qué has parado el Barco del Sol y has enviado la oscuridad a tierras que deberían tener luz?

—Horus está envenenado —dijo Isis amargamente—. Seth es el culpable. Yo debía haber muerto con Osiris, pero tenía la esperanza de que Horus vengara su muerte.

—No temas, Isis. No llores, Neftis. Vengo del cielo con aliento de vida para cuidar a tu hijo.

En ese momento, el sabio dios comenzó a recitar su ensalmo:

—¡Atrás, oh veneno! ¡Tienes que extinguirte por el propio poder de Ra! ¡El rey de los dioses ordena que desaparezcas del niño! ¡El Barco del Sol está parado y logrará que medio mundo se queme, y que otro medio permanezca en la oscuridad hasta que Horus sane! ¡Oh veneno, el sol debe viajar a través del cielo de nuevo, para que renazca la alegría en los corazones!

El veneno comenzó a abandonar a Horus y Thot gritó:

—¡La fiebre ha desaparecido, el veneno ha sido derrotado! ¡Horus está curado para deleite de su madre!

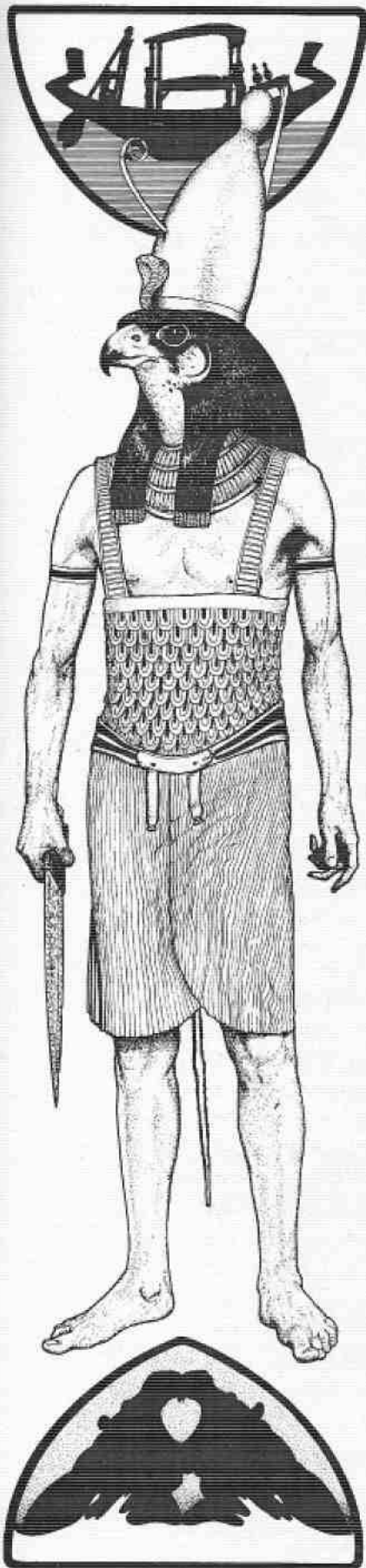
Isis se precipitó a decir:

—Ordena a los habitantes de los pantanos que protejan a Horus.

Thot estuvo de acuerdo y se encargó de que las gentes y demás criaturas que habitaban en los pantanos custodiaran a Horus, hasta que fuera suficientemente mayor para recibir el trono de su padre.

—Ra también se ocupará de Horus —prometió el sabio dios— y el poder de su madre lo protegerá, pues hará que sea amado por todo el mundo. Tengo que regresar a la Barca del Sol, ya que ellos sin mí no podrían continuar. Debo hacer saber a Ra que Horus está vivo para deleite de su madre.

Thot regresó a los cielos e Isis llevó a su hijo de vuelta a los pantanos, para seguir esperando el momento de vengarse de Seth.



El conflicto de Horus y Seth

Tan pronto como Horus creció lo suficiente para desafiar a su tío Seth, convocó a la Enéada y a otros muchos dioses para que actuaran como jueces. Con su madre junto a él, Horus habló del cruel asesinato de su padre Osiris y de cómo Seth había usurpado el trono de Egipto. Todos los dioses quedaron impresionados por la elocuencia de Horus con su cabeza de halcón, y cuando terminaron de escuchar su historia completa, se apiadaron de él.

Shu, el hijo mayor del creador, habló primero:

—Se debe gobernar correctamente. Seth tenía la fuerza consigo, pero Horus tiene la justicia. Deberíamos hacer justicia diciendo: Sí, tendrás el trono de tu padre.

Entonces, Thot dijo a la Enéada:

—¡Eso es lo correcto!

Isis lloró de alegría y pidió al viento del Norte que cambiara su dirección hacia el Oeste, para que le llegaran las palabras a Osiris.

—¡Ofrecerle el trono a Horus es lo que ha acordado toda la Enéada! —declaró Shu.

Durante todo este tiempo, nadie pensó en preguntar al rey de los dioses qué pensaba él del asunto.

—¿Qué es esto? —refunfuñó Ra-Atum—. ¿Está comenzando la Enéada a decidir por sí sola?

Shu no se había percatado de que la cara de su padre se había oscurecido y le dijo confidencialmente:

—Thot otorgará a Horus el anillo del sello real y nosotros le coronaremos con la Corona Blanca.

Todos los dioses aprobaron unánimemente; todos excepto dos. El dios Sol guardó silencio, y Seth empezó a andar hacia adelante y hacia atrás, vociferando:

—Si hay que discutir acerca de quién tiene que gobernar Egipto, dejad a este encanijado chiquillo que me desafíe en persona. En ese caso todos podréis observar cómo lo aniquilo.

—Sabemos que sería una equivocación —protestó Thot—. ¿Cómo podemos ofrecerte el trono de Osiris, existiendo su hijo? ¡El es el heredero, y todos estamos de acuerdo!

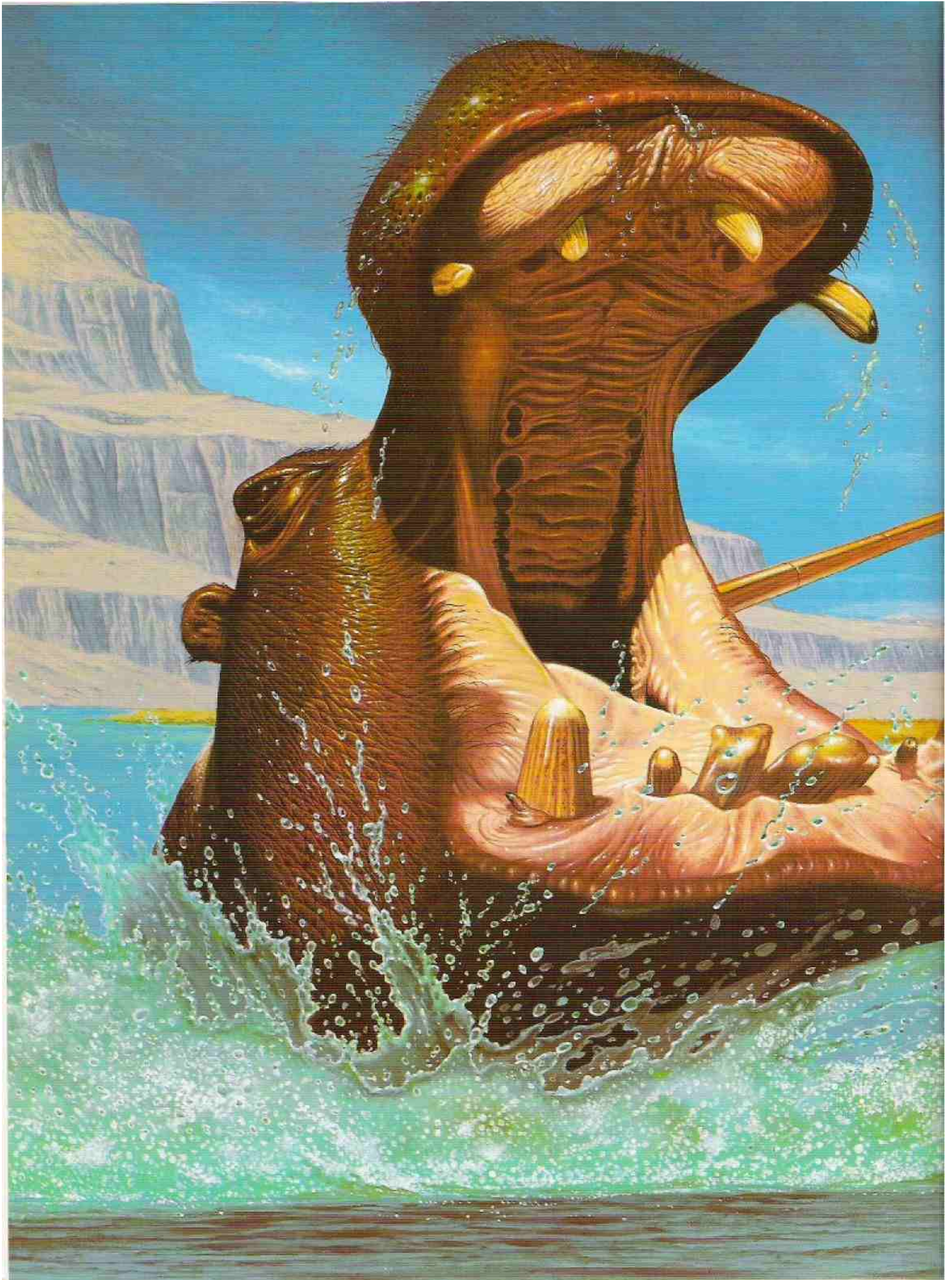
—Yo no estoy de acuerdo —dijo fríamente el dios Sol.

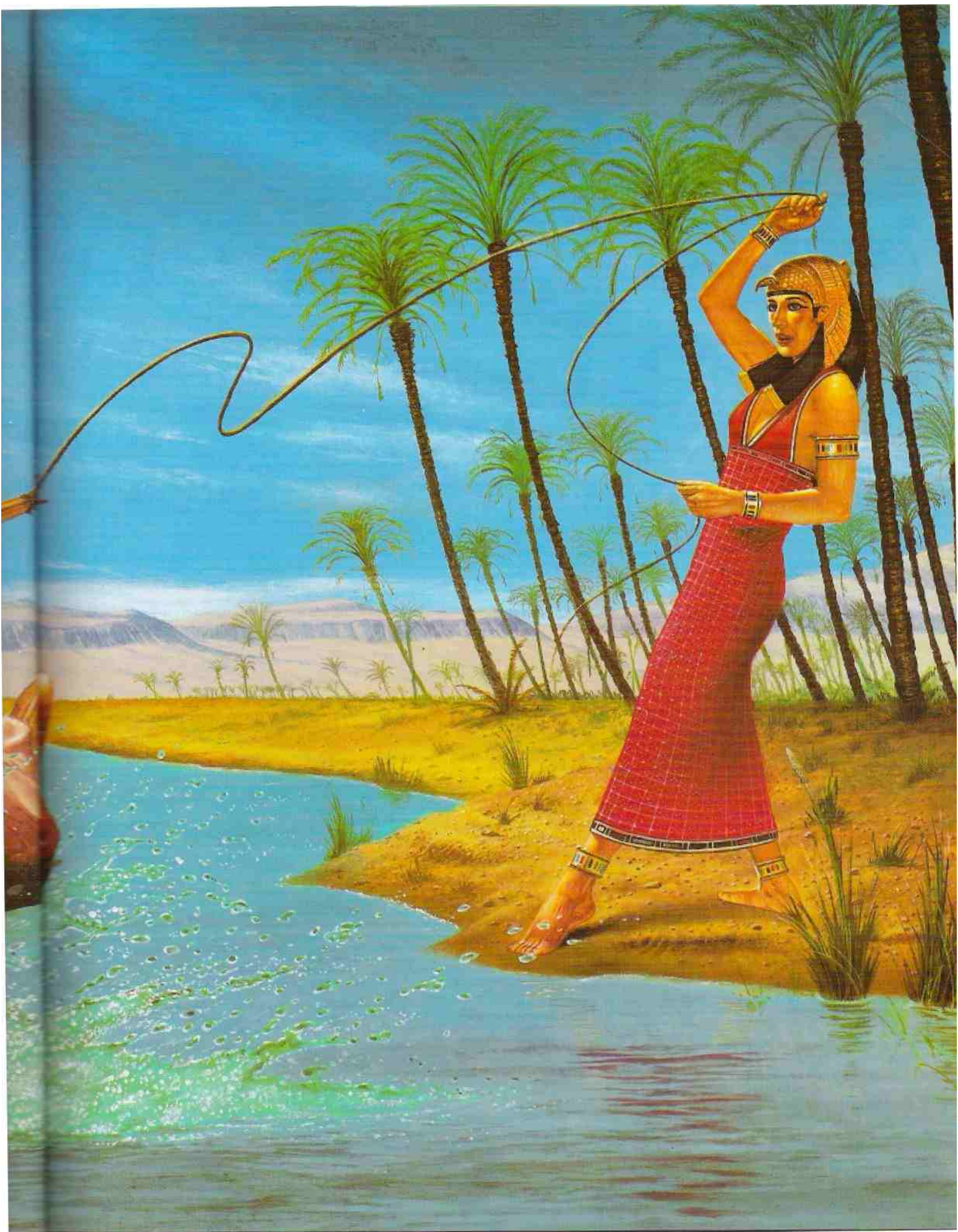
Hubo un repentino silencio y entonces Shu protestó:

—¿Qué haremos ahora?

Lo que mejor les pareció fue dirigirse al anciano dios carnero de Mendés y que juzgara entre Horus y Seth.

Cuando el anciano dios llegó, Ra le dijo:





—Ven y juzga entre estos dos jóvenes dioses; así silenciarán sus disputas sobre Egipto y nos darán un poco de paz.

Benebdjet, el carnero, sabía que Horus tenía razón, pero temía herir con su elección al dios Sol, así que dijo:

—No deberíamos decidir nada sin un consejo mejor. Enviemos una carta a Neith, la Madre Divina. Veremos qué es lo que piensa ella de todo esto.

La Enéada dijo a Thot que escribiera la carta.

—Lo haré, lo haré —prometió el escriba de los dioses.

Ennegreció la punta de su caña, desenroscó un papiro y se inclinó para escribir una alegre carta a Neith. El más veloz de los mensajeros fue enviado al Norte para que entregase la carta a la gran diosa. Neith, tras leer la carta, contestó rápidamente.

Thot desenroscó el papiro y leyó en alta voz: «Ofrece el trono de Osiris a Horus, su hijo. Si hacéis cualquier otra cosa, será tan horrible que los cielos caerán sobre vuestras cabezas. A Seth ofrécele el doble de sus bienes. Obséquiale con dos bellas diosas para que sean sus mujeres y hazle abandonar el trono, que pertenece a Horus.»

Todos los dioses gritaron:

—¡La diosa tiene razón!

El dios Sol estaba profundamente enojado y dijo despectivamente a Horus:

—¿Cómo puede un chico tan débil como tú gobernar Egipto?

Los demás dioses se enojaron al oír esto y el mandril Baba se puso en pie y le dijo a Ra-Atum:

—¡Tu lugar sagrado está vacío, no te estamos teniendo en cuenta!

El dios Sol se ofendió de tal forma que se cubrió la cara y cayó de espaldas. La Enéada pensó que Baba había ido demasiado lejos y le dijeron:

—¡Abandona este lugar enseguida!

Ellos trataron de excusarse ante Ra-Atum, pero el dios rehusó escucharles abandonando la estancia.

Nadie sabía qué hacer y todos se sintieron aterrorizados, pensando lo que podría ocurrirle al mundo si Ra-Atum se negaba a conducir la Barca del Sol a través de los cielos. Por último, Hathor, la hija del dios Sol, decidió un plan. La preciosa deidad comenzó a bailar, mientras

bailaba, fue desnudándose. Los demás dioses se agruparon en torno suyo para ver mejor, riendo y aplaudiendo. Semejante ruido molestó al dios Sol y asomó la cabeza ansioso de saber qué ocurría. Cuando vio a su querida hija bailando, Ra se echó a reír hasta olvidar su enojo. El rey de los dioses volvió a su lugar junto a la Enéada y se dirigió a Horus y Seth diciendo:

—Escucharemos el caso de nuevo y cada uno de vosotros expondrá su punto de vista.

Seth insistió en hablar primero:

—Soy Seth, el más fuerte de la Enéada. Cuando la Barca del Sol navega por el bajo cielo y las serpientes del caos atacan, sólo yo puedo salvarte. Soy el protector de los dioses, así que deberías ofrecerme el trono de Osiris.

Recordando los terrores del caos, muchos de los dioses pensaron que Seth estaba en lo cierto, pero Shu y Thot continuaron diciendo:

—¿Cómo podemos ofrecerle el trono a un tío cuando el hijo y heredero está presente?

Benebdjet contestó:

—¿Cómo podemos ofrecerle el trono a un joven, estando presente alguien de más edad?

Horus dijo amargamente:

—¿Robarás mis derechos de nacimiento delante de la Enéada?

Isis estaba enfadadísima con la Enéada, ya que habían prometido que se haría justicia.

Ahora le tocaba el turno a Seth:

—¿Cómo os atrevéis, cobardes, a retractaros de vuestras palabras? ¡Buscaré mi cetro y todos los días os golpearé a cada uno de vosotros y juro que no discutiré mi caso en una corte donde Isis esté presente!

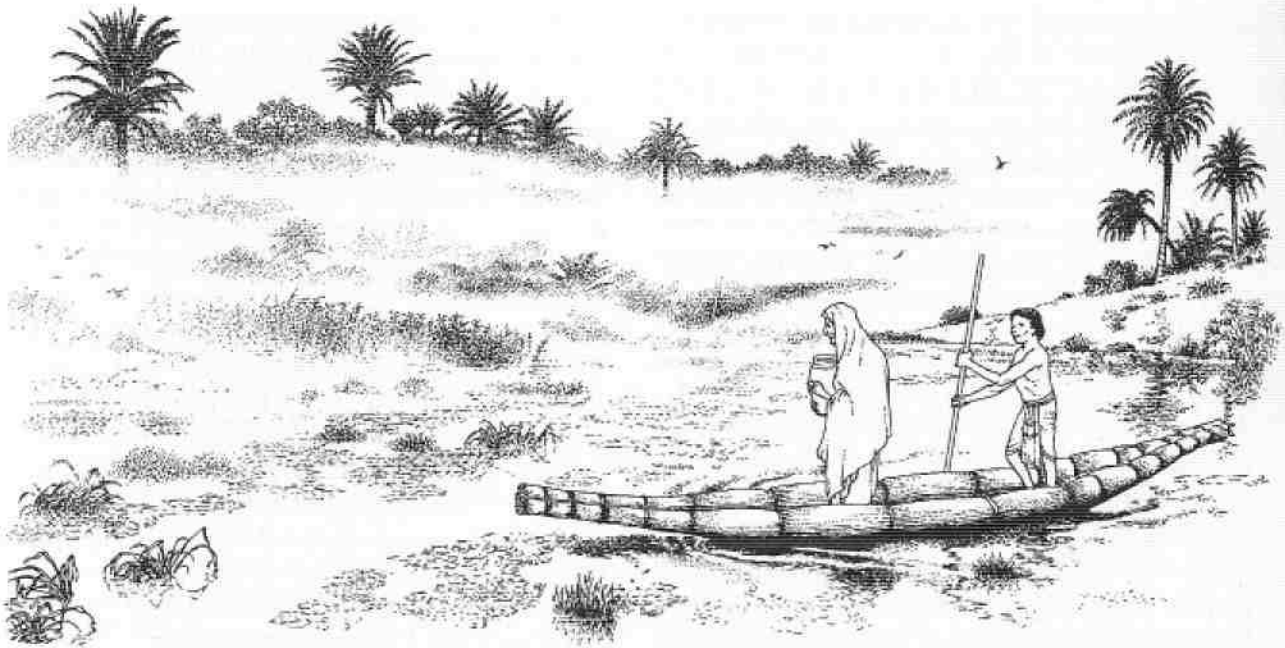
Para calmarlos Ra-Atum dijo:

—Cruzaremos a la isla central del río y trataremos el caso allí. Daré órdenes al barquero para que no lleve a Isis o a ninguna mujer que pueda ser ella.

La Enéada y todos los demás dioses y diosas cruzaron el río e instalaron sus preciosas tiendas en la isla.

La astuta Isis, diosa de la magia, se transformó en una encorvada y vieja señora cargada con un jarro de harina y pasteles de miel. Fue renqueando hacia la orilla del río, donde, Nemti, el barquero, estaba sentado junto a su bote.

—Joven —gruñó Isis—, crúzame inmediatamente. Llevo comida para el joven que cuida el ganado en la isla. Ha estado durante cinco



días con el rebaño y sus alimentos deben haberse terminado.

—Lo siento, abuela —dijo Nemti—, pero tengo órdenes de no cruzar a ninguna mujer.

Isis hurgó en la cesta.

—Te daré este dulce como paga,

Nemti ni siquiera lo miró.

—Soy el barquero de los dioses. ¿Para qué necesito tus pasteles?

Isis puso un esquelético dedo ante la cara de Nemti.

—¿Ves este anillo de oro en mi dedo? Crúzame y será tuyo.

El anillo era tan bonito que Nemti no pudo resistir el soborno.

—De acuerdo, abuela, dame el anillo y te cruzaré.

Nemti elevó el mástil y en poco tiempo se encontraron en la isla.

—Regresa rápidamente cuando hayas encontrado al pastor —gritó Nemti mientras amarraba su barca.

Isis se escurrió entre los árboles que lindaban con el campo de la Enéada. Los dioses se encontraban celebrando una fiesta, pero Seth estaba marginado de la alegre compañía. Cambiando de aspecto de nuevo, Isis se presentó ante Seth. Esta vez aparecía con la forma de una bellísima mujer, vestida de viuda. Isis sonrió y Seth corrió a saludar a la atractiva desconocida, ansioso de complacerla.

—¿Quién eres, preciosa? ¿Por qué has venido a este lugar? —preguntó Seth.

Isis escondió su cara fingiendo llorar.

—Oh, mi Señor. Estoy buscando un paladín. Yo era la feliz mujer de un pastor, al cual di un hijo. Mi marido murió y el pequeño comenzó a hacerse cargo del ganado de su padre. Un día un desconocido intentó apoderarse del ganado. Mi hijo intentó protestar, pero el hombre amenazó con golpearle. Gran Señor, ayúdame, y sé el paladín de mi hijo:

Seth la rodeó con sus brazos.

—No llores, preciosa, yo seré tu paladín y daré su merecido a ese villano. ¿Cómo se atreve un desconocido a apoderarse de las propiedades del padre cuando el hijo aún está vivo?

Entonces, Isis estalló en una estridente carcajada. Se transformó en un milano real y voló a una acacia.

—¡Eres tú, poderoso Seth, quien tiene que llorar! ¡Te has condenado a ti mismo! ¡Has juzgado tu propio caso!

Seth estaba tan enojado que comenzaron a saltársele las lágrimas de rabia, y los demás dioses quisieron saber lo que había ocurrido.

—Esta perversa mujer me ha vuelto a traicionar —se quejó Seth, y les dijo lo que había sucedido.

Entonces, el dios Sol habló:

—Es cierto, Seth, te has juzgado a ti mismo. ¿Ahora qué vas a hacer?

—¡Primero quiero que el barquero sea castigado! —gritó Seth.

Nemti fue conducido ante los dioses y como castigo por desobedecer las órdenes le

cortaron los pies. Desde aquel día Nemti no volvió a mirar el oro.

La Enéada cruzó el río y acampó en las Montañas del Este, mientras se planeaba la coronación de Horus. Seth aún no admitía su derrota. Miró la Corona Blanca sobre la cabeza de Horus y dijo enfurecido:

—El puede ser coronado, pero no gobernará hasta que se bata conmigo. Te desafío, Horus, nos transformaremos en hipopótamos y lucharemos en las profundidades del río. El que emerja primero será el perdedor.

Isis lloró cuando su hijo aceptó el reto, pues temía que Seth lo matara.

Los dos dioses se transformaron en enormes y fieros hipopótamos y se zambulleron en el río. Isis hizo un arpón mágico con un poco de hilo y cobre. Lanzó el arma al agua blanca y la agitó entre las enormes bestias, pero no podía distinguir las. Fue su hijo el que resultó herido por la punta de cobre y emergió rugiendo:

—¡Madre, tu arma me ha atravesado! ¡Suéltame!

Isis ordenó a su arpón mágico que dejara libre a Horus, y volvió a su mano. Lanzándolo de nuevo, esta vez pinchó a Seth. El enfurecido dios salió del agua impulsado por los tirones que daba Isis del hilo y dijo con un bramido de dolor:

—¡Oh, hermana mía! ¿Por qué tienes que ser siempre mi enemiga? ¡Soy tu hermano! ¡Deja que me marche!

Isis sintió lástima por Seth y ordenó a su arpón que se desprendiera de su voluminoso cuerpo. Horus estaba muy enfurecido con su madre por la interferencia y por haberse compadecido de Seth. Saltó fuera del agua con una salvaje expresión de leopardo y, de un tajo, cortó la cabeza de su madre con su cuchillo de cobre. Horus se fue hacia las montañas del Oeste con la cabeza de su madre bajo el brazo.

Isis, diosa de la magia, cambió tranquilamente su cuerpo en estatua y se puso en camino hacia la tienda del dios Sol. Todos los dioses y diosas saltaron de asombro, y Ra-Atum dijo a Seth:

—¿Quién es ese ser que viene sin cabeza?

—Es Isis —contestó el más sabio de todos los dioses—, Horus se la ha cortado.

El dios Sol, aterrorizado, pensó que Horus debía ser castigado. Isis no tardó en recobrar su apariencia usual y la Enéada se dirigió a las montañas del Este en busca de Horus.

El joven dios había encontrado un oasis y estaba dormido a la sombra de una palmera cuando su tío le descubrió. Seth atacó a Horus por la espalda y le sacó los ojos. El joven Horus lloró en terrible agonía, mientras Seth se alejaba rápidamente y enterraba sus ojos. Cuando regresó al campamento de la Enéada, Seth les dijo que no había podido encontrar a su sobrino.

Durante toda la noche, el pobre ciego Horus tan sólo se vio acompañado de su dolor. Por la mañana habían crecido dos preciosos lotos en el lugar donde sus ojos estaban enterrados. Hathor, diosa de los sicomoros del Sur, buscó a Horus aun cuando los demás habían desistido, hasta que por fin dio con él. Se compadeció de su agonía y, tras dar caza a una gacela, la ordeñó, regresó junto al joven, y arrodillándose junto a él, le dijo dulcemente:

—Descubre tu rostro.

Horus hizo lo indicado y Hathor limpió con leche sus heridas. Al momento, el dolor había desaparecido.

—Abre tus ojos —ordenó Hathor.

Horus obedeció y comprobó que los mágicos cuidados de la diosa habían curado sus ojos y de nuevo podía ver. Hathor regresó a la Enéada y dijo:

—Seth os ha estado mintiendo. ¡Ayer encontró a Horus y le sacó los ojos, pero le he curado y se encuentra aquí!

La Enéada ordenó a Horus y Seth que se presentaran ante el dios Sol y escucharan sus palabras. Cada uno de ellos había actuado equivocadamente, dijo Ra-Atum.

—¡Por última vez, dejad la lucha y haced las paces!

Seth fingió estar de acuerdo e invitó a Horus a su palacio, en gesto de amistad, pero éste, desconfiado, recurrió de nuevo a su madre para que le ayudara.

Isis, de buena gana, perdonó a su hijo e intentó que toda conspiración por parte de Seth se volviera en su propia contra.

Por último, desesperadamente, Seth preguntó de nuevo a Horus, y antes de que hablara la Enéada se precipitó a decir:

—Permitidnos a ambos que construyamos un barco de piedra y echemos una carrera Nilo abajo. El que gane llevará la corona de Osiris.

Horus estuvo de acuerdo al momento.

Seth tomó su maza y golpeó con gran fuerza la cima de una montaña. Construyó un



enorme barco de sólida piedra y lo arrastró al río. El barco de Horus ya estaba flotando, pues secretamente lo había fabricado de madera de pino y lo había recubierto de tal forma que la apariencia era la de un pesadísimo barco de piedra. Tan pronto como Seth metió su barco en el agua, éste se fue directamente al fondo del Nilo y la Enéada no pudo por menos de reírse de él. Seth se zambulló en el agua y se convirtió otra vez en hipopótamo. Atacó el barco de Horus, que al ser de madera también se hundió, haciéndose astillas. Horus cogió su lanza y arremetió contra Seth, pero la Enéada gritó para que pararan y obedecieran a los grandes dioses.

Horus, desesperado, se dirigió al Norte para consultar a la sabia diosa Neith. Shu y Thot persuadieron a la Enéada para que enviaran un mensaje a Osiris al Bello Oeste, el reino de los muertos. Este viaje era peligroso y largo, pero finalmente el mensajero llegó con una carta del enojado rey de los muertos. Osiris quería saber por qué su hijo había sido despojado del trono y si los dioses habían olvidado que fue Osiris quien había ofrecido al mundo los preciados dones de la cebada y el trigo.

Cuando Thot leyó la carta a la Enéada, el dios Sol se enfadó con Osiris por atreverse a decirle cómo tenía que actuar y le volvió a escribir arrogantemente. Tras varios días, otro mensajero trajo una segunda carta del rey de los muertos, y Thoth leyó: «¡Cuán bellas son las acciones de la Enéada! —comenzaba Osiris sarcásticamente—. La justicia se ha hundido bajo el mundo. Ahora escuchadme: la tierra de los muertos se encuentra rebosante de demonios que no temen a ningún dios ni a ninguna diosa. Si enviara a alguno al reino de los vivos, ellos se encargarían de los corazones de los malhechores y los llevarían a su lugar correspondiente, donde serían castigados. ¿Quién de vosotros posee más poder que yo? Hasta los dioses algún día vendrán al Bello Oeste.»

Cuando el dios Sol terminó de leer dicha carta, hasta él sintió temor, así que todos los dioses estuvieron de acuerdo en que el deseo de Osiris fuera respetado. La propia Isis fue enviada para que se encargara de que Seth se presentara ante la Enéada y así lo hizo, atándole con cadenas.

—Seth, ¿has usurpado el trono de Horus? —preguntó el dios Sol.

Seth contestó dócilmente:

—No, dejad que venga Horus y cededle el trono de su padre.

El joven dios fue nuevamente coronado y colocado en el trono de Egipto, e Isis expresó su alegría diciendo:

—Querido hijo, eres el rey, mi corazón está feliz, pues sé que el mundo entero brillará con tu gloria.

Después, el dios Sol liberó a Seth de sus cadenas y le dijo:

—¡Hijo de Nut, deberás vivir conmigo en los cielos como dios de las tormentas y, cuando envíes tus truenos, toda la tierra temblará!

Seth, satisfecho, hizo las paces con Horus, ante el goce de todos los dioses.



El viaje del alma

Cada amanecer, Ra, el dios del sol, en forma de escarabajo, embarcaba en su «Barca del Día» a través de los cielos con su tripulación de dioses y almas de la bendita muerte. A medio día, el sol era potente y resplandecía abajo, en la tierra. Pero durante la noche él se cambiaba en el viejo Atum, cabeza de carnero. Cuando alcanzaba el horizonte del Oeste, Ra-Atum embarcaba en su «Barca de la Noche» y viajaba a través de los cielos bajo la tierra y el reino de la muerte. Thot, Hathor, Seth y otras muchas deidades rodeaban y protegían a Ra-Atum, y la Barca del Sol Nocturno era arrastrada por chacales y cobras coronadas. Así, la muerte renacía cuando el dios Sol iluminaba el mundo subterráneo, y Osiris, que gobernaba en el Bello Oeste, saludaba a Ra-Atum como si de su alma gemela se tratase, ya que ambos fueron imágenes del creador.

El sol de la noche se veía obligado a sobrepasar numerosos obstáculos en su peligroso viaje. Los terribles demonios que custodiaban las puertas del mundo subterráneo no las abrían hasta que sus misteriosas preguntas fueran contestadas correctamente, y las fuerzas del caos se reunían cada noche para atacar a Ra-Atum. El poderoso Seth se situaba en la proa para luchar contra Apohis, la mayor y más temida serpiente del caos. En caso de que el sol no venciera al mundo subterráneo, las aguas del caos cubrirían la tierra y el reino de los dioses terminaría. Cada amanecer, la lucha para que venciera la luz sobre las tinieblas y el orden sobre el caos era tremendamente dura.

Cuando moría un rey egipcio, tenía que llevar a cabo rigurosísimas pruebas, a las que era sometido por el dios de la noche y su viaje a través de los peligros del mundo subterráneo le daban oportunidad de renacer en la vida eterna. El rey muerto tenía que identificarse con Osiris que, habiendo muerto, se elevó de nuevo para gobernar el mundo subterráneo y había sido vengado por Horus. Cada rey seguía las mismas normas de muerte y resurrección, mientras su hijo le reemplazaba en el trono de Egipto como un nuevo Horus.

Estas ideas y otras muchas acerca de la otra vida de los reyes se encuentran inscritas en las pirámides. Al principio, estos escritos se encontraban sólo en las tumbas reales, pero tras la caída del Imperio Antiguo, los plebeyos comenzaron a tener sus inscripciones en los ataúdes, junto a planos del mundo subterráneo. En el Imperio Nuevo, cada egipcio muerto era identificado con Osiris y los ensalmos eran escritos en papiro y enterrados con el cadáver. Estos

escritos dan forma a un libro que consta de unos ciento noventa capítulos, que los egipcios denominaron «Escritos que serán realidad de aquí en adelante», pero que ahora se conoce como el *Libro de los muertos*.

Todos los egipcios tenían grandes problemas y gastos a la hora de preparar las tumbas y los entierros. Un bello ataúd o una copia ilustrada del *Libro de los muertos* eran símbolos que declaraban el valor y el éxito del propietario. Los cadáveres pasaban por sofisticados medios de momificación. En épocas ancestrales, el entierro de los egipcios consistía sencillamente en la envoltura del cadáver en una esterilla, que más tarde se conducía al desierto, donde se enterraba en una fosa poco profunda. El calor y la sequedad del ambiente preservaban los cuerpos, pero cuando comenzaron a utilizarse ataúdes de madera que se introducían en tumbas de barro o piedra, los cuerpos se deterioraban. Los egipcios probaron un método contra la putrefacción, imitando el efecto de la arena caliente: así preservaban los cuerpos para que los espíritus de la muerte pudieran habitar en ellos. El arte de la momificación alcanzó su punto culminante al final del imperio nuevo.

Cuando alguien moría, los acongojados familiares llevaban el cuerpo a los embalsamadores, que vivían en casas aparte y llevaban la máscara de su patrón, el chacal Anubis, guardián de los muertos. Cuando se acordaba el precio de los servicios, el cuerpo se tumbaba sobre un bloque de piedra y los embalsamadores comenzaban su espeluznante trabajo. Se utilizaba un gancho de metal para sacar los sesos a través de las ventanas de la nariz. El cerebro se desechaba, ya que los egipcios creían que el corazón era el centro de la inteligencia y el sentimiento. Después se abría el estómago y se sacaban los intestinos. El interior del cuerpo se aclaraba con vino y se llenaba de hierbas y especias. Todo el cuerpo era cubierto con natrón durante cuarenta días.

El natrón es una mezcla de carbonato, bicarbonato, cloruro y sulfato de sodio, que absorbe el agua. Los órganos vitales también eran tratados con natrón, y los pulmones, hígado, estómago e intestinos se introducían en los «vasos canopos», cuatro jarros de piedra que tenían las tapas esculpidas con los hijos de Horus. Después de cuarenta días, el cuerpo estaba completamente seco y quedaba un poco de piel y huesos. Los embalsamadores utilizaban

bolsas de mirra y canela o humildes materiales como arena, serrín o materia corporal para engordar los miembros y que pareciesen estar vivos. El corazón se colocaba en un cofre y el estómago se cosía de nuevo. El cuerpo se ungía con aceites perfumados y en ocasiones se trataba con resina derretida antes de ser cuidadosamente vendados con lino. Entre las vendas se introducían amuletos y se colocaba una máscara sobre el rostro de la momia.

El cuerpo era depositado horizontalmente en un ataúd y conducido a través del Nilo a una de las ciudades de la muerte, en la orilla Oeste. Cargado en un trineo, debía ser arrastrado por un buey al sepulcro familiar con parientes y plañideros profesionales, golpeando sus pechos y tirándose de los cabellos como si se tratara de la muerte de Osiris. A la entrada del sepulcro, un sacerdote celebraba la «Apertura de la boca», ceremonia en la que se tocaba la máscara de la momia con una especie de azuela y pronunciaban hechizos para que al cadáver le retornara el habla, la vista y el oído.

De esta forma, la momia podría ser habitada por el *ka* del hombre muerto. El *ka* aparecía como el doble de su cuerpo terrenal, pero era la energía vital que le sobrevivía después de la muerte. El *ka* podía vivir en el cadáver momificado o, si éste se hubiera deteriorado, en una estatua que le representase, pero necesitaba nutrición constante. Todo egipcio hacía ofrendas de comida, que eran depositadas en los sepulcros de sus antecesores, pero muchas veces este acto se olvidaba o descuidaba. Por esta razón introducían en el sepulcro cuadros con imágenes de alimentos, bebidas y otras cosas buenas de la vida para uso del cadáver. Como precaución extra se inscribían mensajes, que supuestamente provenían del cadáver, que prometían recompensar a toda persona que recitara una plegaria invocando: «pan, cerveza, bueyes, aves de corral, alabastro, ropa y toda la clase de bienes que un dios necesita en vida».

En ocasiones, los egipcios adoptaron otras ideas nuevas que hacían contradictorias sus creencias con respecto a la muerte o a la vida futura. El sepulcro era la casa del *ka* y en sus paredes se pintaban escenas de la vida cotidiana. Las ropas, joyas y demás pertenencias eran enterradas con el cadáver, ya que el egipcio pretendía que el resucitado viviera de forma similar a como lo hacía en Egipto. Esto es parte de la verdad, pero no toda la historia. Ade-

más del *ka*, los egipcios creían poseer también un alma o *ba*, que era representado en forma de pájaro con cabeza humana. Tras la muerte, el *ba* de una mujer u hombre podía tomar forma de golondrina, halcón o bien garza real y volar libremente por la tierra junto a otras almas. El *ba* no permanecía en la tierra, también recorría peligrosamente el mundo subterráneo para ganar los derechos a una nueva vida o bien la eterna felicidad.

La mayoría de los ensalmos del *Libro de los muertos* estaban destinados a la salvación del *ba* ante los peligros que oponía el sol de la noche en el viaje. En el mundo subterráneo, el *ba* estaba sometido a terribles riesgos, tales como ser decapitado, perder el corazón, mordido por serpientes o caminar eternamente.

El *ba* era víctima de rigurosas pruebas de fuego y agua, podía ser atacada por monstruos como la serpiente que se muerde la cola o los cocodrilos de cuatro colas, los cuales sólo podían ser derrotados pronunciando el ensalmo adecuado. Antes de que pudiera atravesar el lago del amanecer en dirección a las aguas tortuosas, el *ba* tenía que mencionar el nombre del hosco barquero de los dioses y cada una de las partes de la barca mágica. Por último tenía que hacer frente a una serie de puertas, guardadas por espeluznantes demonios que le atemorizarían con sus enormes cuchillos. Sabiendo los nombres secretos de estos demonios (Sin Rostro, Desgarrado, Bañado en Lodo, Alimentado en Carroña y el Señor de los Cuchillos), el *ba* superaba la prueba.

Su meta era la cámara del trono de Osiris y el salón de las dos verdades, pero el *ba* no se podía introducir sin antes mencionar cada una de las partes de la entrada.

Dentro del salón de las dos verdades, el *ba* se encontraba con Thot y tenía que hacer frente a los cuarenta y dos jueces del mundo subterráneo. Tenía que saludarles por su nombre y jurar que no había cometido los crímenes que ellos castigaban.

—¡Oh, Larga Zancada, que provienes de Heliópolis, no he hecho nada malo! ¡Oh, Abrazador del Fuego, que vienes de Kehraha, no he robado! ¡Oh, gran Narigudo, que vienes de Hermópolis, no he sido envidioso! ¡Oh, Comedor de Sombras, que provienes de las cavernas gemelas, no he sido deshonesto! ¡Oh, Cara Salvaje, que vienes de Rosta, no he matado! ¡Oh, dioses, conozco vuestros nombres y no os temo! He

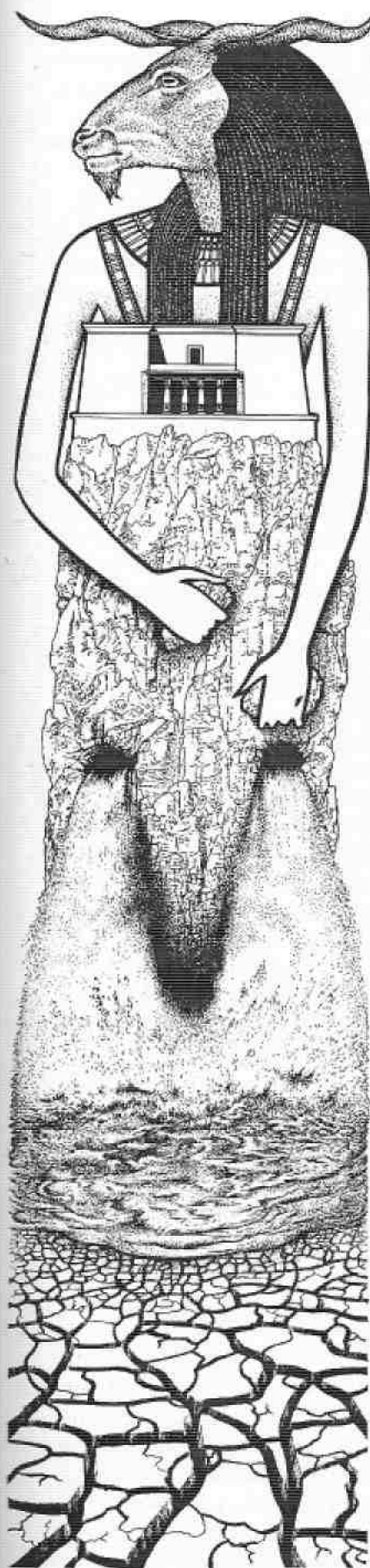
vivido en la verdad y he hecho todo lo que los dioses y las diosas admiran. He dado pan al hambriento, agua al sediento, ropas al desnudo, he llevado en mi barca al que no tenía. He hecho ofrendas a los dioses y a la muerte, imis manos y boca son puras!

Para comprobar la inocencia del *ba*, su corazón era pesado por Anubis en contraposición con las plumas que simbolizan el *Maat*, y Thot sentenciaba. Los egipcios tenían esta prueba y escondían un corazón de escarabajo con la mayoría de las momias. Consistía en un escarabajo de piedra en el que se inscribían ensalmos que supuestamente ayudarían al *ba* a atravesar el salón de las dos verdades: «¡Oh, corazón de mi ser, no atestigües en mi contra, no te rebelas contra mí antes de traspasar las puertas que velan los terribles guardianes, no hagas que mi nombre se ensucie ante los jueces!»

Si el corazón pesaba más que las plumas por culpa de los pecados, el *ba* moría de una segunda y más terrible muerte. Si al contrario salía victoriosa, Horus le conducía ante el trono de Osiris y quedaba *akh*, es decir, bendita. El *akh* debe brillar entre las estrellas circumpolares o alegrar la tripulación de la barca del sol o vivir en éxtasis en los campos de las cañas.

No todos los egipcios creían en la felicidad después de la vida o en que las ofrendas, ensalmos y momificación fueran una ayuda en la muerte. Algunos poetas hacían referencia al saqueo de sepulcros y aconsejaban al que les escuchase: «¡Sigue tu corazón durante toda tu vida! Pon mirra en tu cabeza, viste el mejor lino, fricciona tu cuerpo con aceites perfumados como los de un Dios, adelante con tu alegría, no dejes que tu corazón se hunda. No te lamentos por nadie que esté en la sepultura. Disfruta el tiempo libre, disfrútalo, no te canses de ello. Nadie puede tomar consigo los bienes que nunca se utilizarán, ya que la muerte no es de ida y vuelta.»

Otros confiaban en los poderes de los dioses, en la felicidad prometida y en la tierra eterna: «No temas al derecho y a la justicia, todos nuestros antecesores descansan allí desde el principio de los tiempos. Todos los que aún no han nacido, millones y millones, llegarán allí, ninguno puede permanecer siempre en la tierra de Egipto. Nuestra vida en la tierra es sólo como un sueño y Dios dice: “Bienvenidos a la paz” a todos aquellos que alcanzan el Bello Oeste.»



Los siete años de hambre

En una isla del Nilo, cerca de la ciudad de Elefantina, había una roca de granito tallada con una inscripción y una escena de un rey y tres deidades: Khnum, Satis y Anukis. Tanto la inscripción como la escena tienen alrededor de dos mil años, pero la historia inscrita pertenece al rey Zoser, que gobernó Egipto hace cuatro mil quinientos años.

La historia expone la tremenda importancia que tenía el Nilo para los habitantes del Antiguo Egipto. El Nilo Azul nace en las montañas de Etiopía, y el Nilo Blanco en los lagos y pantanos de África Central. Cada año, durante el pesado verano, llueve en Etiopía, y en el Sudán crece el Nilo. Los dos Nilos se unen cerca de Jartum, la capital de Sudán y siguen su curso hacia Egipto. Actualmente, el río se controla mediante la gran presa de Asuán, pero en épocas ancestrales inundaba las tierras bajas. Esta inundación cubría el Valle del Nilo con lodo fértil que era excepcional para los cultivos cuando las aguas bajaban lo suficiente para empezar a sembrar. Una poderosa inundación daba lugar a grandes destrozos, ya que en ocasiones llegaba a alguna población de las tierras altas, pero una inundación débil —el bajo Nilo— aún era peor. Si la inundación producida por las aguas no llegaba a extenderse mucho, Egipto tendría que hacer frente al hambre.

En el año dieciocho del reinado de Zoser, el Nilo falló en extender su inundación con sus aguas vivificadoras. Durante seis años, Egipto había sufrido Nilos bajos. Las inundaciones sólo llegaban a la mitad de los campos y faltaron cultivos para alimentar a todo el país. Cada año las gentes rezaban pidiendo un *Alto Nilo* y cada año empeoraba la situación. El séptimo año, Zoser estaba desesperado.

Escaseaban todo tipo de alimentos. Los hombres robaban a sus hermanos para poder sobrevivir; los niños gemían de hambre en los brazos de sus madres; los hombres se acuellaban en el suelo abrazando sus rodillas, e incluso para los nobles fue horriblemente desolador. Los templos se cerraron por carencia de ofrendas y los lugares sagrados de los dioses estaban desiertos.

Ningún consejero del rey supo qué hacer hasta que Zoser consultó a su visir, el sapientísimo Imhotep.

—Dime —preguntó Zoser—, ¿dónde se encuentra el nacimiento del Nilo? ¿Dónde está la ciudad del sinuoso solitario? ¿Qué dios habita allí? Si supiera esto, podría pedirle ayuda y poner fin a los siete años de hambre.

Imhotep era famoso por sus conocimientos de arquitectura, medicina y todas las demás ramas del saber, pero ni siquiera él podía contestar rápidamente a las preguntas del rey.

—Soberano, mi Señor —dijo Imhotep—: iré al templo de Thot y leeré sus libros sagrados en la Casa de la Vida. Si la respuesta existe allí, la encontraré.

Imhotep estuvo largo tiempo estudiando los sagrados textos que sólo él era suficientemente docto para entender. Cuando se hubo informado de todo lo que el rey quería saber, se precipitó a la corte para decírselo:

—Soberano, mi Señor: lejos, hacia el Sur, en una isla del Nilo se encuentra la ciudad de Elefantina. Está construida en el primer montículo que se eleva desde las oscuras aguas de Nun. Las colinas que rodean la ciudad son de granito rojo y negro y son ricas en cobre, plata y oro, turquesa, cornalina, esmeralda y jaspe. En el corazón de la ciudad hay un templo llamado «*Alegría de vivir*». Bajo el templo hay dos cavernas donde el Nilo duerme hasta que llegue el momento de su crecida y navegue hacia Egipto como una poderosa muralla de agua. Khnum es el dios que abre las compuertas. Está entronizado en Elefantina, con sus sandalias descansando en el Nilo y su corona rozando el cielo. Khnum es el dios de la cebada y el trigo, de la fruta y las flores, de los pájaros, los peces y los demás animales. Todas estas cosas son ofrecidas diariamente en el templo del gran dios Khnum, a su esposa Anukis, a su hija Satis y a las otras deidades de la ciudad.

Zoser estaba encantado, pensando que tan maravilloso lugar se encontraba en su reino. Se apresuró a leer los libros secretos y a aprender los rituales que agradarían a Khnum y a los demás dioses de Elefantina. Zoser estuvo todo el día dirigiendo a multitud de sacerdotes para hacer las ofrendas.

Esa misma noche, cuando el rey dormía, soñó que Khnum con su cabeza de carnero se encontraba junto a su cama. En su sueño, Zoser besaba la tierra ante el dios. Khnum le habló amablemente:

—Yo he dado vida a la humanidad, mis brazos están alrededor de todos vosotros para ofreceros seguridad. Os he ofrecido piedras preciosas con las que las gentes de Egipto puedan construir templos y adornar las estatuas de los dioses. Soy el dios de las inundaciones;

cuando abro las dos cavernas, el Nilo abraza la tierra besando sus campos. No te lamente más, ahora me has llamado y pondré fin a los siete años de hambre. Haré que el Nilo te obsequie con una gran inundación que brille de nuevo en las fértiles orillas de Egipto.

El glorioso Khnum se desvaneció de la vista del rey, pero cuando se despertó recordó el sueño. Saltó lleno de alegría y vigor, pues ahora Egipto se salvaría. En gratitud a las promesas del dios decretó que Elefantina perteneciera a Khnum para siempre y que la décima parte de los productos del Alto Egipto se ofrendasen en su templo. Los granjeros participaban con su cosecha, los cazadores y pescadores ofrecían su parte y los comerciantes colmaron los altares de Khnum con ébano y marfil y todos los productos de Africa. El templo de «*Alegría de vivir*» se reparó y su altares se decoraron con estatuas de oro, plata y piedras preciosas. Las órdenes del rey fueron grabadas en granito para que nunca se olvidasen y Khnum cumpliera sus promesas. El resto del reinado de Zoser y muchos años más, el Alto Nilo inundó las tierras de Egipto.

Los egipcios recordaron el reinado de Zoser como el principio de la edad de oro. El sapiente Imhotep fue venerado como un dios y Zoser fue recordado como el mejor rey de la Tercera Dinastía. La Cuarta Dinastía (2575-2465 a. C.) marca el comienzo del Imperio Antiguo en el que Egipto alcanza su máximo esplendor.

El país fue dividido en distritos llamados Nomes y gobernado por una serie de valerosos reyes y un eficiente servicio civil encabezado por los visires. El gobierno aseguraba que los recursos naturales eran completamente explotados. Cuando llegaban las inundaciones del Nilo, cebada, trigo y lino eran los productos más abundantes. Los desiertos circundantes proveían a Egipto de piedra para la construcción y escultura, y la turquesa era llevada desde Sinaí. Las minas de oro del desierto del Este y Nubia eran lo más importante. Los reyes de Egipto conquistaron y ocuparon Nubia, lo que les permitió trabajar las minas de oro y abrir rutas de comercio por toda Africa para cambiar por marfil y ébano las pieles de leopardo y el incienso. Con estas nuevas riquezas floreció el arte. Las pinturas y esculturas del Viejo Imperio eran confidentes de la deliciosa vida que los egipcios no volverían a conocer.



El rey Khufu y los magos

El rey Khufu llegó al trono de Egipto hacia el año 2500 a.C. y fue el constructor de la gran pirámide de Gizeh. Esta historia describe cómo Khufu descubrió que una nueva dinastía de reyes pronto gobernaría Egipto.

Un día el rey Khufu se sintió aburrido y desafió a sus hijos a entretenerle contándole historias de magia. Jafra, el príncipe heredero, comenzó a hablar:

—Me gustaría contaros, majestad, algo prodigioso que ocurrió en tiempos de vuestro antepasado el rey Nebka:

«Cerca del templo de Ptah vivía un sacerdote llamado Webao-ner. Era el preferido del rey y respetado por todo Egipto debido a su sabiduría. Todos le profesaban gran admiración, excepto su propia esposa. Ella se había enamorado de un atractivo muchacho de Menfis y un día envió un cofre de madera de sándalo con ropas finas como regalo. El joven fue a casa de Webao-ner para expresar su agradecimiento por el obsequio y poco tiempo después acordaron citarse secretamente en un pabellón situado junto al lago del jardín.

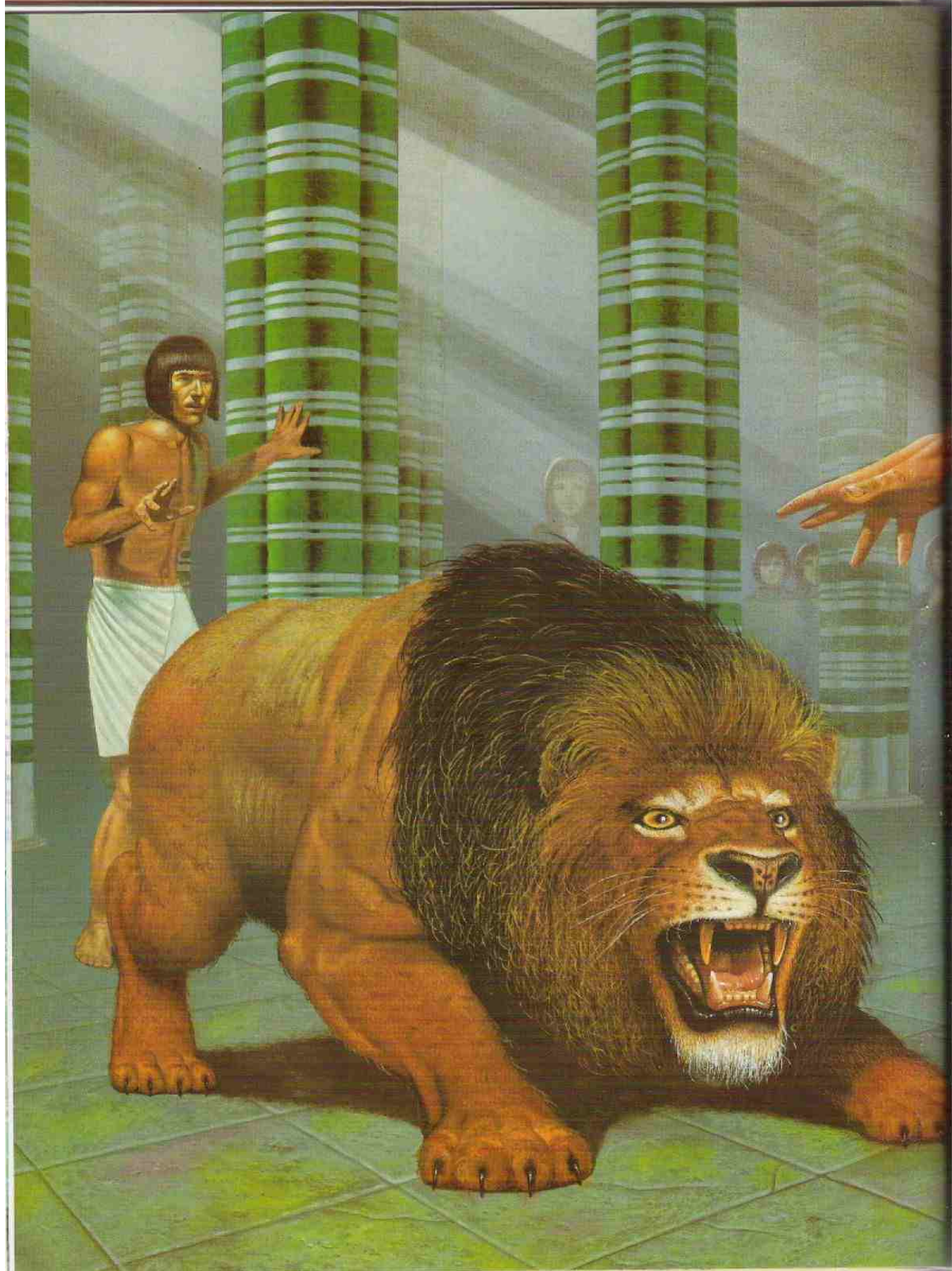
La mujer de Webao-ner ordenó al jardinero que les llevara comida y vino al pabellón, y que extendiera en el suelo una manta y confortables cojines y colocase antorchas encendidas y guirnaldas de flores en las columnas. Todo se hizo como ella había ordenado. El joven se reunió con la mujer del sacerdote y estuvieron todo el día disfrutando, besándose, y conspirando para deshacerse de Webao-ner.

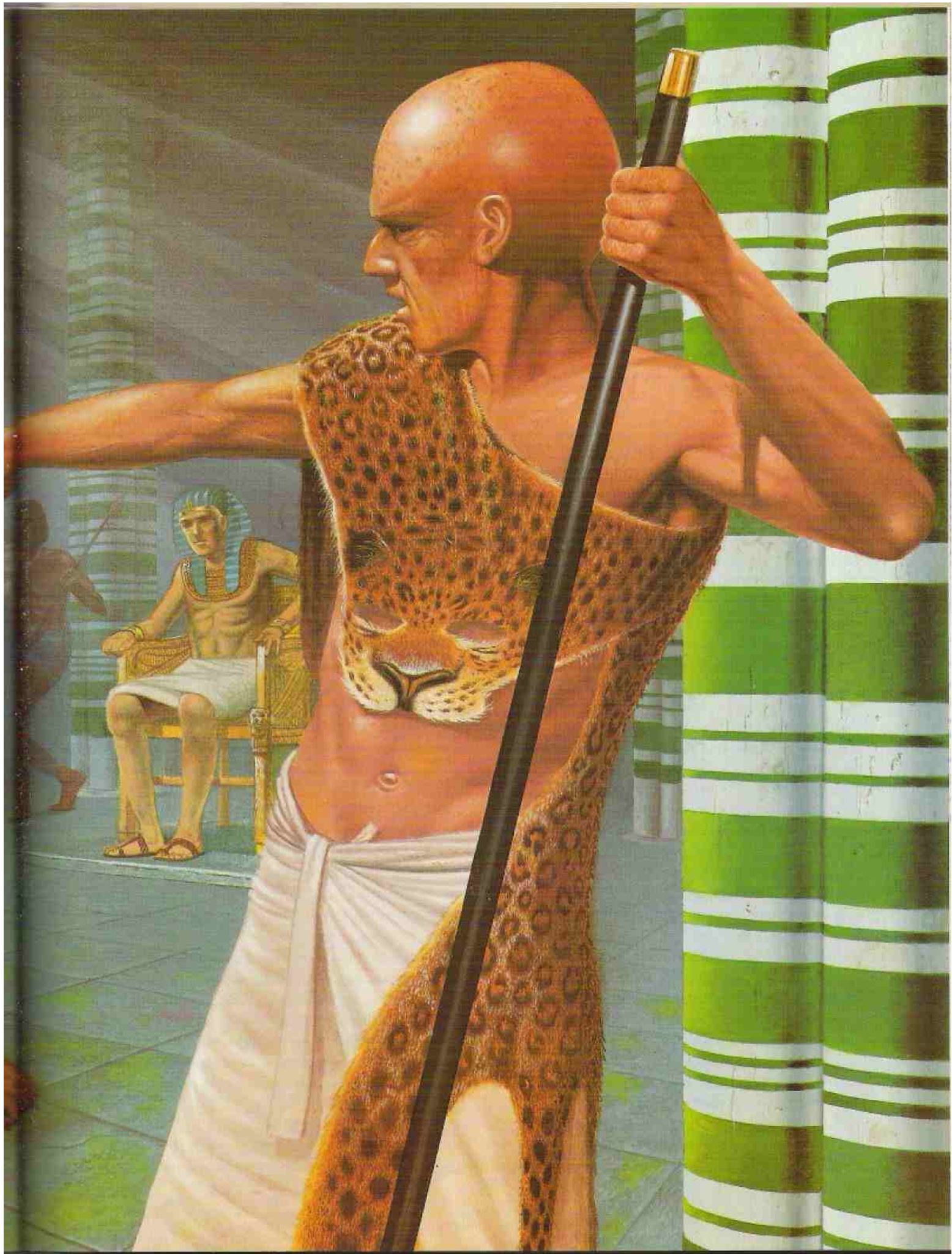
Siempre que su marido se ausentaba, ella ordenaba que se adecuara el pabellón, donde pasaba días y noches con el joven. El jardinero no se atrevía a desobedecer a su ama, pero cuando escuchaba risas embriagadas provenientes del pabellón o veía al joven bañándose en el lago, su corazón se afligía pensando en su amo. Por último, cuando comenzaron a extenderse habladurías desde la casa hasta la ciudad, decidió decirle a Webao-ner la verdad sobre su mujer. El jardinero preguntó a su amo si podía hablar a solas con él y balbució la historia.

Webao-ner, pálido, abrió un cofre de ébano del que sacó un poco de cera. Modeló un cocodrilo tan largo como su mano y se lo dio al jardinero:

—La próxima vez que veas al joven bañándose en el lago —dijo el sacerdote—, arroja este cocodrilo tras él.

El jardinero estaba consternado, pero prometió obedecer.





Al día siguiente, Webaoner fue convocado en la corte. En cuanto se hubo ido, su mujer ordenó la preparación acostumbrada en el pabellón y que se le enviara un mensaje a su amante. Escondido entre unas cañas, el jardinero esperó hasta que el joven se metió en el lago para bañarse y entonces lanzó el cocodrilo de cera tras él. Tan pronto como rozó el agua, el pequeño cocodrilo se llenó de vida y creció siete codos. Nadó tras el joven, y antes de que éste pudiera llegar a la orilla lo apresó con sus mandíbulas y lo arrastró al fondo del lago. En una cama hecha de cojines, la mujer del sacerdote esperó en vano que regresara su amante.

Tras siete días en la corte, el sacerdote dijo al rey Nebka:

—Soberano, mi señor, acompáñame a mi casa, quiero mostrarte algo curioso.

El rey aceptó y pronto se encontró junto al lago rodeado de sus pajes y guardias. El sacerdote pronunció un ensalmo y de las aguas apareció el cocodrilo más grande que los allí presentes habían visto nunca. De sus enormes mandíbulas pendía el joven, que gracias al ensalmo pronunciado por el sacerdote se había mantenido con vida en el fondo del lago.

El sacerdote ordenó al cocodrilo abrir sus mandíbulas dejando al joven en la orilla a los pies del rey.

—¡Realmente es un cocodrilo terrible! —dijo Nebka.

Webaoner se inclinó y, tocando al cocodrilo, le hizo volver a su primitivo tamaño y material. Se lo enseñó al rey y le contó la historia completa, pidiéndole que hiciera justicia.

El Rey Nebka decidió que el joven fuera arrojado al agua de nuevo y otra vez perseguido por el cocodrilo y dijo:

—¡Toma lo que es tuyo!

Creció otra vez el cocodrilo hasta convertirse en un monstruo de seis codos, apresó al joven y esta vez le arrastró al fondo hasta que murió. Como castigo para la mujer del sacerdote, el rey Nebka ordenó que se la quemara viva. Esto, majestad, es lo que ocurrió en el reinado de vuestro antecesor el rey Nebka.»

Khufu quedó muy complacido con esta historia y ordenó que se hicieran ofrendas de pan, vino, bueyes e incienso a los espíritus del rey Nebka y del sacerdote Webaoner. Después el príncipe Baufre se levantó para decir:

—Me gustaría contaros, majestad, algo

prodigioso que ocurrió en tiempos de vuestro padre Sneferu:

«Un caluroso día, el rey Sneferu se paseaba por todas las estancias del palacio buscando algo que pudiera entretenerle, pero no encontró nada que le complaciera. Por último hizo que se presentara el sabio sacerdote Djadja-emankh para que le sugiriese algún entretenimiento.

—Toma una barca y pasea en el lago de tu jardín —comenzó el sacerdote—; deja que remen las más bellas jóvenes de tu harén. Así tu corazón será aliviado viendo pájaros y flores y observando a las muchachas.

A Sneferu le gustó la idea y encargó una barca con remos de ébano, adornados con madera de sándalo.

—¡Traedme veinte muchachas de bonita figura y cabellos largos y trenzados! ¡Que se quiten las ropas, que se vistan con redes, y que remen!

Todo fue preparado como el rey había ordenado, y Sneferu pronto se encontró a bordo del barco del placer, con veinte encantadoras muchachas, enfundadas en brillantes redes, que le llevaban remando alrededor del lago. El rey admiraba los lotos blancos y los grupos de papiros que ribeteaban el lago, admiraba los brincos de los peces y el vuelo de los asustadizos pájaros, pero, sobre todo, admiraba a las preciosas remeras.

Una de las jóvenes que remaba llevaba un amuleto de turquesa en forma de pez, prendido en su trenzado cabello. Remaba fuertemente y cuando sintió que las trenzas se cruzaban sobre su rostro, las apartó con tan brusco movimiento, que la turquesa cayó al agua y se hundió. Con un grito de desmayo paró de remar, y primero las remeras de su lado y luego las del otro, pararon también.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has parado de remar? —preguntó el rey.

—Tenía un amuleto nuevo de turquesa en forma de pez —dijo la joven—, pero se me ha caído al agua y lo he perdido.

—Continúa remando —ordenó el rey—, te obsequiaré con otro amuleto.

—Pero si yo no quiero otro amuleto —dijo la joven obstinadamente—. Lo que quiero es mi amuleto.

Entonces, Sneferu persuadió a las muchachas para que le condujeran a la orilla e hizo que Djadja-emankh se presentara ante él.

—Hermano —susurró el rey—, hice como tú sugeriste y mi corazón estaba encantado viendo a las jóvenes remar, pero una de ellas ha perdido su amuleto de turquesa en el agua y quiere recuperarlo...

El sabio sacerdote sonrió y murmuró un poderoso hechizo. Las aguas del lago se apartaron hacia las orillas, dejando una franja seca en el centro. Allí, en un tiesto, se encontraba el amuleto de turquesa. Djadja-emankh bajó al lecho del lago y cogiendo el amuleto se lo devolvió a su propietaria. Después, con otro hechizo, las aguas volvieron a la normalidad cubriendo el lecho del lago. El rey Sneferu recompensó al sacerdote y pasó el resto del día en una fiesta con las bellas jóvenes.

Esto, majestad, ocurrió en el reinado de tu padre, el rey Sneferu.»

Khufu disfrutó tanto con la historia que ordenó que hicieran ofrendas de pan, vino, bueyes e incienso a los espíritus del rey Sneferu y del sacerdote Djadja-emankh. El príncipe Hardjedef, el más sabio de los hijos de Khufu, se levantó para decir:

—Majestad, mis hermanos te han contado historias maravillosas del pasado, pero yo te puedo hacer vivir una, la de un gran mago.

—¿Quién es ese mago, hijo mío, y dónde vive?

—Su nombre es Djedi y vive en Djed-Sneferu. Tiene ciento diez años y continúa comiendo 500 panes cada día y bebiendo 100 jarras de cerveza cada noche. ¡Sabe cómo unir una cabeza cortada a su cuerpo, sabe cómo amansar un león y conoce el número de habitaciones que tiene el templo de Thot!

Desde hacía tiempo, Khufu había tratado de averiguar el número de habitaciones secretas del templo de Thot y la estructura del mismo para hacer una copia destinada a su propia tumba. Así que dijo ansiosamente a Hardjedef:

—¡Ve a buscar a este mago enseguida! ¡Utiliza todas las barcas que te sean necesarias!

El príncipe partió hacia el Sur con tres barcas. Cuando vieron las pirámides de Sneferu, hacia el Oeste, amarraron las barcas a orillas del Nilo y Hardjedef fue llevado en una preciosa silla adornada con ébano al pueblo de Djed-Sneferu.

Djedi, el mago, se encontraba tumbado sobre una estera, fuera de su casa, con una sirvienta dándole masajes y otra lavándole los

pies. Los portadores asentaron la silla del príncipe y Hardjedef dijo:

—Saludos, honorable Djedi. Aunque eres viejo, tienes el vigor de un joven. He venido para que me acompañes a la corte de mi padre el rey, donde él te hará disfrutar junto a toda tu familia y te obsequiará con una preciosa tumba.

Hardjedef extendió su brazo para ayudar al anciano a ponerse en pie y juntos se encaminaron hacia el Nilo, ayudándose el mago con el brazo del príncipe. Cuando llegaron a la orilla del río, Djedi dijo que necesitaba una barca para su familia y otra para sus libros de magia. El viajó con Hardjedef en la primera barca.

El rey le recibió en el trono, y cuando Djedi hubo besado el suelo ante él, Khuf dijo:

—Bien, mago, ¿por qué no te he visto antes?

—Sólo el que es convocado a palacio es el que viene —contestó Djedi secamente—. Ahora que has requerido mi presencia estoy aquí. ¿Cuáles son tus órdenes?

—¿Es cierto —preguntó el rey— que sabes cómo recomponer una cabeza cortada?

—Soberano, mi señor, así es.

Khufu llamó por señas al capitán de su guardia.

—Ve a prisión, elige a uno de los criminales y tráelo para que sea decapitado.

—No —dijo Djedi severamente—. No debo utilizar mis hechizos con los hombres, que son el rebaño de los dioses. Está prohibido.

El rey se enfureció por esta negativa a su orden, pero el mago no sintió ningún temor y se mantuvo firme.

—Entonces ve a la cocina —gruñó Khufu— y trae un ganso.

El capitán volvió al poco rato con el ganso agarrado por las alas. Sacó un cuchillo, rajó la garganta del animal y la separó de la cabeza. El cuerpo del ganso fue situado hacia el lado oeste del salón y su cabeza hacia el este del mismo. Djedi se puso entre los dos y murmuró un hechizo. El cuerpo se irguió sobre sus membranosos pies y anadeó a lo largo del salón hacia su cabeza. En cuanto se encontraron, la cabeza brincó al cuello del ganso, que comenzó a graznar. No había señal alguna de sangre.

Khufu no daba crédito a lo que acababan de ver sus ojos y ordenó al mago que lo hiciera de nuevo, pero esta vez con un pato. El anciano mago murmuró el mismo hechizo y la cabe-

za cortada del pato se unió a su cuerpo, así que el ave fue conducida de nuevo a las cocinas reales. Por último, Khufu ordenó que le trajeran un buey. La enorme bestia fue introducida en el salón y sujeta por tres hombres mientras le cortaban la cabeza con un hacha. Djedi pronunció su hechizo y el buey se situó tras él, vivo.

Cuando el buey fue devuelto a los establos, y las manchas de sangre se limpiaron, Khufu ordenó a los guardias del zoo real que trajesen un fiero león. Amordazado y atado con una cuerda, el león fue arrastrado por dos guardianes. Djedi ordenó que lo soltasen, y los guardianes se dispersaron cuando la fiera se dispuso a saltar. En ese instante Djedi murmuró su hechizo, y el león caminó por la habitación siguiéndole como un perro. Cuando el manso león fue devuelto a la casa de fieras, Khufu hizo una seña a Djedi y le susurró:

—Se dice que conoces el número y el plano de las habitaciones secretas del templo de Thot...

—Soberano, mi señor —comenzó a decir el mago—, en realidad lo desconozco, pero sé cómo averiguarlo. En el templo de Heliópolis hay escondido un cofre de piedra, y el plano de las habitaciones secretas de Thot se encuentra en su interior.

—Trae el cofre —ordenó Khufu— y te recompensaré por ello.

—Soberano, mi señor —contestó Djedi—, el hombre que pueda traerte el cofre de piedra aún no ha nacido. La única persona que lo puede encontrar es el mayor de los tres niños que están en la matriz de Reddedet.

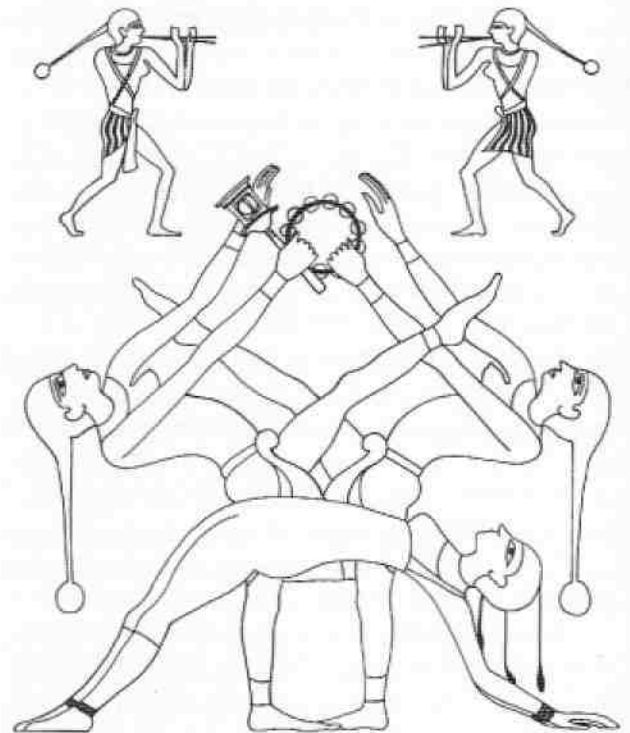
—¿Quién es Reddedet? —preguntó Khufu.

—Es la mujer de Rawosre, el sacerdote de Ra, señor de Sakhbu —replicó Djedi—. Ella pronto dará a luz tres pequeños a Ra y ellos reinarán en el Alto y Bajo Egipto.

Cuando el rey escuchó esto se sintió profundamente dolido y enojado y sus cortesanos temblaron, pero Djedi dijo tranquilamente:

—¿A qué viene este mal humor? Primero tu hijo reinará en Egipto, después su hijo y más tarde el mayor de los hijos de Reddedet.

Khufu aún seguía enojado pensando que sus descendientes no reinarían en Egipto para siempre, pero ocultó sus sentimientos y dijo a Djedi que tendría que vivir en casa del príncipe Hardjedef y que sería recompensado por su habilidad con abundantes víveres.



El decimoquinto día del primer mes de invierno, Reddedet se quejaba del dolor producido por el nacimiento de su hijo, tumbada en la cama durante varias horas, sufriendo cruelmente. Ra, señor de Sakhbu, escuchó sus lloros y lamentos de agonía y llamó a Khnum, a Isis, a Nefti, y a Hequet y Mesquenet, las diosas de los partos.

—Bajad a Egipto —dijo—, y ayudad a Reddedet en su difícil labor de traer al mundo a sus hijos, que reinarán en Egipto y construirán para vosotros templos y os harán ofrendas.

Las diosas se disfrazaron como si fueran un grupo de músicos, vestidas con trajes de vivos colores y llevando flautas, pandeteras y timbales. Khnum se ofreció como porteador llevando el taburete para el parto. De esta guisa se presentaron en casa del sacerdote.

Rawosre estaba en el umbral de su casa, sin afeitarse y totalmente desmelenado. Estaba desesperadamente ansioso por las comadronas que no habían llegado de la ciudad más cercana. Cuando vio que el porteador de los músicos llevaba un taburete para el parto, Rawosre se precipitó a su encuentro.

—Señoritas, mi mujer está de parto y sufre cruelmente.

—Nosotras sabemos todo lo necesario

acerca de partos —dijeron las diosas—. Te ayudaremos.

Rawosre las condujo rápidamente a la habitación de Reddedet y se sintió feliz dejándolas con ella. Una vez que las puertas se cerraron, las deidades se dispusieron a ayudar a Reddedet colocándola en el taburete. Isis se situó frente a ella y Nefti detrás, mientras Heket provocaba el parto. Nació un precioso niño dorado, ya con tocado real de lapislázuli. Cuando le cortaron el cordón umbilical y lo lavaron, Mesquenet le tomó en sus brazos y prometió que reinaría en Egipto, mientras Khnum le insuflaba aliento de vida. Nacieron dos niños más como el primero, que recibieron nombres como reyes y fueron vivificados. Después las diosas ayudaron a volver a la cama a Reddedet y situaron a las tres criaturas junto a ella. El marido de Reddedet esperaba fuera.

—Puedes estar satisfecho —dijo Isis—. Tu mujer ha dado a luz tres preciosos niños.

Rawosre estaba muy excitado.

—¿Cómo puedo agradeceros la ayuda que nos habéis prestado? ¿Qué puedo hacer por vosotras? Al menos tomad este saco de cebada como pequeña recompensa.

Khnum puso el saco sobre sus hombros y cuando salieron de la casa Isis dijo:

—No podemos regresar ante Ra sin tener algo maravilloso de que informarle.

Las diosas hicieron tres preciosas coronas reales y las escondieron en el saco de cebada. Después provocaron una gran tormenta para de ese modo tener la excusa de regresar a casa de Rawosre. Isis llamó a la puerta y preguntó a uno de los sirvientes si podría guardarles el saco, ya que de lo contrario se empaparía. El sirviente guardó el saco en el almacén e Isis prometió que lo recogerían la próxima vez que pasaran por allí. Después Khnum y las diosas continuaron su camino hacia la mansión de Ra.

Reddedet permaneció en su alcoba durante dos semanas y, cuando se hubo incorporado a la vida normal, organizó una gran fiesta para celebrar el nacimiento de los niños. Cuando preguntó a una sirvienta si todo estaba listo, ésta dijo que toda la comida y la bebida, excepto la cerveza, ya que la única cebada que había en el almacén estaba en un saco que pertenecía a los músicos.

—Utilízala para hacer la cerveza —ordenó Reddedet—. Rawosre les proporcionará otro saco.

La sirvienta bajó al almacén, pero tan pronto como hubo abierto la puerta, escuchó gritos y cánticos igual que si estuviera pasando un rey. Rápidamente fue a contarle a Reddedet lo ocurrido. Ella no pudo creer a la joven y bajó ella misma al almacén. En la habitación retumbaban la música y los gritos aclamando a un rey, pero no se veía nada excepto jarras de vino, lentejas, aceite y sacos de grano.

Reddedet se introdujo en el almacén tratando de descubrir de dónde provenía semejante alboroto. Al poco rato se dio cuenta de que cuando se acercaba al saco perteneciente a los músicos el estruendo cesaba. Reddedet desató el saco de cebada y vio en su interior tres coronas escondidas entre el grano. Nada más verlas entendió que sus hijos serían reyes. Reddedet introdujo de nuevo las coronas en el saco, que a su vez metió en un cofre. Cuando Rawosre escuchó lo acontecido no cabía en sí de gozo.

Pocos días después Reddedet se enojó con su criada y la abofeteó.

—¿Por qué debo soportar esto? —dijo la joven a sus compañeros—. Yo conozco su secreto, sé que sus hijos han nacido para ser reyes. Se lo diré al rey Khufu y él tomará alguna determinación.

Salió de Menfis, y a mitad de camino la criada pasó por el campo donde se encontraba su hermano atando lino. Ella le dijo lo que pretendía hacer y él se enfureció ante su deslealtad y la golpeó con un haz de lino. La joven bajó al río a lavar sus heridas y allí la atrapó y la tragó un cocodrilo.

Su hermano volvió a casa de Rawosre y encontró a Reddedet llorando desconsoladamente.

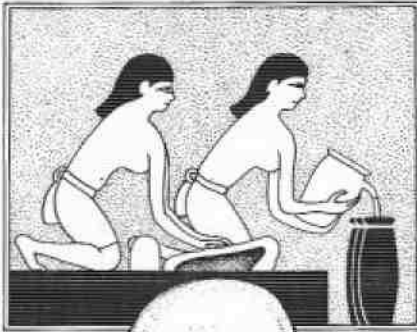
—Mi señora, ¿a qué se debe su tristeza?

—La joven que trabajaba en mi casa se ha escapado —contestó Reddedet—, y quiere denunciarle a Khufu. ¡Tengo miedo de que pueda ocurrirles algo a mis hijos!

Entonces el hermano dijo:

—Señora, ella vino a mí para contarme su plan. Le di una buena paliza y cuando bajó al río a lavar sus heridas fue engullida por un cocodrilo.

Reddedet sintió la muerte de la joven, pero su corazón se regocijó pensando que Ra cuidaba a sus hijos. Sabía que el dios los protegería de la ira de Khufu y que nada se opondría a que sus hijos reinaran en Egipto.



El campesino elocuente

El hijo de Reddet fue el primero de los tres reyes de la Quinta Dinastía (2465-2323 a. C.) y el país prosperó bajo su reinado, pero durante la Sexta Dinastía (2323-2150 a. C.), Egipto comenzó a declinar.

Hay muchas razones por las cuales decayó el Imperio Antiguo. Parece ser que el clima continuó haciéndose cada vez más seco y los años de marca baja del Nilo condujeron al hambre y debilitaron la confianza que las gentes habían depositado en sus reyes. Imprudentemente los gobernantes del Imperio Antiguo regalaron muchas tierras reales a sus oficiales como recompensa e incluso permitieron que éstos transmitieran sus trabajos a los hijos. Como consecuencia, el servicio civil se hizo menos eficiente y más independiente y fue particularmente peligroso para los oficiales que gobernaban el Nomes. Estos gobernadores se hicieron muy poderosos y las guerras comenzaron entre ellos durante el siglo conocido como Primer Período Intermedio (2134-2020 a. C.). Egipto fue dividido y debilitado. La historia del campesino elocuente se sitúa en este período en el que en Egipto abundaban oficiales corruptos, pero aún se recordaba el viejo ideal de la justicia imparcial.

En el reinado de Nubkaure, un campesino llamado Khunanup vivía con su familia cerca de un oasis en el desierto del Oeste. Trabajaba duramente durante todo el año reuniendo comida para vender en Egipto, pero aún continuaba siendo un hombre pobre. Un día Khunanup dijo a su mujer:

—Me voy a Egipto para traer comida a nuestros hijos. Ve a ver el grano que queda en el almacén.

Khunanup dividió el grano en dos partes desiguales y dijo:

—Quedaos vosotros con estas veinte medidas y con el resto haz pan y cerveza que llevaré para comer durante el viaje.

El campesino cargó dos burros con fardos llenos de juncos, sacos de sal y natrón, plumas de avestruz y pieles de chacal. Una vez que estuvieron listos el pan y la cerveza, se despidió de su familia y se fue camino de Heracleópolis.

Algunos días después, cuando atravesaba la región de Perfefi, un oficial, llamado Nemtynakht, vio los burros de Khunanup. Este oficial era codicioso y despiadado y decidió quedarse con los burros del campesino. La casa del oficial estaba situada junto a un estrecho sendero, el cual lindaba a un lado con campos de maíz y al otro con el Nilo. El oficial envió a uno de sus sirvientes a buscar una sábana, que extendió sobre el sendero con el dobladillo colgan-

do hacia el río y la orla en los campos de maíz.

Cuando Khunanup pasó a lo largo del sendero, Nemtynakht le dijo:

—¡Ten cuidado, campesino, no dejes a tus inmundos asnos pisotear la sábana que estoy secando!

—Como quieras —contestó contento el campesino, e hizo que los burros pasaran a través del campo para evitar la sábana.

—¡Eh, tú, despreciable campesino! —dijo Nemtynakht—. ¡Estás pisoteando mi maíz!

—No puedo pasar por ninguna otra parte, estando tu sábana impidiendo el paso por el sendero —dijo Khunanup razonablemente, pero en ese instante, uno de sus burros se comió un poco de maíz.

—¡Bestia ladrona! Me quedaré con el burro en pago del maíz robado —dijo el oficial.

—¡Mi burro tiene mucho más valor que un poco de maíz! —protestó Khunanup—. Sé que este estado pertenece al alto administrador Rensi. El es enemigo de todo ladrón y no dejará que me roben en su propia tierra.

—¡Esto es mío y tú debes aceptar el trato, no el alto administrador!

Nemtynakht estaba furioso con el campesino por discutir. Golpeó a Khunanup con su bastón y se llevó los dos burros. El infeliz campesino se quedó llorando sentado en el sendero.

—¡Deja de lamentarte —rugió Nemtynakht— o te enviaré al dios del Silencio!

—Primero me robas, después me golpeas y ahora me prohibes las quejas. ¡Pero no puedes impedir que implore justicia a los dioses!

Durante diez días, Khunanup merodeó por los alrededores de la casa de Nemtynakht, esperando persuadirle para que le devolviera los burros y sus pertenencias. Cuando se dio cuenta de que no había medio, el campesino se puso en camino de Heracleópolis para hablar con el administrador Rensi. Encontró a Rensi junto a la orilla del río con un grupo de jueces esperando una barcaza que les conduciría a la corte.

El administrador nunca desoía una petición de justicia y ordenó a sus escribas que tomaran nota de la queja del campesino. Cuando embarcaron, los demás jueces dijeron a Rensi:

—Seguramente no hay necesidad de castigar a un oficial por unas cuantas pieles o un

puñado de sal. Probablemente el campesino trabaja para él y ha intentado vender las pertenencias de su amo.

Rensi no dijo nada, pero estaba realmente enfadado con los jueces, porque él sabía que el oficial no era honesto. También le entristeció pensar lo difícil que era para el campesino que se le escuchara.

Al día siguiente, Rensi convocó a Khunanup ante la corte. Confiando que el administrador era un hombre justo, el campesino se arrodilló ante él y dijo:

—Oh, alto administrador, el más grande entre los grandes, cuando bajes al mar de la Justicia tendrás vientos favorables. Ninguna tormenta hará encallar tu embarcación ni demantelar las velas. La verdad te conducirá sano y salvo al puerto, pues tú eres el padre del huérfano, el marido de la viuda y un hermano para el desamparado. Estás libre de codicia, eres enemigo de la mentira y amigo de la verdad. Eres el señor que escucha la voz del oprimido: oye mi declaración y alivia mi dolor, ¡hazme justicia!

Rensi, acostumbrado a escuchar a campesinos de pocas palabras o tartamudos, quedó atónito ante discurso tan elocuente. Prometió a Khunanup que al día siguiente escucharía el caso completo e iría a palacio.

Rensi fue a inclinarse ante el rey Nubkaure y dijo excitadamente:

—¡Soberano, mi señor, he descubierto un campesino que no sabe leer ni escribir, pero habla con gran elocuencia! Es muy pobre y uno de mis oficiales le ha robado sus dos burros y algunas pertenencias, así que ha acudido a mí clamando justicia.

El rey quedó muy intrigado:

—Ya que valoras mi felicidad, Rensi, entretén al campesino un momento. Secretamente deja por escrito toda su declaración. Preocúpate de que tenga todo lo necesario para vivir tanto él como su mujer e hijos. Esos campesinos sólo vienen a Egipto cuando sus almacenes están casi vacíos. ¡Ayúdale, pero en secreto!

Todo se hizo como había ordenado el rey. Rensi vio que las gentes de la ciudad ofrecían comida al campesino y se enviaron mensajes al oasis para que a su mujer e hijos no les faltase de nada. Cuando Khunanup se presentó en la corte, Rensi frunció el ceño y se dirigió fríamente al campesino, pero éste no se intimidó y comenzó a hablar:

—Gran señor, la justicia es el timón de los cielos: tú eres el timón de Egipto, igual a Thot, que tiene la balanza y es el más imparcial de los jueces. Si defendieras al ladrón, ¿quién castigaría el crimen? El desesperado puede robar sin reproche, pero tú eres grande y rico y poderoso. ¡Señor, sé generoso, sé justo!

Rensi le escuchó con secreto placer, mientras un escriba escondido tras una cortina tomaba nota de todo lo que allí se decía. Cuando el campesino terminó de hablar, Rensi se levantó sin pronunciar palabra, lo cual desanimó por completo a Khunanup.

A la mañana siguiente, el campesino volvió a la corte y pronunció un discurso contra los jueces corruptos. Rensi no dijo nada, pero los guardias de la corte le dieron una paliza por lo insolente de sus palabras, ante lo cual Nemty-nakht se rió.

Durante cinco días más, el campesino se presentó en la corte explicando su caso, pero el alto administrador no le contestó. Al noveno día, el campesino estaba desesperado. Sabía que los víveres que había dejado a su familia habrían terminado y ellos estarían hambrientos. El campesino fue a la corte diciendo que si ese mismo día no se hacía justicia tendría que volver a su casa. Por última vez, el campesino se arrodilló ante Rensi.

—Oh tú, el más grande, haz justicia en consideración al señor de la justicia y vuelve la espalda a la maldad. Cuando el hombre justo muere, su nombre no se olvida en la tierra y su espíritu es bendecido en el reino de la muerte. Esta es la ley de los dioses. Haz justicia, habla con justicia y serás poderoso y perdurarás por los siglos de los siglos.

El campesino miró a Rensi, pero éste no se inmutó. Khunanup dijo tristemente:

—El hombre que vio la luz ahora es ciego, el hombre que escuchó ahora es sordo. Durante nueve días he declarado lo ocurrido inútilmente, ahora me quejaré de ti a los dioses.

Se levantó y salió de la corte dando grandes zaneadas, pero Rensi ordenó a los guardias que lo llevaran de nuevo ante su presencia. Khunanup estaba seguro de que sería castigado por sus atrevidas palabras.

—Cuando llega la muerte —dijo con firmeza— es como el agua para el sediento.

Por primera vez, Rensi sonrió.

—Buen campesino, no temas y escucha tus declaraciones.

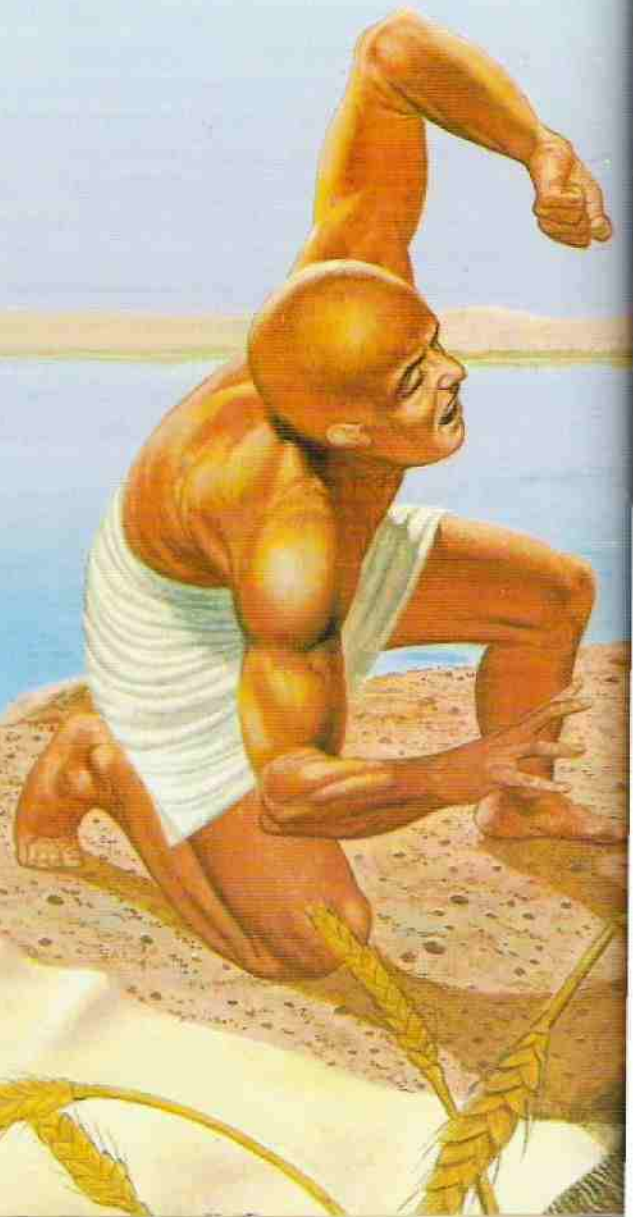
Khunanup quedó estupefacto cuando un escriba desenroscó un pergamino en el cual estaban escritas las nueve declaraciones.

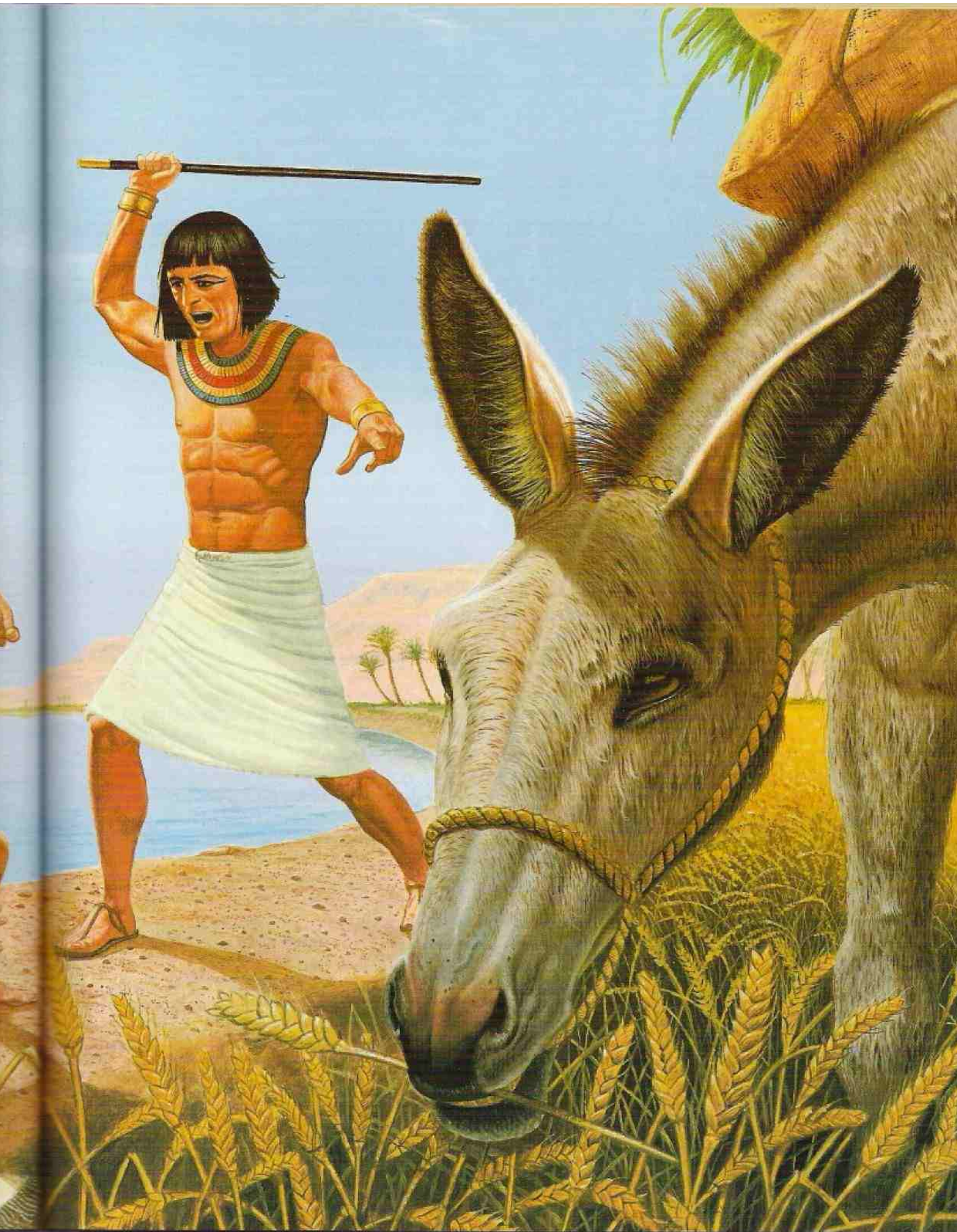
—Acompáñame ahora al palacio —dijo Rensi.

Instantes después, el campesino se encontraba besando el suelo ante el trono del rey Nubkaure.

El rey leyó los discursos y quedó encantado de que un campesino pudiera hablar tan audazmente. Sonrió a Khunanup y dijo a Rensi que juzgara el caso.

El aterrorizado Nemty-nakht fue arrastrado a la cámara del trono, donde le golpearon hasta que confesó sus crímenes. Después Rensi decretó que las tierras y demás posesiones del oficial le fueran entregadas a Khunanup. De esta forma, el elocuente campesino regresó a su oasis con grandes riquezas, y la justicia reinó en Egipto.







El marinero náufrago

Durante el desorden que siguió al decaimiento del Imperio Antiguo, una belicosa dinastía de Tebas luchó para conseguir el control del Alto Egipto. Montuhotpe, el mayor rey de esta dinastía, unió el Sur y fue a reconquistar el Norte. Alrededor del año 2040 a. C., las dos tierras se unieron de nuevo y comenzó el Imperio Medio. Para renovar las riquezas del país se enviaron grandes expediciones por tierra y mar a las minas de oro, turquesa y amatista. Un papiro perteneciente al Imperio Medio contiene un exótico cuento de viajes acerca de una de estas expediciones.

En una barca, que navegaba río abajo desde Nubia a Egipto, iba uno de los más leales oficiales del rey, mirando desanimado al espacio. El era el líder de una expedición que tras temporadas de grandes infortunios regresaba desde las minas de Nubia sin el oro que habían ido a buscar. Justo en el momento en que imaginaba lo que el rey le diría cuando se enterara de que la expedición había sido un total fracaso, otro oficial se sentó con él en la cubierta.

—Puedes dar por realizados todos tus deseos, comandante. Basta con ver a la tripulación abrazándose los unos a los otros dando gracias a los dioses por regresar sanos y salvos a casa. Hemos cruzado la frontera de Nubia sin perder un solo hombre. ¡Escucha! Lávate, afeítate y ponte tus mejores ropas. Cuando el rey te pregunte, contéstale pausadamente, sin tartamudear. Así pensará que no vas a mentir. Un buen discurso siempre puede salvar a un hombre.

El comandante no estaba en disposición de ser aliviado.

—No hay nada que hacer, amigo mío. ¿Por qué desperdiciar agua dándosela a un ganso que va a ser sacrificado por la mañana?

—Deja que te cuente algo de mi primera expedición —dijo el amable oficial y, acomodando su espalda contra la silla del comandante, se dispuso a relatar una extraña historia—. Mi primer viaje como joven y pobre marinero —empezó— fue a través del mar Rojo, en un barco real hacia las minas de turquesa. Eramos una tripulación de ciento veinte hombres; lo mejor de Egipto. Un día, una repentina tempestad azotó el mar de tal forma que una ola gigante rompió nuestro mástil. La tripulación hizo todo lo que pudo, pero en pocos minutos el barco se estaba hundiendo. Todos los hombres de a bordo se ahogaron, excepto yo. Fui golpeado por una ola que me arrojó en la orilla de una extraña isla. Afortunadamente tuve suficiente fuerza para arrastrarme al abrigo de una pila de madera, donde me salvé del oleaje. Allí permanecí tres días y tres noches, exhausto y desdichado. Cuando tuve hambre me

adentré en la isla. El centro parecía un jardín. Cantaban pájaros en las ramas de las palmeras y de los otros árboles frutales. Crecían pepinos en hileras junto a lagos llenos de peces. Todo estaba muy cuidado, pero no se veía ningún hombre.

»Mis brazos y mi boca pronto estuvieron llenos de comida, y en mi agradecimiento recordé a los dioses. Con el cuchillo de cobre que llevaba en el cinturón corté una rama e hice un fuego donde calenté los restos de mi comida, en ofrenda. Cuando la comida comenzó a silbar en las llamas escuché un ruido ensordecedor.

»Al principio pensé que se trataba del mar, pero al poco tiempo el suelo empezó a temblar y los árboles se retorcían y caían como si se hubiera desatado un huracán. Cuando reuní fuerza suficiente para mirar a mi alrededor, vi que no se trataba de ninguna tormenta, sino de una enorme serpiente. Tenía más de treinta codos de largo, y sus doradas escamas estaban incrustadas de lapislázuli. Cuando se elevó sobre mí la serpiente, sentí un vacío en el estómago y me preparé para morir, pero ella siseó:

«—¿Quién te ha traído aquí, pequeño? Dímelo enseguida o te convertiré en cenizas.

»Yo estaba absolutamente paralizado. Sentí tanto miedo que no pude articular una sola palabra, así que la serpiente me cogió con sus mandíbulas y me llevó a su guarida. Me depositó sin hacerme el menor daño y dijo de nuevo:

«—¿Quién te ha traído aquí?

»Contesté sin atreverme a mirarla:

«—Formaba parte de la tripulación de un barco real, y nos disponíamos a explotar minas de turquesa. Pero fuimos víctimas de una fuerte tormenta que hizo a nuestro barco naufragar. Todos mis compañeros murieron, y yo soy el único superviviente.

»La serpiente se enroscó sobre mí diciendo:

«—No temas, pequeño, no hay razón para que palidezcas. Conmigo estás a salvo. Un dios te ha elegido para que siguieras con vida aquí y te ha traído a esta isla encantada. Está llena de grandes cosas y tú vivirás aquí cuatro meses, hasta que pase un barco. Conocerás a la tripulación y te llevarán a Egipto.

»Un profundo suspiro resonó a lo largo de la dorada serpiente.

«—Sé cuánto has sufrido, pequeño. Setenta y cinco serpientes habitaban en esta maravillosa isla. Perteneían a mi familia, eran mis hermanos, mis hermanas, mis hijas y, la más

querida de todas, la pequeña hija que los dioses me enviaron como respuesta a mis oraciones. Una estrella se desprendió del cielo y destruyó a toda mi familia con sus llamas. Por casualidad, yo no estaba con ellos en ese momento, pero cuando encontré los cuerpos carbonizados, deseé haber muerto también.

»No volví a tener miedo de la serpiente, pero besé el suelo ante ella y dije:

«—Cuando regrese a Egipto hablaré al rey de tu poder y generosidad. Te enviaré aceites perfumados, especias e incienso. Contaré a todos lo que has hecho por mí y sacrificaré pájaros y bueyes para ti, en el templo local. Pediré al rey que te envíe un barco con las cosas más preciadas de Egipto.

»Los anillos dorados se estremecieron de nuevo, pero esta vez de risa.

«—Tú no eres rico, pequeño. Egipto no es rico en aceites, especias o incienso, pero yo soy el señor del juego, el señor de los Bosques de Mirra. Y esta isla rebosa de especias y aceites. Respecto a enviarme regalos... en cuanto salgamos de la isla no volverás a encontrarla.

»Estaba avergonzado por mi torpeza, pero la serpiente fue muy gentil, y viví en aquel lugar cuatro meses inolvidables. Un día me encontraba sentado en la rama de un árbol y vi un barco en el horizonte, y cuando pasaba cerca reconocí a muchos de los hombres de la tripulación. Corrí a decírselo a la serpiente, pero ella ya sabía mis noticias y me dijo:

«—Adiós, pequeño, pronto estarás camino de tu casa y verás a tu familia de nuevo. Recuérdame con cariño, eso es todo lo que deseo.

»Me dio una carga de mirra, aceites, especias y perfumes, colmillos de elefante, colas de jirafa, monos domésticos, perros de caza y todo tipo de preciosos objetos. Besé el suelo ante ella y la serpiente me dijo:

«—Dentro de dos meses estarás con tu familia y prosperarás para el resto de tu vida.

»Me encaminé a la orilla y llamé al barco. Una vez a bordo abracé a mis compañeros y cuando les conté lo ocurrido todos alabaron al señor de la isla. Me ayudaron a cargar los preciosos obsequios y navegamos rumbo a Egipto. Una vez en el palacio del rey, le ofrecí la mirra, el aceite y todo lo demás y él, agradecido, me nombró oficial y me proporcionó tierras y criados. Así que, comandante, no desesperes, pues nunca se sabe cuándo nuestra mala suerte se dispondrá a cambiar y qué bienes nos deparará.»

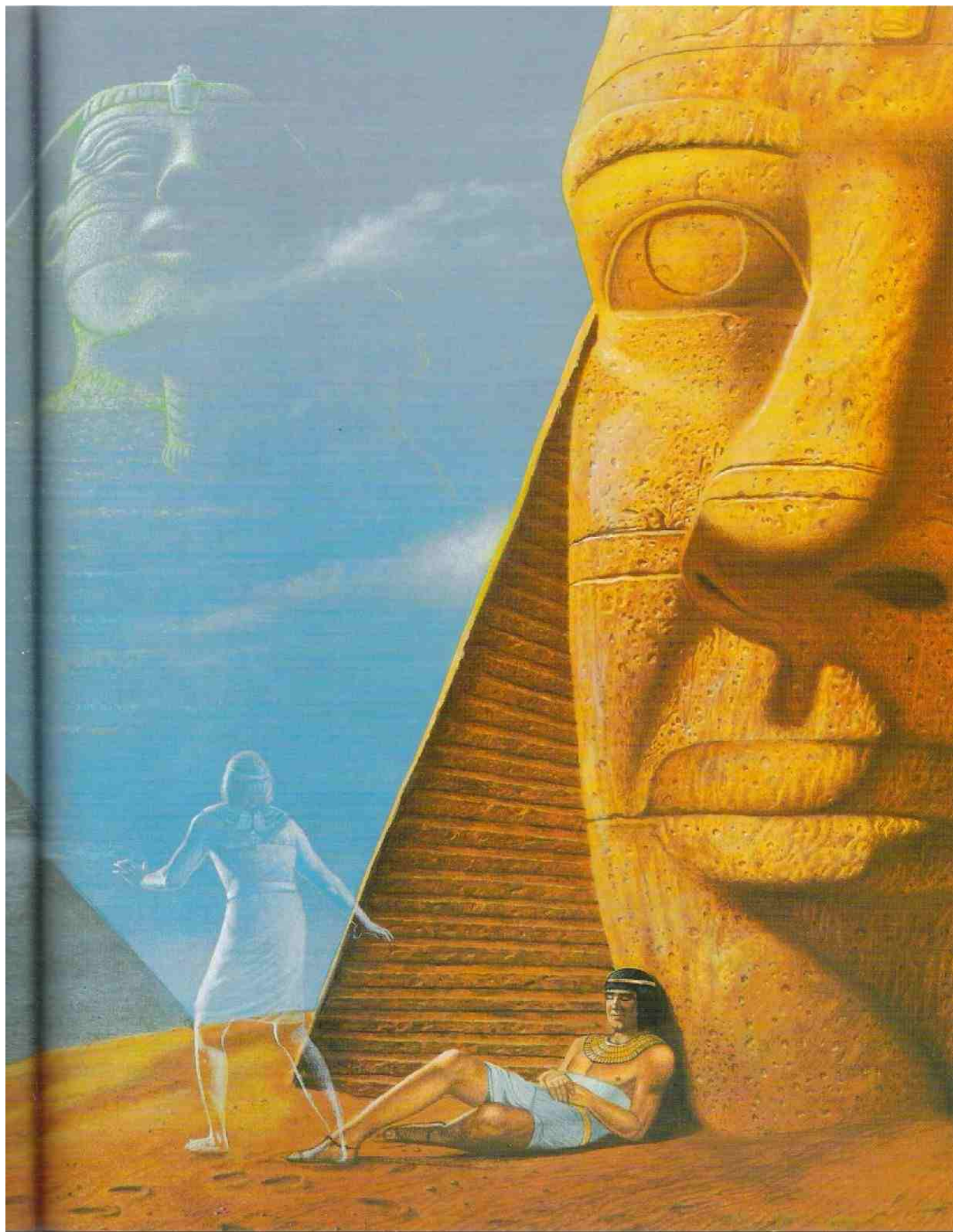
El príncipe y la esfinge

El Imperio Medio fue llamado a su destrucción en el siglo XVII a. C. por el aumento de gobernantes extranjeros en el Bajo Egipto. Durante largo tiempo, grupos de gentes habían ido abandonando Palestina para asentarse en el Delta, y la historia bíblica de José y sus hermanos se sitúa, probablemente, en este período. Al principio, estos asentamientos eran bien aceptados, pues los extranjeros llevaban con ellos nuevas costumbres, como la utilización del bronce. Introdujeron también nuevos tipos de espadas y arcos y la utilización de caballos y carros.

Más tarde, los egipcios llamaron hicsos a estos extranjeros y les achacaron haber invadido brutalmente el Delta, acusándoles también de haber oprimido a todo el país. Desde luego, entre 1640 y 1532 a. C. hubo reyes extranjeros gobernando el Norte y exigiendo tributo a los del Sur. El más poderoso de estos reyes fue «el Gran Hicsos», que gobernó el Delta desde la ciudad de Avaris. Los hicsos adoptaron el modo de vida de Egipto y veneraron a sus dioses, pero pronto una familia de Tebas, la Decimoséptima Dinastía (1640-1550 a. C.) comenzó a unir el Sur contra ellos.

Al principio, el reinado de Tebas era pequeño. Al Sur, Nubia se había desgajado de Egipto y tenía su propio príncipe. Al Norte estaba el reinado de los hicsos, y los Tebanos fueron obligados a pagar tributos al rey Apofis en Avaris. La lucha contra la dominación extranjera duró tres generaciones, pero lentamente los hicsos fueron expulsados. Avaris cayó en manos de los tebanos y el rey de





los hicsos huyó a Palestina. El rey de Tebas Amenhotep I (1525-1504 a. C.) unió Egipto de nuevo y persiguió a sus enemigos imponiendo una nueva derrota en el victorioso proceso, a la mayoría de las ciudades de Palestina. Esto fue el comienzo de Oriente Próximo y el Imperio Nuevo de Egipto.

El rey Amenhotep fue seguido por su hijo político, Thutmosis I, quien completó la reconquista de Nubia y llevó tropas egipcias hacia el Norte, más lejos de lo que se había llegado nunca. Bajo su nieto Thutmosis III, Egipto controló, además, Siria y empezó la mayor dominación en el Oriente Próximo. Thutmosis III atribuyó sus victorias a Amón, dios de la Decimoseptima y Decimoctava Dinastías. Amón comenzó su carrera divina como el *Dios Oculto* de las fuerzas invisibles, pero cuando la familia de Tebas, cuyos miembros le veneraban, llegaron a ser reyes de todo Egipto, el nombre de Amón fue unido con el de Ra y se le identificó con el creador, el rey de los dioses. Amón-Ra, su mujer Mut y su hijo Khons fueron venerados en el gran templo de Karnak al este de Tebas.

Thutmosis III hizo constar sus victorias en el templo de Karnak, en cuyos muros se encuentran inscripciones en oro y plata, de carros, caballos y esclavos que él tomó de las ciudades derrotadas y ofreció al dios. Los gobernantes del Imperio Nuevo esperaron ser grandes guerreros y el hijo de Thutmosis, Amenhotep II (1427-1401 a. C.) fue reconocido por su fuerza y destreza militar. Tenías seis pies de alto, enorme estatura para un egipcio antiguo, y en una inscripción cerca de la Gran Esfinge de Gizeh consta la destreza que poseía en las carreras de carros, en el tiro con arco y en el remo.

La Gran Esfinge de Gizeh es probablemente la más famosa de todas las estatuas egipcias. Esculpida hace más de cuatro mil quinientos años en una roca que emergía doscientos cuarenta pies de ancho y sesenta pies de largo, está en el desierto, al sur de la Gran Pirámide. La esfinge tiene cuerpo de león y la cabeza de un rey, y los egipcios la veneraban como si se tratara de una forma del dios Sol llamada Harmarchis. Las arenas del desierto se movían impulsadas por el viento a su alrededor y la estatua frecuentemente estaba cubierta por completo. En 1818, los visitantes europeos que fueron a Gizeh quitaron la arena que la cubría y

encontraron una estela de granito entre sus pezuñas. La inscripción de la estela cuenta la relación entre la esfinge y uno de los hijos de Amenhotep II.

El rey Amenhotep tenía muchos hijos, pero el agraciado príncipe Thutmosis era el predilecto. Thutmosis era el más fuerte de todos sus hermanos y un gran deportista. Cuando la corte se encontraba en Menfis, al príncipe le gustaba escapar de los esplendores de palacio con uno o dos amigos y adentrarse en el solitario desierto oriental con su carro. Disfrutaba de las carreras y de las cacerías de leones, o disparando flechas sobre una diana de cobre.

Un día Thutmosis estaba cazando en el desierto, cerca de Gizeh, y pasó frente a la Gran Esfinge, de la cual sólo se veía la cabeza: el resto estaba cubierto por montones de arena. El sol de mediodía abrasaba a los jóvenes que, cansados, decidieron apostarse a la sombra de la esfinge. Ataron el carro con los caballos y Thutmosis se sentó sobre la arena, reclinando su espalda sobre un pómulo de la esfinge. Al poco rato se durmió.

Enseguida comenzó a soñar muy vívidamente. El príncipe se encontró a sí mismo entre las enormes pezuñas de la esfinge, cuya voz retumbaba en todo el desierto:

—¡Thutmosis, hijo mío, soy tu padre, soy el dios Sol, soy Khepri y Atum y Ra, soy Harmarchis! Escúchame y te ofreceré mi reinado sobre la tierra. Llevarás las coronas blanca y roja. Gobernarás todo lo que brilla bajo la luz del sol. Ofrecerán tributos a tus pies todas las naciones y tu vida será larga porque mi corazón está junto a ti. Todo esto ocurrirá —prometió la esfinge—, si me haces caso: Querido mío, las arenas del desierto chocan continuamente contra mí y dañan mis miembros. ¡Aparta de mí estos montones de arena y te trataré como a un hijo!

Cuando Thutmosis se despertó, recordó el sueño y se fue a Menfis para llevar a cabo el deseo de la esfinge. Al cabo de unos días había reunido unos hombres que limpiarían la estatua. Una vez puestas manos a la obra, gradualmente fueron apareciendo las formas del león, hasta que lo liberaron por completo. Harmarchis cumplió su promesa y al poco tiempo Thutmosis fue elegido como príncipe heredero. A su debido tiempo sucedió a su padre y, durante su reinado, Thutmosis IV veneró a Harmarchis e hizo ofrendas a la esfinge.